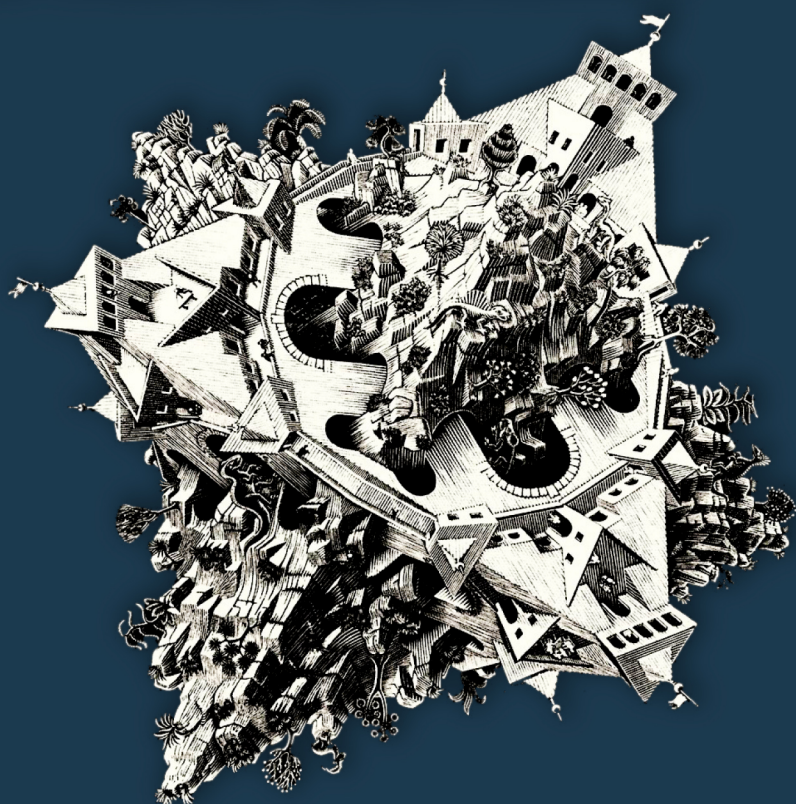


Edwin A. Abbott

Planolandia

Una historia
de muchas dimensiones





Planolandia



1ª edición digital Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© Edwin A. Abbott

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Edición

José Zambrano

Corrección

Yesenia Galindo

Diagramación

Vilma Jaspe

Diseño de portada

Greisy Letelier

Imagen de Portada:

Double planetoid de M. C. Escher. Grabado, 1949.

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5136-5

Depósito legal: DC2022001510

Edwin A. Abbott

Planolandia

(Una historia de
muchas dimensiones)

PRESENTACIÓN

Uni-verso, una palabra, un verso, un cosmos; eso es Planolandia, una concepción, una visión de mundo, una estructura. Esta es una novela que, durante más de cien años, ha atraído la atención de muchos filósofos, matemáticos y seguidores de las obras de ciencia ficción. Es un libro que nos llama a cuestionarnos sobre nuestro lugar en esta existencia: ¿qué sucedería si hubiese tantos mundos o realidades como nos permite concebir nuestra imaginación?

Aunque es un libro al que todo lector se puede acercar, quizás está dirigido especialmente a la juventud, la generación a la que le toca repensar la realidad, a todas esas personas, que sin importar la edad, mantienen un espíritu inquieto de búsqueda. Los que aún conservan la visión de los niños para ver el mundo como algo en proceso de construcción, sin duda, amarán esta obra; pues a veces el crecer, el llegar a la adultez, va poniendo límites a la mente. Muchos de los grandes pensadores como Einstein reconocían la importancia del hacerse siempre preguntas o cuestionarse la realidad como niños.

Debemos recordar que esta es una novela satírica, señala ciertos defectos que tenía la sociedad monárquica inglesa en la época en que vivió el autor; pero, como podrán ver los lectores, hay una extraña y terrible vigencia en sus palabras, pues muchas de nuestras sociedades siguen arrastrando terribles expresiones de ignorancia y maldad, como la misoginia o la división de clases sociales basadas en la sangre; en esta obra las personas leerán los peligros del fascismo y cómo se han encargado ciertos sistemas políticos de reprimir toda forma de divergencia y revolución.

El Dr. Edwin A. Abbott (1838-1926) fue un clérigo inglés, teólogo, educador y un académico estudioso de la obra de William Shakespeare. Se hizo sacerdote en 1863. Destacó también por sus conocimientos de matemáticas, latín y filología. Publicó en vida muchos trabajos sobre literatura y filosofía como la *Gramática shakespeariana* (1870), *Cómo escribir claramente* (1872), *Bacon y Essex* (1877). Entre sus escritos religiosos se cuentan *Philochristus* (1878), *Onésimo: memorias de un discípulo de Pablo* (1882) y *Silano el cristiano* (1906). Fue nombrado con el alto honor de *fellow* (miembro de la comunidad) de las universidades de Oxford y Cambridge, cargo que le permitía participar en las decisiones importantes en el gobierno de las mismas. Cuando fue profesor y director de escuela, trató de organizar nuevos métodos de instrucción y de innovar el *curriculum* escolar. Se casó y tuvo dos hijos, pero para poder hacerlo renunció a su *fellowship*, pues no se permitía en esa época que las personas en ese cargo se casaran. Como es de suponer, publicó esta novela que hoy presentamos de forma anónima, la firmó con el seudónimo de A. Square, es decir, A. Cuadrado.

Pero dejemos paso a las palabras del pequeño Prometeo planolandés, el protagonista de estas páginas, ese cuadrado; veamos las extrañas cosas que le sucedieron, y quitemos los velos que nublan nuestra razón, para que nos revele en este viaje todos los maravillosos misterios que le fueron otorgados por un fascinante ser venido de otra dimensión.

Sobre la traducción

Esta nueva traducción se ha realizado a partir del original de la segunda edición de 1884, un viejo archivo de dominio público escaneado y disponible en la red de Internet. Por supuesto, se ha hecho el necesario cotejo de otras versiones inglesas y de las traducciones españolas; cabe destacar que todas las anteriores han sido excelentes trabajos. Se ha hecho el intento, en la presente, de rescatar el valor expresivo de los énfasis del autor por medio de cursivas o mayúsculas, mantener su estilo de puntuación y oratoria. No obstante, sí hemos agregado algunas líneas perdidas en traducciones anteriores, asimismo corregido algunas erratas de ediciones previas, pero con ello no queremos decir que sea esta una traducción perfecta, seguramente tendrá errores no intencionales; por ellos pedimos disculpas de antemano.

Con respecto al sistema de medidas, las hemos trasladado del sistema utilizado por los ingleses a nuestro sistema métrico decimal, según las normas internacionales que nos rigen.

Por último, aclaramos que las notas agregadas en esta edición están marcadas con la expresión “N. del T.”, es decir, nota del traductor, para diferenciarlas de las notas del propio autor, que realmente son pocas.

“Oh, día y noche, todo esto es maravillosamente extraño...”



*Qué vergüenza, ver cómo he cuadrado
de manera agitada mi delirante charla...**

TITO ANDRÓNICO

* Shakespeare, *Titus Andronicus* (1593). Acto III, escena 2, línea 1.475. (N. del T.).

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICIÓN REVISADA, 1884

Si mi pobre amigo de Planolandia todavía conservara aquel vigor mental del que gozaba cuando empezó a componer estas memorias, seguramente no habría necesidad de que yo lo representara en este prefacio, en el cual él desea agradecer plenamente a sus lectores y críticos de Espaciolandia, por cuya apreciación ha sido necesaria una segunda edición de ese trabajo con una celeridad inesperada; luego, él también desea disculparse por ciertos errores y erratas (aunque de ellos no es enteramente responsable); y por último, desea explicar una o dos confusiones que hay. Pero él ya no es aquel cuadrado que fue una vez. Los años de presidio, y la carga aún más pesada de la burla y la incredulidad generales, han mezclado los pensamientos y las nociones, y mucha de la terminología que adquirió durante su corta estadía en Espaciolandia. Por lo tanto, me ha pedido que responda en su nombre a dos objeciones específicas: una de naturaleza intelectual y la otra moral.

La primera objeción es que un planolandés, cuando ve una línea, ve algo que debe ser a la vista tanto *grueso* como *largo*

(pues no sería visible, si no tuviese algún espesor); en consecuencia debería reconocer (esto es lo que se arguye) que sus compatriotas no son solamente largos y anchos, sino también *gruesos* o *altos* (aunque indudablemente en un grado muy escaso). Esta objeción es plausible, y, para los espaciolandeses, casi irresistible; así que, lo confieso, cuando la oí por primera vez, no supe qué responder. Pero me parece que la respuesta de mi pobre y viejo amigo es completamente satisfactoria.

«Admito», dijo él, cuando le mencioné esta objeción, «admito la veracidad de los datos de este crítico, pero rechazo sus conclusiones. Es cierto que realmente tenemos en Planolandia una *tercera dimensión* no reconocida llamada “altura”, pero igual es cierto que ustedes tienen realmente en Espaciolandia una *cuarta dimensión* no reconocida, que a la fecha presente no tiene ningún nombre¹, a la cual yo llamaré “extraltura”. Así pues, nosotros no podemos tener más conciencia de nuestra “altura” de la que ustedes pueden tener de su “extraltura”. Ni siquiera yo, que he estado en Espaciolandia y he tenido el privilegio de entender durante veinticuatro horas el significado de “altura”, ni siquiera yo puedo ahora mismo comprenderla, ni darme cuenta de ella, ya sea con el sentido de la vista o por algún proceso de la razón; solo puedo aprehenderla por medio de la fe.

1 Luego de los desarrollos de Einstein reconocemos que una cuarta dimensión es el tiempo, pero esto aún no se sabía en la época de Abbott. Hoy tenemos una noción diferente del universo. Aunque Abbott más bien se refería a otra cosa, es decir, a la posibilidad topológico-matemática de otros espacios, otras dimensiones, otros modos de existencia. (N. del T.).

»La razón es obvia. Dimensión implica dirección, implica medición, implica noción de más y menos. Ahora bien, todas nuestras líneas son *igual e infinitesimalmente* gruesas (o altas, como prefieran decirlo); en consecuencia, no hay nada en ellas que lleve a nuestras mentes a concebir esa dimensión. Ningún “delicado micrómetro” (como ha sido sugerido por uno de esos críticos demasiado apresurados de Espaciolandia) nos avalaría lo más mínimo, porque no sabríamos *qué medir*, ni en *qué dirección*. Cuando nosotros vemos una línea, vemos algo que es largo y *brillante*; el *brillo*, así como la longitud, es necesario para la existencia de una línea; así que si el brillo desaparece, la línea se extingue. Por consiguiente, todos mis amigos de Planolandia (cuando les hablo sobre la *dimensión no reconocida* que es de alguna manera visible en una línea) dicen: “Ah, me estás hablando del brillo”; y cuando yo contesto: “No, me refiero a una dimensión real”, ellos enseguida contrargumentan: “Entonces mídela, o dínos en qué dirección se extiende”; y esto me hace callar, porque no puedo hacer ni una cosa ni la otra. Nada más ayer, cuando el círculo en jefe (o, en otras palabras, nuestro sumo sacerdote) vino a inspeccionar la Prisión del Estado y me hizo su séptima visita anual, y cuando por séptima vez me preguntó que si ya me encontraba mejor, yo traté de demostrarle que él era “alto”, además de largo y ancho, aunque él no lo supiera. Pero, ¿cuál fue su respuesta? “Usted dice que soy ‘alto’; entonces mida mi ‘altura’ y le creeré.” ¿Qué podía hacer yo? ¿Cómo podía afrontar su reto? Quedé demolido, y él abandonó la habitación triunfante.

»¿Todavía les parece extraño esto? Entonces pónganse en una situación similar. Supongan que una persona de la *cuarta*

dimensión, condescendiente, decidiera visitarlos, y les dijera: “Cada vez que ustedes abren sus ojos, ven un plano (que es de dos dimensiones), y de allí *inferen* un sólido (de tres dimensiones); pero en realidad ven también (aunque no lo reconozcan) una cuarta dimensión, que no es ni color ni brillo ni nada por el estilo, sino una verdadera dimensión, aunque yo no pueda señalarles su dirección, ni ustedes puedan posiblemente medirla”. ¿Qué le dirían a ese visitante? ¿No lo encerrarían en la cárcel? Bueno, ese es mi destino: y es tan natural para nosotros los planolandeses encerrar en la cárcel a un cuadrado por predicar la *tercera dimensión*, como lo es para ustedes espaciolandeses encerrar a un cubo por predicar la cuarta. ¡Ay, qué familiar semejanza tan marcada corre a ciegas por todas las dimensiones persiguiendo a la humanidad! Puntos, líneas, cuadrados, cubos, extracubos... es probable que todos cometamos los mismos errores, todos somos como los tratantes de esclavos de nuestros respectivos prejuicios dimensionales, tal como ha dicho uno de sus poetas de Espaciolandia: “Un toque de la Naturaleza hace a todos los mundos afines.”²

En este punto, la defensa del cuadrado me parece irrefutable. Desearía poder decir que su respuesta a la segunda

2 El autor desea que yo agregue las cuestiones erróneas de algunos de sus críticos sobre este punto, que le ha inducido a insertar, en su diálogo con la Esfera, ciertos comentarios, los cuales tienen que ver con el punto en cuestión, y previamente habían sido omitidos por haberlos considerado tediosos e innecesarios. (N. del A.). [Sigue aquí el juego ficcional. Esta nota es realmente del propio autor, quien además asume el personaje como editor primero de la obra. Un ayudante espaciolandés de nuestro cuadrado. (N. del T.)].

objeción (la moral) fue igualmente clara y convincente. Se ha objetado que es un misógino; y como esta objeción la han aducido vehementemente quienes por decreto de Naturaleza constituyen algo más de la mitad de la raza de Espaciolandia, me gustaría removerla, en la medida en que pueda honestamente hacerlo. Pero el cuadrado está tan poco acostumbrado al uso de la terminología moral de Espaciolandia que le estaría haciendo una injusticia si me pusiese a transcribir literalmente su defensa contra este cargo. Por tanto, al actuar como su intérprete y reseñador, deduzco que en el curso de una condena de prisión de siete años él ha modificado sus puntos de vista personales, tanto en lo que concierne a las mujeres, como a los isós-celes y a las clases más bajas. En lo personal, él se inclina ahora a la opinión de la Esfera de que las líneas rectas son en muchos sentidos importantes y superiores a los círculos. Pero, al escribir como un historiador, se ha identificado (quizás de manera demasiado íntima) con los puntos de vista adoptados en general por los historiadores planolandeses, y (de acuerdo con la información recibida por él) también por los de Espaciolandia; en cuyas páginas (hasta tiempos muy recientes) los destinos de las mujeres y de las masas del género humano raras veces han sido consideradas dignas de mención y menos de consideración detallada.

En un pasaje aún más obscuro él desea ahora repudiar las tendencias “circulares” o aristocráticas que le han atribuido algunos críticos. Aunque él, haciendo justicia a la capacidad intelectual con la cual unos pocos círculos han mantenido durante muchas generaciones su supremacía sobre inmensas multitudes de compatriotas suyos, cree que los hechos de

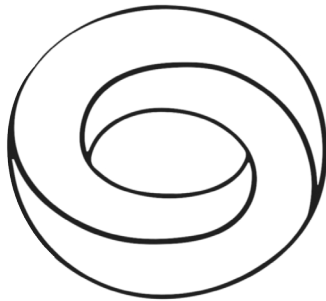
Planolandia hablan por sí mismos, sin comentarios suyos, proclaman que las revoluciones no pueden siempre reprimirse a través de la matanza, y que la Naturaleza, al condenar a los círculos a la esterilidad, les ha condenado al fracaso final... “y a partir de eso”, dice, “veo entonces el cumplimiento de la gran Ley de todos los mundos, que aunque la sabiduría del hombre crea que está trabajando en una cosa, la sabiduría de la Naturaleza le constriñe a trabajar en otra cosa que mientras más lejana y completamente distinta sea, mucho mejor”. Por lo demás, mi amigo ruega a sus lectores no asumir la actitud de dar por sentado que cada minúsculo detalle de la vida diaria de Planolandia deba corresponder necesariamente con algún otro detalle de Espaciolandia; y, aún así, espera que su obra, considerada como un todo, pueda resultar sugerente, además de entretenida, para los espaciolandeses de inteligencia media y modesta que (hablando de lo que es de la máxima importancia, pero yace más allá de la experiencia) se niegan a decir por una parte: “Esto no puede ser” y, por otra, “Esto tiene que ser exactamente así, y sabemos todo lo que hay que saber sobre el asunto”.

Parte I

Este mundo

*Sé paciente, pues el mundo es ancho y amplio.**

1



* Fray Lorenzo en *Romeo y Julieta*, acto 3°, escena 3 (N. del T.).

Este trabajo está dedicado a
los habitantes del ESPACIO EN GENERAL
y a H. C. EN PARTICULAR.
Por un humilde nativo de Planolandia
con la esperanza de que
así como él fue iniciado en los misterios
de las Tres Dimensiones,
habiendo estado familiarizado previamente
con solamente dos,
así los ciudadanos de aquella Región Celeste
puedan aspirar llegar aún más y más alto
hasta los secretos de la CUARTA, QUINTA e incluso
SEXTA dimensión,
para que de esa manera puedan contribuir a
aumentar la IMAGINACIÓN
y al posible desarrollo
del rarísimo y excelente don de la Modestia
entre las “clases superiores”
de SÓLIDA HUMANIDAD.

SECCIÓN 1

SOBRE LA NATURALEZA DE PLANOLANDIA

LLAMO a nuestro mundo Planolandia, no porque nosotros lo llamemos de esa manera, sino para hacer más clara su naturaleza a ustedes, mis felices lectores, quienes tienen el privilegio de vivir en el Espacio.

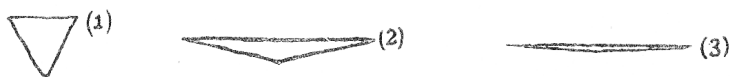
Imaginen una vasta hoja de papel en la que líneas rectas, triángulos, cuadrados, pentágonos, hexágonos y otras figuras, en vez de permanecer fijas en sus lugares, se moviesen libremente, en o sobre la superficie, pero sin la capacidad de levantarse por encima ni de hundirse por debajo de ella, algo así como las sombras (pero duras y de bordes luminosos), y así tendrían entonces una noción bastante correcta de mi país y de mis paisanos. Ay, hace unos pocos años, debería haber dicho “mi universo”: pero ahora mi mente se ha abierto a una visión más elevada de las cosas.

En tal clase de país, percibirán inmediatamente que es imposible la existencia de alguna cosa del género que ustedes llaman “sólido”; aunque me atrevo a decir que supondrán que nosotros podríamos al menos distinguir con la vista los triángulos, los cuadrados y otras figuras, moviéndose de un lado a

otro tal como los he descrito. Por el contrario, no podríamos ver nada por el estilo, ni siquiera como para distinguir una figura de otra. Nada de eso sería visible, ni podría ser visible, para nosotros, excepto “líneas rectas”; y en seguida demostraré por qué esto es necesariamente así.

Pongan una moneda en el centro de una de sus mesas del Espacio; e inclinándose sobre ella, miren hacia abajo. Aparecerá ante ustedes como círculo.

Pero ahora, retrocediendo hasta el borde de la mesa, vayan bajando sus ojos gradualmente (poniéndose así, cada vez más en la condición de los habitantes de Planolandia), y descubrirán que la moneda se va haciendo más y más ovalada a su vista; y, por último, cuando hayan situado la vista exactamente en el borde de la mesa (así estarían como si fuesen realmente ciudadanos de Planolandia), la moneda habrá dejado de parecer ovalada y se habrá convertido, como podrán ver, en una línea recta.



Lo mismo pasaría si trataran de hacer este ejercicio con un triángulo, o un cuadrado, o cualquier otra figura recortada de cartón. Tan pronto como la miren con los ojos puestos en el borde de la mesa, hallarán que cesa de aparecer ante ustedes como una figura, y que tomará el aspecto de una línea recta. Por ejemplo, tomen un triángulo equilátero, el cual representa

entre nosotros a un comerciante de la clase respetable. La fig. 1 representa al comerciante tal como lo verían desde arriba al inclinarse sobre él; las figs. 2 y 3 representan al comerciante, tal como lo podrían ver al acercarse al nivel de la mesa, y prácticamente en él; y si sus ojos estuviesen al nivel de la mesa (y así es como le vemos nosotros en Planolandia), no verían nada más que una línea recta.

Cuando yo estuve en Espaciolandia, oí decir que los marineros de allá tienen experiencias muy similares cuando atraviesan los mares y distinguen alguna isla o costa distante que yace en el horizonte. La lejana tierra puede tener bahías, cabos, ángulos hacia dentro y hacia fuera de diverso número y extensión; pero a la distancia no ven ninguna de esas cosas (a menos que el sol de ustedes brille intensamente sobre ellas revelando las proyecciones y retrocesos por medio de luces y sombras), nada más que una línea gris ininterrumpida sobre el agua.

Bueno, eso es justamente lo que nosotros vemos cuando uno de nuestros conocidos triangulares, u otros, viene hacia nosotros en Planolandia. Como entre nosotros no hay ni sol, ni ninguna luz de esa clase productora de sombras, no tenemos ninguna de esas ayudas visuales que ustedes tienen en Espaciolandia. Si nuestro amigo se acerca más a nosotros, vemos que su línea se hace mayor; si se aleja, se hace más pequeña: pero todavía parece una línea recta; sea él un triángulo, un cuadrado, un pentágono, un hexágono, un círculo, o lo que quieran... él se verá como una línea recta y nada más.

Ustedes podrían quizás preguntarse cómo somos capaces de distinguir amigos bajo estas circunstancias desventajosas:

pero la respuesta a esta pregunta, tan natural, será dada con mayor facilidad y adecuación cuando pasemos a describir a los habitantes de Planolandia. Por ahora, permítanme diferir este asunto, y decir un par de cosas sobre el clima y las viviendas de nuestro país.

SECCIÓN 2

SOBRE EL CLIMA Y LAS CASAS DE PLANOLANDIA

Así como es para ustedes, igualmente es para nosotros, es decir, hay cuatro puntos cardinales, norte, sur, este y oeste.

Pero, al no haber sol ni ninguna otra clase de cuerpos celestes, nos resulta imposible determinar el norte de la forma usual; pero tenemos un método propio. Por una Ley de la Naturaleza para nosotros, hay una atracción constante hacia el sur; y, aunque en los climas templados esta fuerza de atracción es muy leve (de manera que incluso una mujer con una salud razonable puede viajar varios estadios hacia el norte sin mucha dificultad), el efecto dificultoso de la atracción hacia el sur es suficiente para servir como brújula en la mayoría de las partes de nuestra Tierra. Además, la lluvia (que cae a intervalos regulares) viene siempre del norte, lo cual es una ayuda adicional; y en los pueblos nos sirven de guía las casas, cuyas paredes laterales van, en general, de norte a sur, de manera que los techos puedan proteger de la lluvia del norte. En el campo, donde no hay casas, los troncos de los árboles sirven también como un

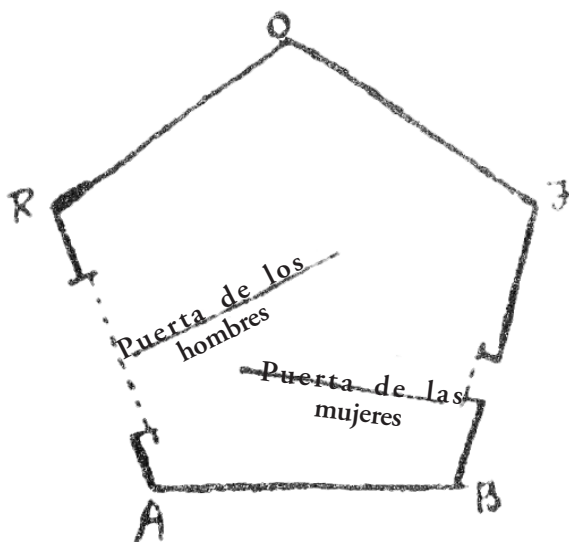
tipo de guía. En general, no tenemos mucha dificultad para orientarnos, como podría esperarse.

Sin embargo, en nuestras regiones más templadas, en las cuales la atracción hacia el sur casi no se siente, me ha sucedido a veces, cuando he ido caminando por una llanura completamente desolada, donde no había casas ni árboles que pudieran guiarme, que me he visto obligado a permanecer quieto durante varias horas seguidas, esperando a que viniese la lluvia para poder continuar mi viaje. Entre los débiles y los ancianos, y especialmente en las mujeres delicadas, la fuerza de atracción es mucho más fuerte que entre las personas robustas del sexo masculino, de manera que es un gesto de buena clase si encuentra a una dama en la calle siempre cederle el lado norte de la vía... pero, no es algo que resulte cosa fácil de hacer rápidamente y todo el tiempo, mucho menos cuando se goza de salud sólida y en un clima donde es difícil distinguir el norte del sur.

Nuestras casas no tienen ventanas: porque la luz nos llega de igual modo dentro de nuestras casas y fuera de ellas, durante el día y la noche, igual en todas las épocas y en todos los lugares. ¿De dónde viene? No lo sabemos. En los tiempos antiguos, según nuestros sabios, esta era una cuestión interesante y digna de investigación, la del origen de la luz; y se ha intentado aclarar repetidamente, pero sin otro resultado que el de llenar nuestros asilos para lunáticos con los presuntos aclaradores. Por consiguiente, después de muchos intentos fallidos de suprimir tales investigaciones indirectamente cargándoles un impuesto elevado, los legisladores las prohibieron del todo en una fecha relativamente reciente. Yo (ay, solo yo en Planolandia) conozco ahora demasiado bien la verdadera solución de este misterioso

problema; pero mi conocimiento no puede hacerse inteligible ni a uno solo de mis compatriotas; ¡y soy objeto de burla (yo, el único poseedor de las verdades del espacio y de la teoría de la introducción de la luz desde el mundo de tres dimensiones) como si fuese el más loco de los locos! Pero haciendo una pausa en estas dolorosas digresiones: permítanme retornar a nuestras casas.

La forma más común para la construcción de una casa es la de cinco lados o pentagonal, como en la figura anexa.



Los dos lados norteños RO, OF, constituyen el techo, y en la mayoría de los casos no tienen puertas; en el este hay una puertecita para las mujeres; en el oeste, una más grande para los hombres; el lado sur o suelo normalmente no tiene puertas.

No están permitidas las casas cuadradas y triangulares, y la razón es la siguiente. Como los ángulos de un cuadrado (y aún más los de un triángulo equilátero) son mucho más puntiagudos que los de un pentágono, y, dado que las líneas de los objetos inanimados (como las casas) son mucho menos nítidas que las de los hombres y las mujeres, se sigue de ello que hay peligro de que las puntas de una residencia cuadrada o triangular pudiese herir gravemente a un viajero desconsiderado o tal vez distraído al correr repentinamente contra ella: y por eso desde fecha tan temprana como el siglo XI de nuestra era, las casas triangulares fueron prohibidas universalmente por Ley, las únicas excepciones son las fortificaciones, los polvorines, las barracas y otros edificios estatales, a los cuales no es deseable que el público en general se acerque sin una cierta circunspección.

En ese período aún estaban permitidas en todas partes las casas cuadradas, aunque se desalentaba su construcción, al cargarles un impuesto especial. Pero, unos tres siglos después, la legislación decidió que, en todas las ciudades con una población superior a los diez mil habitantes, el ángulo de un pentágono era el más pequeño que se podía permitir para la seguridad pública en las casas. El buen sentido de la comunidad ha secundado los esfuerzos de la Asamblea legislativa; y ahora, incluso en el campo, la construcción pentagonal ha sustituido a cualquier otra. Hoy en día, solo a veces, y en algún distrito agrícola muy remoto y atrasado, un anticuario puede aún descubrir una casa cuadrada.

SECCIÓN 3

SOBRE LOS HABITANTES DE PLANOLANDIA

La mayor longitud o anchura de un habitante maduro de Planolandia puede estimarse que es más o menos: 27,94 cm, en las medidas³ que usan ustedes. Puede considerarse un máximo 30,48 cm.

Nuestras mujeres son líneas rectas.

Nuestros soldados y clases más bajas de trabajadores son triángulos, con dos lados iguales de unos 27,94 cm de longitud, y una base o tercer lado tan corto (no supera a menudo 1,27 cm) que sus vértices forman un ángulo muy afilado y formidable. De hecho, cuando sus bases son del tipo más degradado (no más de 0,31 cm de tamaño), apenas se pueden diferenciar

3 Once pulgadas en el original, ya que se utiliza el sistema anglosajón de medidas; aquí hemos elegido trasladarlo al métrico decimal para comprender mejor las dimensiones (además respetando la Norma ISO 31 que nos rige). Más adelante en esta sección, por ejemplo, se habla de doce pulgadas, que son 30,48 cm; media pulgada que es 1,27 cm; entre otras. (N. del T.).

de las líneas rectas o mujeres, por lo extremadamente puntia-
gudos que son sus vértices. Para nosotros, así como para us-
tedes, estos triángulos se distinguen de los otros porque son
llamados isósceles; y con este nombre me referiré a ellos en las
páginas siguientes.

Nuestra clase media está formada por triángulos equilá-
teros, o triángulos de lados iguales.

Nuestros profesionales y caballeros son cuadrados (clase
a la cual yo mismo pertenezco) y figuras de cinco lados o
pentágonos.

Inmediatamente por encima de estos viene la nobleza,
en la cual hay varios grados, empezando por las figuras de
seis lados, o hexágonos; y de ahí va elevándose el número de
lados hasta que reciben el honorable título de “poligonales”,
o “de muchos lados”. Finalmente, cuando el número de lados
resulta tan numeroso, y lados mismos tan pequeños que
la figura no puede distinguirse de un círculo, esta se incluye
en el orden circular o sacerdotal; y esta es la clase más alta de
todas.

Es una Ley natural entre nosotros que un hijo varón deba
tener un lado más que su padre, y así cada generación se eleve,
como regla, un escalón en la escala de desarrollo y nobleza. Por
consiguiente, el hijo de un cuadrado es un pentágono; el hijo
de un pentágono, un hexágono; y así sucesivamente.

Pero esta regla no se cumple siempre en el caso de los co-
merciantes, y aún menos en el de los soldados y los trabaja-
dores; que difícilmente puede decirse que merezcan el nombre
de figuras humanas, pues no tienen todos sus lados iguales. En
su caso, por lo tanto, no se cumple la Ley natural; y el hijo de

un isósceles (*i.e.* un triángulo con dos lados iguales) continúa siendo isósceles. Sin embargo, no se rechaza toda esperanza, incluso por parte de los isósceles, de que su posteridad pueda finalmente elevarse por encima de su condición degradada. Pues, después de una larga serie de éxitos militares, o de habilidosas y diligentes labores, resulta generalmente que los más inteligentes de las clases de los artesanos y los soldados manifiestan un leve incremento de su tercer lado o base, y una pérdida de tamaño en los otros dos. Los matrimonios mixtos (arreglados por los sacerdotes) entre los hijos e hijas de esos miembros más intelectuales de las clases más bajas generalmente dan como resultado una prole que se aproxima aún más al tipo del triángulo de lados iguales.

Casi nunca, un triángulo equilátero genuino y certificable es producido por padres isósceles, en relación con el inmenso número de nacimientos isósceles.⁴ Tal nacimiento requiere, como antecedente, no solo una serie de matrimonios mixtos cuidadosamente arreglados, sino también un largo y continuo ejercicio de frugalidad y autocontrol por parte de los potenciales ancestros del que llegará a ser equilátero, así como un

4 “¿Qué necesidad hay de un certificado?” Un crítico de Espaciolandia puede preguntar: “¿No es la procreación de un hijo cuadrado un certificado de la naturaleza misma, que prueba la equilateralidad del padre?”. Yo respondo que ninguna dama de cualquier posición social se casará con un triángulo no certificado. Un niño cuadrado ha resultado a veces de un triángulo ligeramente irregular: pero en la mayoría de estos casos la irregularidad de la primera generación se manifiesta en la tercera, la cual falla en alcanzar el rango pentagonal, o recae en el triangular.

desarrollo paciente, sistemático y continuo del intelecto isósceles a lo largo de varias generaciones.

El nacimiento de un verdadero triángulo equilátero de padres isósceles es en nuestro país motivo de regocijo en varios estadios a la redonda. Tras un examen estricto conducido por la Junta Sanitaria y Social, el infante, si es certificado como regular, es admitido, con solemne ceremonia, en la clase de los equiláteros. Inmediatamente es removido del hogar de sus orgullosos pero apenados padres y dado en adopción a algún equilátero sin hijos, quien es obligado legalmente y por juramento a no permitir de ahí en adelante que el niño vuelva a entrar en su antiguo hogar o incluso que jamás llegue a ver de nuevo a sus padres, no sea que el organismo recién desarrollado pueda, por fuerza de una imitación inconsciente, recaer en su nivel hereditario.

El surgimiento ocasional de un isósceles desde los rangos de sus ancestros nacidos entre los siervos es bien recibido no solo por los pobres siervos mismos, como un brillo de luz y esperanza derramada sobre la miseria monótona de su existencia, sino también por la aristocracia en su conjunto; pues las clases más altas son bien conscientes de que estos raros fenómenos, aunque hagan poco o nada por vulgarizar sus propios privilegios, sirven como una barrera muy útil contra una revolución que surge desde abajo.

Si la plebe acutángula hubiese estado, sin excepción, absolutamente desprovista de esperanza y de ambición, podría haber hallado líderes, en alguno de sus múltiples estallidos sediciosos, que hubiesen sido capaces de traducir su fuerza y número superiores en algo excesivo incluso para la sabiduría de los círculos.

Pero un sabio mandato de la Naturaleza ha decretado que el incremento de la inteligencia, conocimiento y toda virtud, en la clase trabajadora, crezca en la misma proporción de su ángulo agudo (el cual los hace físicamente terribles), y los aproxime al ángulo más inocuo del triángulo equilátero. De este modo, entre las criaturas más brutales y formidables de la clase militar (que están casi al mismo nivel de las mujeres en su falta de inteligencia), al aumentar su habilidad mental necesaria para emplear su tremendo poder de penetración, en esa misma manera disminuye su poder de penetración.

¡Cuán admirable es esta Ley de Compensación! ¡Y qué prueba tan perfecta de la buena anatomía natural y, casi podría decir, del origen divino de la constitución aristocrática de los estados de Planolandia! Por medio de un uso juicioso de esta Ley de la Naturaleza, los polígonos y los círculos son casi siempre capaces de reprimir la sedición desde que están en la cuna, porque toman ventaja de la incontenible e ilimitada esperanza que hay en la mente humana. El arte también viene en ayuda de la ley y el orden. En general, parece posible (con una ligera compresión o expansión realizada por los médicos del Estado) convertir a algunos de los líderes más inteligentes de una rebelión en seres perfectamente regulares, y admitirlos inmediatamente en las clases privilegiadas; un número mucho mayor de ellos, que todavía están por debajo de la norma, fascinados por la posibilidad de ser finalmente ennoblecidos, son inducidos a ingresar en los hospitales del Estado, donde se les mantiene en honorable confinamiento de por vida; y apenas uno o dos de los más obstinados, necios e irremediablemente irregulares son mandados a ejecutar.

Entonces los que quedan de la miserable plebe de los isós-celes, sin planes ni líderes, o son atravesados sin resistencia por un pequeño cuerpo de sus propios compañeros a quienes el círculo en jefe mantiene bajo sueldo para este tipo de emergencias, o bien (y es lo más frecuente) se les incita a conflictos internos, por medio de envidias y sospechas hábilmente fomentadas por parte del Partido Circular, y de esta manera perecen víctimas de sus mutuos ángulos. Nuestros anales registran nada menos que ciento veinte rebeliones, aparte de doscientos treinta y cinco estallidos menores; y todos ellos han terminado así.

SECCIÓN 4

LO CONCERNIENTE A LAS MUJERES⁵

Si nuestros triángulos tan puntiagudos de la clase de los soldados son formidables, se puede inferir sin dificultad que lo son mucho más nuestras mujeres. Porque si un soldado es una cuña, una mujer es una aguja; es, por así decirlo, “completamente punta”, por lo menos en las dos extremidades. Añádase a esto el poder de hacerse prácticamente invisibles a voluntad; comprenderán que una mujer es, en Planolandia, una criatura con la que no se puede jugar.

Quizás en este punto, algunos de mis lectores más jóvenes se pregunten cómo puede hacerse invisible una mujer en Planolandia. Esto debería resultar evidente para todos, creo

5 No nos explayaremos en una nota breve sobre el tratamiento a las mujeres en esta obra, sugerimos remitirse a las páginas preliminares en busca de una explicación mayor, solamente haremos la salvedad de que se trata de una novela satírica, esta obra no promueve la misoginia. Estamos ante una crítica a nuestras sociedades, al rol que les asignamos a los individuos, a nuestras absurdas definiciones de los “seres” por medio de etiquetas y a nuestras arbitrarias jerarquías sociales. (N. del T).

yo, sin ninguna necesidad de explicación. Sin embargo, añadiré unas palabras para aclararlo a quienes sean menos reflexivos.

Pongan una aguja en una mesa. Luego, con los ojos al nivel de la mesa, mírenla lateralmente, y verán toda su longitud; pero mírenla por los extremos y no podrán ver nada más que un punto: se ha hecho prácticamente invisible. Lo mismo sucede con nuestras mujeres. Cuando el lado de alguna de ellas está vuelto hacia nosotros, la vemos como una línea recta; cuando el extremo que contiene su ojo o boca (porque entre nosotros esos dos órganos son idénticos), esa es la parte que encuentra nuestra mirada, entonces lo que vemos no es nada más que un punto sumamente lustroso; pero cuando la espalda es la que se ofrece a nuestra vista, entonces, su dificultosa extremidad, al ser solo deslustrada y, en efecto, casi tan tenue como un objeto inanimado, le sirve como una especie de gorro de invisibilidad.

Los peligros a los cuales estamos expuestos en Planolandia por causa de nuestras mujeres deben resultar ya evidentes hasta para el menos capaz de Espaciolandia. Si ni siquiera el ángulo de un respetable triángulo de clase media está libre de peligros; si tropezar con un trabajador implica el corte de un tajo, si la colisión con un oficial de la clase militar produce necesariamente una herida grave, si el simple roce del vértice de un soldado raso trae consigo un peligro de muerte; ¿qué puede representar el tropezar con una mujer, salvo absoluta e inmediata destrucción? Y cuando una mujer es invisible, o visible solo como un punto tenue y deslustrado, ¿cuán difícil es siempre, hasta para el más cauto, evitar una colisión!

Muchas son las leyes que se han promulgado en diferentes épocas, en los diferentes estados de Planolandia, con la finalidad

de minimizar este peligro; y en los climas sureños y menos templados, donde la fuerza de gravedad es mayor y los movimientos de los seres humanos son más casuales e involuntarios, las leyes concernientes a las mujeres son mucho más severas. Una visión general del código puede obtenerse del siguiente sumario:

1. Toda casa debe tener una entrada en el lado este para uso exclusivo de las mujeres; por la cual todas las mujeres deberán entrar “de una manera apropiada y respetuosa”⁶, y no por la puerta occidental o de los hombres.
2. Ninguna mujer entrará en un lugar público sin emitir de forma continua su “grito de paz”, so pena de muerte.
3. Toda mujer a la que se le haya certificado oficialmente que padece del mal de San Vito, ataques, resfriados crónicos acompañados de estornudos violentos, o cualquier enfermedad que vaya acompañada de reacciones corporales violentas será destruida al instante.

En algunos estados hay una ley adicional que prohíbe a las mujeres, bajo pena de muerte, caminar o estar paradas en un lugar público sin mover la espalda constantemente de derecha a izquierda, para indicar su presencia a aquellos que están detrás de ellas; en otros estados se obliga a las mujeres a que cuando viajan, vayan seguidas de uno de sus hijos, o de sus siervos, o

6 Cuando estuve en Espaciolandia comprendí que algunos de sus círculos sacerdotales tienen igualmente una entrada independiente para aldeanos, campesinos y profesores comunitarios (*El Espectador*, sept. 1884, p. 1255), por las que deben entrar “de una manera apropiada y respetuosa”.

de su esposo; otros confinan a las mujeres a estar en sus casas, excepto durante los festivales religiosos. Pero nuestros círculos, o estadistas, han encontrado que la multiplicación de restricciones hacia las mujeres tiende no solo al debilitamiento y disminución de la raza, sino también al aumento de crímenes domésticos en un nivel tal que un estado pierde más de lo que gana con un código prohibitivo tan severo.

Cada vez que el temperamento de las mujeres llega al punto de desesperación por el confinamiento en casa o por las leyes de impedimento, son propensas a descargar su ira sobre sus esposos e hijos; y en los climas menos temperamentales la población masculina de una villa en su totalidad a veces ha sido destruida en una o dos horas por los estallidos simultáneos de las féminas. Por tanto, las tres leyes arriba mencionadas son satisfactorias en los estados mejor regulados, y pueden ser aceptadas como un severo ejemplo de nuestro código para las mujeres.

Después de todo, nuestra principal salvaguarda se encuentra, no en la legislación, sino en el interés de las mujeres en sí mismas. Porque, aunque puedan infligir la muerte instantánea por un movimiento retrógrado, a no ser que puedan inmediatamente desacoplar su extremidad punzopenetrante del cuerpo en apuros de su víctima, sus propios cuerpos podrían acabar destruidos, a causa de su fragilidad.

El poder de la moda también rige en nuestro mundo. Ya señalé que en algunos estados menos civilizados es intolerable que una mujer pueda estar de pie en un lugar público sin menear su parte trasera de derecha a izquierda. Resulta que esta práctica ha sido universal entre las mujeres que tengan alguna pretensión de aparentar haber sido bien criadas en todos

nuestros estados correctamente gobernados, y ha sido así desde hace tanto tiempo como la memoria de las figuras puede alcanzar. Se considera una desgracia para cualquier Estado que la legislación pueda tener que imponer aquello que debería ser, y esto es en toda mujer respetable, un instinto natural. El movimiento rítmico y, si se me permite decirlo, la ondulación bien modulada de la espalda en nuestras damas de rango circular, es envidiado e imitado hasta por la esposa de un equilátero común, que no llega a ser sino un mero balanceo monótono, como el de un péndulo; y el balanceo regular del equilátero no es menos admirado y copiado por la esposa de un progresista y aspirante isósceles; en las damas cuyas familias no tienen “movimiento de espaldas” de ninguna clase se ha convertido ahora en una necesidad de vida. Por consiguiente, el “movimiento de espaldas” está tan presente como lo está el tiempo mismo en toda familia que goce de posición y consideración; tanto esposos como hijos gozan de inmunidad en esas casas, al menos de los ataques invisibles.

No hay que suponer, ni por un momento, que nuestras mujeres sean seres carentes de afecto. Pero, desgraciadamente la pasión del momento predomina, en el sexo débil, por encima de cualquier otra consideración. Por supuesto, esto es una necesidad producida por desafortunada configuración. Porque, como no tienen pretensión alguna de ángulo, siendo inferiores a este respecto a los más bajos de los isósceles, en consecuencia están totalmente desprovistas de capacidad cerebral, y no tienen ni reflexión, ni juicio, ni previsión y a duras penas disponen de algo de memoria. Por esa razón, en sus ataques de furia, no recuerdan ninguna reivindicación o demanda, y no hacen

ninguna diferenciación. De hecho, yo he conocido un caso donde una mujer exterminó a todas las personas de su casa, ¡y, media hora después, cuando ya su furia había amainado y se habían barrido los fragmentos, preguntó qué había sido de su marido y de sus hijos!

Entonces, obviamente, no se debe irritar a una mujer mientras que esta se encuentre en una posición en la que pueda girarse. Cuando se encuentran en sus apartamentos (que están contruidos con vistas a negarles ese poder), ustedes pueden decir y hacer lo que quieran, pues ellas son completamente impotentes de hacer sus maldades, y no recordarán al cabo de unos minutos el incidente por el cual pueden estar en ese momento amenazándoles con la muerte, ni las promesas que ustedes puedan haber hecho para calmar su furia.

En general, nos llevamos de manera suave y fluida en nuestras relaciones domésticas, a excepción de los estratos más bajos de la clase militar. Allí la falta de tacto y discreción por parte de los esposos produce a veces desastres indescritibles. Estas criaturas imprudentes, como confían demasiado en las armas ofensivas de sus ángulos agudos, en vez de en los órganos defensivos del buen sentido y las simulaciones apropiadas, descuidan con demasiada frecuencia la norma de construcción prescrita para los apartamentos de las mujeres, o irritan a sus esposas con expresiones poco aconsejables cuando están fuera de casa, y se niegan a retractarse inmediatamente. Además, un romo y terco respeto a la verdad literal les indispone para hacer esas espléndidas promesas con las cuales el más juicioso círculo puede apaciguar en un momento a su consorte. El resultado es una masacre; aunque no deja de tener sus ventajas, como

la eliminación de los isósceles más brutales y problemáticos; y muchos de nuestros círculos ven la destructibilidad del sexo débil como uno de los muchos arreglos providenciales para suprimir la población sobrante y cortar de raíz la revolución.

Sin embargo, no se puede afirmar que incluso en nuestras familias mejor regidas y más cercanas a la circularidad sea tan elevado el ideal de vida de familia como lo es entre ustedes en Espaciolandia. Hay paz, en la medida en que puede aplicarse ese nombre a la ausencia de carnicería, pero hay poca armonía de gustos u ocupaciones; y la cauta sabiduría de los círculos ha garantizado la seguridad a costa de la comodidad doméstica. En todo hogar circular o poligonal ha sido un hábito, desde tiempo inmemorial (y se ha convertido ahora en una especie de instinto entre las mujeres de nuestras clases superiores), el que las madres y las hijas deban mantener siempre los ojos y la boca dirigidos hacia sus esposos y amistades masculinas; y si una señora de una familia distinguida le diese la espalda a su esposo se consideraría como una especie de presagio, que implicaría pérdida de *status*. Pero, como les enseñaré enseguida, esta costumbre, aunque tenga el beneficio de la seguridad, no deja de tener sus desventajas.

En la casa del trabajador o del comerciante respetable (en que se permite a la esposa dar la espalda a su marido, mientras realiza sus tareas domésticas) hay al menos intervalos de calma, cuando no se ve ni se oye a la esposa, salvo por el canturreo continuo de su “grito de paz”; pero en los hogares de las clases superiores es demasiado frecuente que no haya paz. Allí la boca voluble y el ojo penetrante y luminoso están siempre dirigidos hacia el amo de la casa; y ni la luz misma es más insistente

que la corriente del discurso femenino. El tacto y la habilidad necesarios para evitar la picadura de una mujer no bastan para la tarea de cerrarle la boca; y como la esposa no tiene absolutamente nada que decir, y absolutamente ningún dispositivo de restricción de inteligencia, sentido común o conciencia que le impida decirlo, no pocos cínicos han llegado a afirmar que prefieren el peligro del aguijón inaudible y mortífero de la mujer a la firme sonoridad de su otra punta.

A mis lectores de Espaciolandia quizás les pueda parecer verdaderamente deplorable la condición de nuestras mujeres, y lo es, sin duda. Un varón del tipo más inferior de los isósceles puede buscar alguna mejora en su ángulo, y un ascenso final de toda su casta degradada; pero ninguna mujer puede siquiera contemplar la menor esperanza para su sexo. “La mujer siempre será mujer”, es un decreto de la Naturaleza; y las propias leyes de la evolución parecen suspenderse en perjuicio suyo. Aunque al menos podemos admirar ese prudente acuerdo previo según el cual, ya que las mujeres no tienen ninguna esperanza, no tengan tampoco recuerdos, ni previsión alguna que les permita anticipar las miserias y humillaciones que son al mismo tiempo una necesidad de su existencia y la base de la constitución de Planolandia.

SECCIÓN 5

SOBRE NUESTROS MÉTODOS DE RECONOCIMIENTO MUTUO

Ustedes, quienes han sido bendecidos con la sombra y la luz, ustedes quienes están dotados de dos ojos, tienen un conocimiento de la perspectiva y tienen la fortuna de disfrutar de diversos colores; ustedes, que pueden ver realmente un ángulo y contemplar la circunferencia completa de un círculo en la feliz región de las *tres dimensiones*... ¿Cómo podré lograr que vean claramente la dificultad extrema que tenemos en Planolandia para poder reconocer las configuraciones de unos y otros?

Recordemos lo que expliqué más arriba. Todos los seres de Planolandia, animados e inanimados, sin importar su forma, presentan a nuestra “*vista*” la misma apariencia (o casi la misma), a saber, una línea recta. ¿Cómo se puede entonces distinguir a uno de otro, si todos parecen el mismo?

La respuesta es triple. El primer medio de reconocimiento es el sentido del oído, el cual está muchísimo más desarrollado entre nosotros que entre ustedes, y nos permite no solo

distinguir por la voz a nuestras amistades personales, sino hasta diferenciar entre las diversas clases, al menos los tres órdenes más bajos, los equiláteros, los cuadrados y los pentágonos, porque a los isósceles no los tengo en cuenta. Pero a medida que ascendemos en la escala social, va haciéndose cada vez más difícil el proceso de diferenciar y ser diferenciado por la audición, esto ocurre en parte porque se asimilan las voces y en parte debido a la facultad de reconocer por la voz es una virtud plebeya no muy desarrollada entre la aristocracia. Además, si hay peligro de impostura, no podemos confiar en ese método. Entre nuestros órdenes inferiores los órganos vocales están desarrollados en grado mayor que el de la audición, de manera que un isósceles puede simular fácilmente la voz de un polígono y, con cierto adiestramiento, hasta la de un círculo. Por lo tanto, se suele recurrir a un segundo método.

Tocar es, entre nuestras mujeres y las clases inferiores (de las clases superiores hablaré en breve), la principal prueba de reconocimiento, en todos los casos tratándose de extraños, y cuando de lo que se trata no es del individuo, sino de la clase. Por consiguiente, lo que es una “presentación” entre las clases elevadas de Espacioladia, es para nosotros ese proceso de tocar. “Permítame pedirle a usted que toque, y a su vez sea tocado, por mi amigo el señor Fulano”, esta sigue siendo aún la forma de presentación más anticuada de cortesía en los caballeros de nuestro país, en los distritos remotos alejados de las ciudades. Pero en las ciudades, y entre los hombres de negocios, las palabras “ser tocado por” se omiten y la oración se abrevia solamente a: “permítame que le pida que toque al señor Fulano”; aunque se asume, por supuesto, que “el tocar”

debe ser recíproco. Entre nuestros jóvenes caballeros más modernos y elegantes (quienes tienen una aversión extrema hacia el esfuerzo superfluo y una suprema indiferencia respecto a la pureza de su lengua materna), la fórmula es más abreviada por el uso del verbo “tocar” en un sentido técnico, queriendo decir “recomendar-con-el-propósito-de-tocar-y-ser-tocado”; y en este momento la jerga de cortesía o de sociedad rápida entre las clases altas sanciona como un barbarismo cosas tales como “Señor Smith, permítame tocar al señor Jones.”

No dejaré que mi lector suponga, sin embargo, que tocar es entre nosotros el tedioso proceso que será para ustedes, o que para nosotros sea necesario tocar todos los lados de cada individuo antes de poder determinar a qué clase pertenece. Más bien, una larga práctica y entrenamiento, iniciada en las escuelas y continuada en la experiencia de la vida diaria, nos permite discriminar de una sola vez por el sentido del tacto los ángulos de un triángulo de lados iguales, un cuadrado, un pentágono; y no necesito decir que el vértice descerebrado de un isósceles acutángulo es obvio hasta para el toque más leve. Por eso, no es necesario, como regla general, sino tocar un solo ángulo de cualquier individuo; y esto, una vez verificado, nos informa la clase de la persona a la que le estamos hablando, a no ser que de hecho él pertenezca a las más altas secciones de la nobleza. En ese caso la dificultad es mucho mayor. Incluso, se sabe que un maestro de Artes de nuestra Universidad de Wentbrige ha confundido un polígono de diez lados con un polígono de doce lados; y difícilmente haya un doctor en Ciencias en nuestra famosa universidad, o fuera de ella, que pueda pretender discriminar con toda rapidez y sin ninguna duda entre dos miembros

de nuestra aristocracia que sean un polígono de veinte lados y uno de veinticuatro lados.

Aquellos de mis lectores que recuerden los resúmenes dados más arriba, sobre el código legislativo concerniente a las mujeres, percibirán sin inconvenientes que el proceso de presentación por el contacto requiere algo de cuidado y discreción. Pues de otra manera, los ángulos podrían infligir en el “tocador” incauto un daño irreparable. Es esencial, por la seguridad del “tocador”, que el “tocado” deba mantenerse perfectamente calmado, quieto. Un sobresalto, un movimiento nervioso de posición, sí, incluso un estornudo violento, ha resultado, como es bien sabido, fatal para el incauto, y ha cortado de raíz muchas amistades prometedoras. En especial, esto se confirma entre las clases más bajas de los triángulos. En ellos, el ojo está situado tan lejos de su vértice que a duras penas pueden ser conscientes de lo que pasa en la otra extremidad de su figura. Además, tienen una naturaleza ruda, que no es sensible al delicado toque del polígono altamente organizado. ¡Para qué asombrarse, entonces, del hecho de que un tirón involuntario de la cabeza haya privado al Estado de una vida valiosa!

He oído que mi excelente abuelo (uno de los últimos irregulares de su desdichada clase isósceles, quien, en efecto, obtuvo, poco antes de su muerte, cuatro de los siete votos de la Junta Sanitaria y Social para pasarlo a la clase de los equiláteros) con frecuencia deploraba, con lágrimas en su ojo venerable, un error de esta categoría, que le había ocurrido a su tatarabuelo, un respetable trabajador con un ángulo o cerebro de $59^{\circ} 30'$. Según este cuento, mi ancestro desafortunado, como sufría de reumatismo, cuando estaba en el acto de ser tocado por un

polígono, por un sobresalto involuntario traspasó a aquel gran hombre por la diagonal; y por eso, en parte a consecuencia de su largo período de prisión y degradación, y en parte a causa de la conmoción moral, la cual afectó a toda la familia de mi ancestro, nuestra familia cayó en un grado y medio de retroceso en lo que iba a ser su ascenso hacia mejores cosas. El resultado de esto fue que en la siguiente generación el cerebro de la familia fue registrado solo con 58° , y no fue sino hasta cumplido el lapso de cinco generaciones que fue recuperado el territorio perdido, se alcanzaron los 60° completos, y finalmente se alcanzó el ascenso a la clase de los isósceles. Fíjense en toda esta serie de calamidades surgidas de un pequeño incidente en el proceso del “tocar”.

En este punto, pienso yo, podría oír a algunos de mis lectores mejor educados exclamar: “¿Cómo pueden ustedes en Planolandia saber algo sobre ángulos, grados o minutos? Nosotros podemos *ver* un ángulo, porque en la región del espacio podemos ver dos líneas rectas inclinadas una hacia la otra; pero ustedes que no pueden ver sino una línea recta a la vez, o en todo caso solo una cantidad de pedazos de líneas rectas, todos dispuestos en una línea recta... ¿Cómo pueden ustedes siquiera discernir cualquier clase de ángulo, y mucho menos registrar ángulos de diferentes tamaños?”

Yo simplemente respondo que, aunque no podemos *ver* ángulos, los podemos *deducir*, además con gran precisión. Nuestro sentido del tacto, estimulado por la necesidad, y desarrollado tras un largo entrenamiento, nos permite distinguir ángulos con mayor precisión que el sentido de la vista de ustedes, cuando no tienen ayuda de una regla o un medidor de ángulos. Debo

acotar que tenemos grandes ayudas naturales. Hay una Ley de la Naturaleza entre nosotros, según la cual el cerebro de la clase isósceles debe empezar en medio grado, o treinta minutos, y aumentar (si es que aumenta) a razón de medio grado en cada generación; hasta alcanzar los 60°, momento en que la condición de servidumbre se anula, y el hombre libre entra a la clase de los regulares.

En consecuencia, la Naturaleza misma nos provee de una escala ascendente o un alfabeto de ángulos desde medio grado hasta los 60°, especímenes que son ubicados en cada escuela básica a través de la Tierra. Debido a retrocesos ocasionales, al aún más frecuente estancamiento moral e intelectual, y a la extraordinaria fecundidad de la clase criminal y vagabunda, siempre hay un exceso de individuos de la clase de medio grado y de un grado, y gran abundancia de especímenes de hasta los 10°. Todos estos seres están completamente desprovistos de derechos civiles; y gran número de ellos, al no tener siquiera la inteligencia suficiente para los propósitos de la guerra, son obligados por los Estados al servicio de la educación. Son encadenados con grilletes para eliminar toda posibilidad de peligro, y lo ubican en los salones de clases en nuestras escuelas, y allí son utilizados por la Junta de Educación para el propósito de impartir a los retoños de las clases medias ese tacto e inteligencia de los cuales están completamente privadas estas desgraciadas criaturas.

En algunos estados, a estos especímenes ocasionalmente se les alimenta y se les permite existir por varios años; pero en los climas más templados y las regiones mejor reguladas, se ha hallado que a la larga es más ventajoso para los intereses

educacionales de los jóvenes prescindir de la comida, y renovar los especímenes cada mes (esto es más o menos la duración de la vida sin alimentos de la clase criminal). En las escuelas más baratas, lo que se gana con la larga existencia de los especímenes se pierde, en parte por los gastos de comida, y en parte por la reducida exactitud de los ángulos, que se dañan después de unas pocas semanas de “toque” constante. No debemos olvidar agregar, al enumerar las ventajas del sistema más costoso, que el mismo tiende, aunque sutilmente, a la disminución de la población redundante de isósceles (un asunto cuya importancia todo estadista tiene en cuenta constantemente en Planolandia). En definitiva (no ignoro que en muchas Juntas escolares popularmente elegidas hay una reacción a favor del “sistema barato”, como lo llaman), estoy dispuesto a pensar que este es uno de los muchos casos en los cuales lo caro es lo que realmente resulta más económico.

Mas no permitiré que cuestiones de la política de las Juntas escolares me desvíen de mi tema. Creo que se ha dicho lo suficiente para demostrar que el método de reconocimiento por el tacto no es un proceso tan tedioso, o impreciso, como se podría suponer; y es claramente más confiable que el reconocimiento auditivo. Aún permanece, como se ha señalado antes, la objeción de que este método no carece de peligros. Por esta razón muchos miembros de las clases medias e inferiores, y todos los de los órdenes poligonales y circulares sin excepción, prefieren un tercer método, cuya descripción se reservará para la sección siguiente.

SECCIÓN 6

SOBRE EL MÉTODO DE RECONOCIMIENTO POR LA VISTA

Estoy cerca de parecer muy incongruente. En las secciones previas he dicho que todas las figuras de Planolandia presentan la apariencia de una línea recta; y se añadió, o se dio por sobrentendido, como consecuencia, que era imposible distinguir por el órgano visual entre individuos de clases diferentes: y ahora me dispongo a explicar a mis críticos espaciolandeses cómo podemos reconocernos mutuamente con el sentido de la vista.

Sin embargo, si el lector se toma la molestia de acudir al pasaje en el cual se establece que el reconocimiento por el tacto es universal, hallará esta restricción: “entre las clases inferiores”. El Reconocimiento por la vista solo se practica entre las clases más altas y en nuestros climas más templados.

El hecho de que exista este poder en todas las regiones y entre todas las clases es el resultado de la Niebla, que se impone durante la mayor parte del año en todos los lugares salvo en las zonas tórridas. Aquello que entre ustedes, en Espaciolandia, es

el mal puro, que borra el paisaje, deprime el espíritu y debilita la salud, es para nosotros una bendición casi tan importante como el aire, y es como la nodriza de las artes o el padre de las ciencias. Pero permítanme explicarme mejor, sin agregar más elogios a este benéfico elemento.

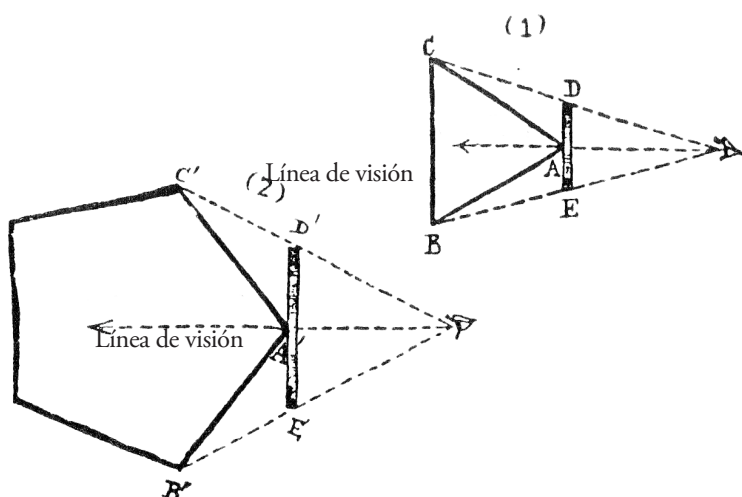
Si no existiese la Niebla, todas las líneas parecerían claras e indistinguibles por igual; y esto es lo que pasa, en realidad, en el caso de esos países desdichados en los cuales la atmósfera es completamente seca y transparente. Pero donde sea que haya un rico suministro de Niebla, los objetos ubicados a cierta distancia, digamos de un metro⁷, son considerablemente más tenues que aquellos dispuestos a una distancia de ochenta centímetros⁸; y el resultado es que, por una observación experimental, cuidadosa y constante, de lo que es claro y lo borroso, somos capaces de deducir con gran exactitud la configuración del objeto observado.

Un ejemplo ayudará a aclarar lo que quiero decir más que un volumen entero de generalidades.

Supongan que veo que se acercan dos individuos cuyo rango deseo determinar. Vamos a suponer que son un comerciante y un médico, o, dicho de otro modo, un triángulo equilátero y un pentágono: ¿cómo puedo distinguirlos?

7 Tres pies (3 *ft*) en el original, al convertirlos son 0,91440 m. Casi un metro. (N. del T.).

8 Dos pies (2 *ft*), once pulgadas (11 *inches*) en el original. (N del T.).



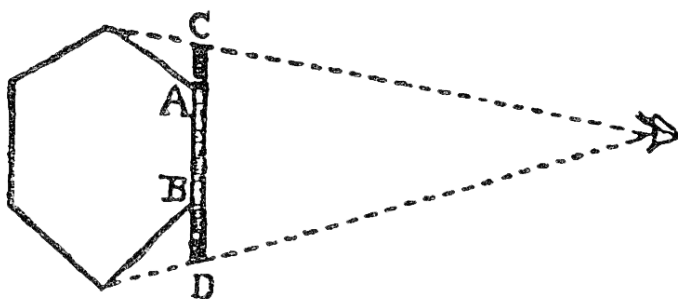
Resultará obvio para cualquier niño de Espaciolandia que haya rozado el umbral de los estudios geométricos que, si puedo hacer que el centro de mi línea de visión biseque el ángulo (A) del extraño que se aproxima, mi vista estará ubicada equitativamente entre los dos lados suyos más próximos a mí (en este caso, CA y AB), así podré contemplar los dos con imparcialidad y ambos parecerán del mismo tamaño.

Ahora, en el caso (fig. 1) del comerciante, ¿qué es lo que veré? Una línea recta DAE cuyo punto medio (A) será muy brillante, por su cercanía a mí; pero a ambos lados la línea *se hundirá rápidamente en lo borroso*, debido a que los lados AC y AB *se desvanecen rápidamente en la Niebla*; y lo que a mí me parece que son las extremidades del comerciante, es decir D y E, serán *en efecto muy sombrías*.

Por otra parte, en el caso (fig. 2) del médico, aunque también veré una línea (D'A'E') con un centro brillante (A'), se hará borrosa con menos rapidez, porque los lados (A'C', A'B') *se desvanecen con menos rapidez en la Niebla*; y lo que a mí me parece que son las extremidades del médico, es decir, D' y E', no serán tan tenues como las extremidades del comerciante.

El lector probablemente entenderá con estos dos ejemplos cómo les es posible a nuestras clases bien educadas diferenciar con bastante exactitud entre los estratos medios e inferiores, mediante el sentido de la vista (después de un entrenamiento muy largo, complementado con una experiencia constante). Si mis patronos de Espaciolandia han comprendido esta concepción general, hasta el punto de concebir su factibilidad y de no rechazar mi explicación, como si no fuese creíble, entonces habré logrado todo lo que razonablemente podía esperar. Si intentara dar más detalles, no haría más que confundirlos. Pero en favor de los jóvenes e inexpertos, que pueden por ventura deducir (a partir de los dos ejemplos simples que acabo de dar, sobre cómo podría reconocer a mi padre o a mis hijos) de que el Reconocimiento por la vista es una cosa fácil, quizá sea necesario indicar que en la vida real la mayoría de los problemas del Reconocimiento por la vista son mucho más sutiles y complejos.

Si, por ejemplo, cuando mi padre, el triángulo, se acerca a mí, y por casualidad me presenta su lado en vez de su ángulo; hasta que yo no le haya pedido que se gire, o hasta que le haya recorrido con la vista, tendré la duda de si no será una línea recta, o, dicho de otro modo, una mujer.



Otro caso similar sucede cuando estoy en compañía de uno de mis dos nietos hexagonales, contemplando el frente completo de uno de sus lados (AB), resultará evidente por el diagrama adjunto que veré una línea completa (AB) con relativa claridad (que se oscurece en los extremos) y dos líneas más pequeñas (CA y BD) que van haciéndose más tenues hacia los extremos C y D.

Pero no debo caer en la tentación de extenderme sobre estos temas. Incluso el peor matemático de Espaciolandia me creerá sin reparos si afirmo que los problemas de la vida, que se presentan a las personas instruidas (cuando están en movimiento, rotando, avanzando o retrocediendo, y al mismo tiempo intentando diferenciar con el sentido de la vista entre una serie de polígonos de rango elevado que se desplazan en distintas direcciones, como por ejemplo en un salón de baile o de reuniones), deben ser de tal naturaleza que ponen a prueba la angularidad de los más intelectuales, y justifican plenamente las elevadas becas de los doctos profesores de geometría, tanto estática como cinética, de la ilustre Universidad de Wentbridge, donde se enseñan de forma regular la ciencia y el arte del Reconocimiento por la vista a grandes clases de la élite de los estados.

Solo unos pocos retoños, de nuestras casas más nobles y ricas, pueden dedicar el tiempo y el dinero necesarios para el aprendizaje concienzudo de este noble y valioso arte. Hasta para mí, un matemático de posición media, pero respetable, y abuelo de dos hexágonos muy prometedores y perfectamente regulares, me resulta en ocasiones muy desconcertante encontrarme en medio de una multitud de polígonos de las clases altas dando vueltas. Por supuesto, para un comerciante común y corriente, o para un siervo, tal visión es casi tan ininteligible como lo sería para ustedes, lectores míos, si fuesen súbitamente transportados a nuestro país.

En una multitud de ese género no verían a su alrededor más que una línea, aparentemente recta, pero sus partes variarían de manera irregular y perpetua en cuanto a claridad u opacidad. Aunque hubiesen terminado ya el tercer año de las clases para pentagonales y hexagonales en la universidad, y conocieran a la perfección la teoría de la asignatura, se darían cuenta de que aún les harían falta muchos años de experiencia para poder moverse entre una multitud de gente moderna sin tropezar con sus superiores, quienes consideran una falta de etiqueta el hecho de pedirles “tocamientos” y que, por su crianza y cultura superiores, saben todo sobre los movimientos de ustedes, mientras que ustedes saben muy poco o nada sobre los suyos. En una palabra, para comportarse apropiadamente en la sociedad poligonal, uno debería ser un polígono. Esa es al menos la dolorosa enseñanza de mi experiencia.

Resulta increíble ver cuánto se puede desarrollar el arte (o casi podría llamarlo instinto) del Reconocimiento por la vista mediante la práctica habitual y evitando la costumbre de “tocar”.

De la misma manera sucede entre ustedes, en el caso de los sordomudos, que si se les permite una vez gesticular y usar el alfabeto dactilológico, no adquirirán nunca el arte, más difícil pero mucho más valioso, de leer los labios y hablar con ellos; eso es, en definitiva, lo que sucede entre nosotros con lo de “ver” y “tocar”. Nadie que recurra en la primera parte de la vida al “tocar”, aprenderá a “ver” a la perfección.

Por esta razón, entre nuestras clases superiores, se desalienta o prohíbe terminantemente el acto de “tocar”. Desde la cuna, sus hijos, en vez de ir a las escuelas públicas elementales (donde se enseña el arte de tocar), más bien son enviados a Seminarios Superiores de carácter exclusivo; y en nuestra ilustre universidad, “tocar” se considera una falta gravísima que acarrea suspensión temporal la primera vez, y expulsión definitiva a la segunda.

Pero entre las clases bajas el arte del Reconocimiento por la vista se considera un lujo inalcanzable. Un comerciante común no puede permitirse que su hijo gaste un tercio de su vida en estudios abstractos. Por esa razón, a los hijos de los pobres se les permite “tocar” desde sus primeros años, y adquieren por ello una precocidad y una vivacidad temprana que contrasta al principio muy favorablemente con el comportamiento inerte, subdesarrollado y apático, de los jóvenes medianamente instruidos de la clase poligonal; pero cuando estos últimos han completado los estudios universitarios y están preparados para poner en práctica la teoría, el cambio producido en ellos podría describirse casi como un renacimiento; así sobrepasan y se distancian rápidamente de sus competidores triangulares en todas las artes, ciencias y ocupaciones sociales.

Solamente unos pocos miembros de la clase poligonal no pasan la prueba final o el examen de grado de la universidad. La condición de esa minoría fracasada es verdaderamente lastimera. Rechazados por la clase alta, también los de la baja les desprecian. No tienen ni los poderes madurados y adiestrados sistemáticamente de los magísteres y licenciados poligonales, ni tampoco la precocidad innata y la ágil versatilidad del joven comerciante. Las profesiones y los servicios públicos les son negados; y aunque en la mayoría de los estados no se les prohíbe el matrimonio, tienen grandes dificultades para formar alianzas adecuadas, pues la experiencia demuestra que los vástagos de estos padres desafortunados y mal dotados no son solo desdichados, sino también sumamente irregulares.

Es precisamente de estos especímenes rechazados de nuestra nobleza de donde en general han surgido los líderes de los tumultos y sediciones de épocas pasadas; tan grande es la maldad de esta problemática que ha surgido una creciente minoría de nuestros hombres de Estado más progresistas quienes opinan que un verdadero acto de misericordia sería dictaminar su completa eliminación, esto supondría promulgar una ley por medio de la cual todo aquel que repruebe el examen final de la universidad deberá ser encarcelado de por vida o condenado a una muerte indolora.

Pero, me encuentro ahora haciendo una digresión en el tema de las irregularidades, un asunto tan vital que requiere una sección aparte.

SECCIÓN 7

SOBRE LAS FIGURAS IRREGULARES

A lo largo de las páginas previas he dado por sobrentendido (y esto quizás debía haber quedado establecido al principio como una proposición nítida y fundamental) que todo ser humano de Planolandia es una figura regular, o sea de construcción regular. Lo que quiero expresar con esto es que una mujer debe ser no solo una línea, sino una línea recta; que un artesano o un soldado debe tener dos de sus lados iguales; un comerciante debe tener tres lados iguales; los abogados (clase de la cual soy humilde miembro) cuatro lados iguales; y en todo polígono, todos los lados deben ser iguales.

El tamaño de los lados dependería, por supuesto, de la edad del individuo. Una mujer al nacer mediría unos dos centímetros y medio de longitud⁹, mientras que una mujer adulta alta podría llegar a los 30,48 cm¹⁰. Para los varones de todas las clases, puede decirse de manera aproximada, que la longitud de los lados

9 Una pulgada en el original. (N del T.).

10 Un pie. (N del T.).

sumados de un adulto es de 91,44 cm¹¹ o poco más. Pero el tamaño de nuestros lados no es lo que debemos considerar en este momento. De lo que hablo es de la *igualdad* de los lados, y no se necesita reflexionar mucho para ver como toda la vida social de Planolandia se sustenta en el hecho fundamental de que la Naturaleza quiere que todas las figuras tengan sus lados iguales.

Si nuestros lados fuesen desiguales nuestros ángulos podrían ser desiguales. En vez de ser suficiente “tocar”, o calcular con la vista, un solo ángulo para determinar la forma de un individuo, sería necesario verificar cada ángulo mediante el experimento del “tocar”. Sin embargo, la vida sería demasiado breve para tan tedioso toqueteo. Toda la ciencia y el arte del Reconocimiento visual perecerían de inmediato; el “tocar”, en cuanto que es arte, no sobreviviría; las relaciones sexuales se harían peligrosas o imposibles; sería el fin de toda confianza, de cualquier tipo de planificación; nadie estaría seguro en los acuerdos sociales más sencillos; de manera sucinta: la civilización recaería en la barbarie.

¿Será que voy demasiado rápido para que puedan mis lectores seguirme hasta estas conclusiones obvias? Seguramente un momento de reflexión, y un solo ejemplo de la vida cotidiana, puedan convencer a todos de que nuestro sistema social está completamente sustentado en la *regularidad*, o *igualdad de ángulos*. Supongamos que se encuentran en la calle a dos o tres comerciantes, a los que ustedes reconocen al instante como

11 Dos pies. (N del T.).

comerciantes con una simple ojeada a sus ángulos y a sus lados, que se oscurecen prontamente, y les piden que entren en la casa de ustedes a almorzar. Esto lo hacen en la actualidad con plena confianza, pues todo el mundo conoce cuál es el área ocupada por un triángulo adulto con un margen de estimación de entre los dos centímetros y medio, hasta los seis centímetros¹²; pero imagínense que uno de sus comerciantes arrastra tras su regular y respetable vértice un paralelogramo de treinta o treinta y tres centímetros¹³ de diagonal: ¿qué pueden hacer si ese monstruo se queda atascado en la puerta de su casa?

Pero estoy ofendiendo la inteligencia de mis lectores al acumular detalles que deben ser patentes para todo aquel que disfrute las ventajas de una residencia en Espaciolandia. Obviamente, las mediciones de un solo ángulo no serían ya suficientes en tan aciaga circunstancia; nuestra vida se iría en tocar e inspeccionar el perímetro de nuestros conocidos. Las dificultades para evitar una colisión entre la multitud son suficientes para desafiar incluso la sagacidad de un cuadrado bien instruido; pero si nadie pudiese calcular la *regularidad* de una sola figura en un grupo, todo sería caos y confusión, y el mínimo pánico causaría graves heridas, y quizás hasta una pérdida considerable de vidas (si se diese el caso de haber mujeres o soldados presentes).

Por lo tanto, la Conveniencia coincide con la Naturaleza al estampar el sello de su aprobación sobre la regularidad en la configuración, y la ley no se queda atrás a la hora de secundar

12 Uno o dos pulgadas. (N del T.).

13 Doce o tres pulgadas. (N del T.).

sus esfuerzos. La *irregularidad de figura* para nosotros significa lo mismo (o quizás es más marcado en nuestro caso) que una combinación de moral distorsionada y criminalidad en el caso de ustedes, y es tratada como corresponde. No faltan, por supuesto, los promulgadores de paradojas que sostienen que no hay ninguna conexión obligada entre la irregularidad geométrica y la moral. “El irregular”, dicen, “desde que nace es tratado con demasiada condescendencia por sus propios padres, es el objeto de burla de sus hermanos y hermanas, los criados lo tratan con negligencia, es tratado con desdén y sospecha por parte de la sociedad, y se le excluye de todos los puestos de responsabilidad, confianza y actividad útil. Cada uno de sus movimientos es celosamente vigilado por la policía hasta llegar a la mayoría de edad, cuando se presenta para inspección; entonces, o se le destruye, si se descubre que excede el margen de desviación establecido, o se le encierra en una oficina del Estado como trabajador de séptima clase; se le impide casarse; se le esclaviza en una ocupación de ningún interés con un mísero salario; obligado a alojarse y comer en la oficina, y a tomar sus vacaciones bajo una supervisión rigurosa. ¿Qué tiene de sorprendente que la naturaleza humana, incluso la de los más puros y mejores, resulte resentida y pervertida desarrollándose en ese entorno?”

Todo este razonamiento tan plausible no me convence, así como no ha convencido a nuestros más sabios estadistas, de que nuestros ancestros erraron al establecer como un axioma político que la tolerancia de la irregularidad es incompatible con la seguridad del Estado. Sin duda alguna, la vida del irregular es dura; pero los intereses del mayor número así lo exigen. Si

se permitiese vivir a un hombre con un frente triangular y un reverso poligonal, y propagarse a través de una descendencia aún más irregular, ¿qué sería de las artes de la vida? ¿Deben alterarse y modificarse las casas, las puertas y las iglesias de Planolandia para poder acomodar a esos monstruos? ¿Será necesario que nuestros porteros deban medir el perímetro de cada hombre antes de dejarle entrar en un teatro u ocupar su sitio en una sala de conferencias? ¿Estará diferido un irregular de prestar servicio militar? Y si no es así, ¿cómo se le va a impedir que lleve la desolación a las filas de sus camaradas? Además, ¿qué tentaciones irresistibles de imposturas fraudulentas acosarán necesariamente a una criatura así! ¿Qué fácil ha de ser para él entrar en una tienda con el frente poligonal por delante, y pedir todo tipo de artículos a un comerciante confiado! Dejemos que los abogados de una mal llamada filantropía declaren cuanto quieran por la abrogación de las leyes penales de los irregulares; yo, por mi parte, no he conocido nunca a un irregular que no fuese lo que, evidentemente, la Naturaleza se propuso que fuese: un hipócrita, un misántropo y, en la medida del poder de que dispone, un perpetrador de todo género de iniquidades.

No es que yo esté dispuesto a recomendar (por el momento) las medidas extremas adoptadas por algunos estados, en donde se destruye sumariamente al nacer a los infantes con un ángulo que se desvíe medio grado de la angularidad correcta. Algunos de nuestros hombres talentosos y superiores, verdaderos genios, han trabajado en su temprana edad con desviaciones incluso de cuarenta y cinco minutos y hasta más, y la pérdida de sus preciosas vidas ha sido un daño irreparable para el Estado. El arte de curar ha alcanzado también algunos de sus triunfos

más gloriosos en las compresiones, extensiones, trepanaciones, coligaciones y otras operaciones quirúrgicas o dietéticas con las cuales se ha curado total o parcialmente la irregularidad. Por tanto yo, un defensor de la *Via Media*¹⁴, no trazaría ninguna línea fija o absoluta de demarcación; sino que en el período en el cual la estructura apenas está comenzando a fijarse, y cuando la Junta médica haya determinado que la recuperación es improbable, yo sugeriría que el vástago irregular se eliminase de manera misericordiosa e indolora.

14 Expresión del latín, significa en español “Camino medio”. (N. del T.).

SECCIÓN 8

SOBRE LA ANTIGUA PRÁCTICA DE PINTAR

Si mis lectores me han seguido hasta este punto con un poco de atención, no se sorprenderán al oír que la vida es un poco aburrida en Planolandia. No quiero decir que no haya batallas, conspiraciones, tumultos, facciones y todos esos otros fenómenos los cuales se supone que hacen interesante la historia; tampoco voy a negar que la extraña mezcla de los problemas de la vida y los problemas de las matemáticas, que continuamente nos inducen a hacer conjeturas y dan la oportunidad de verificación inmediata, no den a nuestra existencia una diversión que ustedes en Espaciolandia difícilmente puedan comprender. Hablo ahora desde el punto de vista estético y artístico cuando digo que nuestra vida es sosa; estética y artísticamente, es muy gris, en verdad.

¿Mas cómo puede ser de otro modo, cuando toda la perspectiva de uno, todos los paisajes que uno puede ver, las piezas históricas, los retratos, flores, naturalezas muertas, no son más que una sola línea, sin ninguna variedad, a excepción de los grados de luminosidad y obscuridad que pueda tener?

Pero no fue siempre así. Una vez, en el espacio de media docena de siglos o más, el color (si es que la tradición nos dice la verdad) arrojó un efímero encanto sobre las vidas de nuestros ancestros de los épocas más remotas. Al parecer, cierto individuo particular (un pentágono cuyo nombre se registra de manera diversa) descubrió casualmente los componentes de los colores más simples y un método rudimentario de pintura. Se dice que empezó decorando su propia casa, luego a sus esclavos, luego a su padre, a sus hijos y nietos, y, por último, a sí mismo. Las ventajas así como la belleza de los resultados les parecieron encomiables a todos. A donde quiera que el Cromatista (con ese nombre acordaron llamarlo las autoridades más confiables) volvía su abigarrado bosquejo, llamaba inmediatamente la atención e inspiraba respeto. Nadie necesitaba “tocarle”; nadie confundía su frente con su espalda; todos sus movimientos eran captados enseguida por sus vecinos, sin tener que hacer ni el más leve esfuerzo en su capacidad de cálculo; nadie le daba un empujón ni dejaba de hacerle sitio para pasar; su voz ahorra el esfuerzo del habla agotadora con la cual, frecuentemente, los cuadrados y pentágonos incoloros nos vemos forzados a proclamar nuestra individualidad cuando nos movemos en medio de una multitud de ignorantes isósceles.

La moda se extendió como un incendio forestal. Antes de que corriera una semana, cada cuadrado y triángulo del distrito había copiado el ejemplo del Cromatista, y solamente unos pocos pentágonos de los más conservadores se resistieron. Pasados uno o dos meses resultó que la innovación había infectado hasta a los dodecágonos. No había transcurrido un año y el hábito ya se había extendido a todos, mas no al sector más

alto de la nobleza. No hay necesidad de decir que la costumbre pronto se abrió camino desde el distrito de los cromatistas a las regiones circundantes; y al cabo de dos generaciones no había nadie incoloro en toda Planolandia, excepto las mujeres y los sacerdotes.

Aquí la propia Naturaleza parecía erigir una barrera, oponiéndose a que la innovación se extendiese a esas dos clases. La multilateralidad era casi esencial como pretexto para los innovadores. “La Naturaleza indica que la diferenciación de lados implica una diferenciación de colores”, este era el sofisma que volaba de boca en boca por entonces, convirtiendo poblaciones enteras a la nueva cultura. Aunque, evidentemente este adagio no se cumpliría en el caso de nuestros sacerdotes y nuestras mujeres. Estas últimas tenían un lado solamente, y por tanto (hablando plural y pedantemente) no tenían lados. Los primeros (si por lo menos se hubiesen reafirmado en su demanda de ser real y verdaderamente círculos, y no meros polígonos de la clase alta con un número infinitamente grande de lados infinitesimalmente pequeños) tenían el hábito de jactarse (de lo que las mujeres confesaban y deploraban) de que no tenían ningún lado; decían que habían sido bendecidos con un perímetro de una línea, o, dicho de otro modo, una circunferencia. A partir de allí estas dos clases no veían ninguna fuerza en el presunto axioma según el cual la “diferenciación de lados implica diferenciación de color”; y cuando todos los demás habían sucumbido a la fascinación de la decoración corporal, únicamente permanecían puros de la polución de la pintura los sacerdotes y las mujeres.

Inmorales, licenciosos, anárquicos, anticientíficos (llámenlos como quieran) pero, desde un punto de vista estético, aquellos días pasados de la Revuelta del color fueron la infancia gloriosa del arte en Planolandia, ¡una infancia que desgraciadamente nunca llegó a alcanzar la madurez, y ni siquiera pudo llegar a la flor de la juventud! Vivir era por entonces un gozo en sí mismo, porque vivir significaba ver. Incluso en una pequeña fiesta, era un placer contemplar a los invitados; se dice que las tonalidades ricas y variadas de la asamblea en una iglesia o en el teatro eran muchas veces demasiado distrayentes para nuestros mejores maestros y actores; pero lo más cautivador de todo se dice que era la indescriptible magnificencia de un paso de revista militar.

Un espectáculo era una línea de batalla de veinte mil isósceles dando media vuelta, y cambiando el negro sombrío de sus bases por el naranja y el púrpura de los dos lados incluyendo su ángulo agudo; la milicia de los triángulos equiláteros tricoloreados en rojo, blanco y azul; el malva, azul ultramarino, amarillo claro y marrón oscuro de los cuadrados de la artillería rotando rápidamente junto a sus cañones bermellón; el elegante y parpadeante deslumbre de los quincoloreados pentágonos y seiscoloreados hexágonos precipitándose a través del campo de batalla, en sus oficios de cirujanos, geómetras y edecanes; todo esto bien puede haber sido suficiente para dar credibilidad a la famosa historia de cómo un ilustre círculo, vencido por la belleza artística de las fuerzas a su mando, tiró a un lado el bastón de mariscal y la corona real, y proclamó que los cambiaba de allí en adelante por el lápiz del artista. Cuán grande y glorioso debió haber sido el sensual desarrollo en esos días,

nos lo indican en parte el propio lenguaje y el vocabulario de ese período. Las declaraciones más comunes de los ciudadanos más corrientes en el tiempo de la Revolución del color parecen cubiertas de los más ricos matices de la palabra y de las ideas; y, hoy incluso, le debemos a esa era, nuestra más fina poesía y cualquier rastro de ritmo que aún pueda perdurar en la forma de expresión más científica de estos tiempos modernos.

SECCIÓN 9

SOBRE LA ORDENANZA DEL COLOR UNIVERSAL

Pero, mientras tanto, las artes intelectuales se dirigían rápidamente a la decadencia. El arte del Reconocimiento por la vista, como no era necesario, ya no se practicaba; y los estudios de geometría, estadística, cinética y otros temas afines pronto comenzaron a considerarse superfluos, y cayeron en el descrédito y el abandono, hasta en las propias universidades. El arte inferior de tocar experimentó rápidamente el mismo destino en nuestras escuelas básicas. Entonces, las clases isósceles, aseverando que los especímenes no se utilizaban ni se necesitaban, y negándose a pagar el habitual tributo del servicio de educación para las clases criminales, iban puliendo diariamente su insolencia, y fueron haciéndose más numerosas, se apoyaban en la fuerza de su inmunidad al quedar eximidas de la vieja carga que había ejercido anteriormente el sano y doble efecto de domar su naturaleza brutal y de reducir al mismo tiempo su excesivo número.

Año tras año, los soldados y artesanos empezaron a afirmar cada vez con más vehemencia (y con mayor veracidad) que no había gran diferencia entre ellos y la clase más alta de los polígonos, pues habían ascendido hasta una condición de igualdad, además eran capaces de luchar contra todas las dificultades y resolver todos los problemas de la vida, tanto estáticos como cinéticos, por el simple proceso de Reconocimiento por el color. No contentos con el abandono natural hacia donde estaba cayendo el Reconocimiento por la vista, empezaron demandar con osadía la prohibición legal de todas las “artes monopolizadoras y aristocráticas” y la abolición consiguiente de todas las becas para los estudios de Reconocimiento visual, matemáticas y tocamiento. Pronto comenzaron a insistir en que, como el color, siendo una segunda naturaleza, había destruido la necesidad de diferenciaciones aristocráticas, la Ley debería seguir el mismo camino, y de ahí en adelante todos los individuos y todas las clases deberían ser consideradas absolutamente iguales y con los mismos derechos.

Los líderes de la Revolución, al hallar a los órdenes superiores vacilantes e indecisos, fueron aún más allá en sus exigencias, hasta pedir finalmente que todas las clases por igual, sin excluir a mujeres y sacerdotes, debían rendir homenaje al color sometién dose a ser pintados. Cuando se objetó que sacerdotes y mujeres no tenían lados, contraargumentaron que la Naturaleza y la Conveniencia coinciden en preceptuar que la mitad frontal de todo ser humano (es decir, la mitad que contiene su ojo y su boca) debía poder ser diferenciable de su mitad trasera. Así pues presentaron ante una asamblea general y extraordinaria de todos los estados de Planolandia una ordenanza que proponía

que la mitad de la mujer donde están el ojo y la boca debía estar pintada de rojo; y la otra mitad, de verde. Los sacerdotes debían ir pintados del mismo modo, aplicándose el rojo al semicírculo donde el ojo y la boca formaban el punto medio; mientras el otro, o semicírculo trasero, debía pintarse de verde.

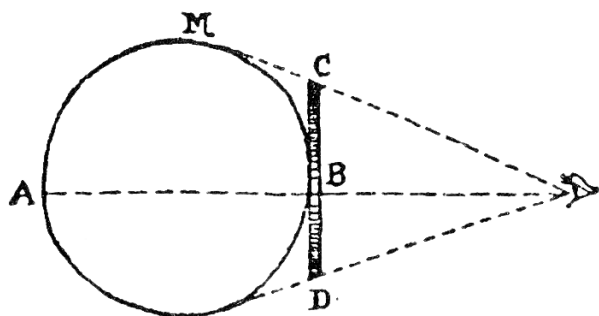
No había poco ingenio en esta propuesta, emanada en efecto no de un isósceles (porque ningún ser tan degradado habría tenido angularidad suficiente para apreciar, y aún menos concebir, un modelo tal de arte de gobierno), sino de un círculo irregular al que, en vez de destruirlo en la infancia, se le dejó con vida por una tonta indulgencia para traer la desolación a su país y la destrucción a miríadas de sus seguidores.

Por un lado, la propuesta estaba calculada para poner a las mujeres de todas las clases a favor de la innovación cromática; porque se estaba asignando a las mujeres los mismos dos colores que se les daban a los sacerdotes. Los revolucionarios se aseguraban de que, en ciertas posiciones, toda mujer pareciese un sacerdote y se la tratase con el respeto y la deferencia correspondientes (una perspectiva infalible para atraer a todo el sexo femenino en masa).

Quizás algunos de mis lectores no lleguen a reconocer del todo esa posibilidad de que sacerdotes y mujeres tuviesen con la nueva legislación una apariencia idéntica; si es así, voy a explicarlo en una o dos palabras para que quede claro.

Imaginen una mujer debidamente decorada, de acuerdo con el nuevo código; con la mitad del frente (*i.e.* donde están ubicados el ojo y la boca) roja y con la mitad posterior verde.

Mírenla desde un lado. Obviamente verán una línea recta: *mitad roja, mitad verde.*



Ahora imaginen a un sacerdote, cuya boca está ubicada en M, y cuyo semicírculo frontal (AMB) está consecuentemente pintado de rojo, mientras que el semicírculo posterior es verde; de tal manera que el diámetro AB divide el verde del rojo. Si ustedes contemplan al “gran hombre” de modo que pongan su ojo en la misma línea recta del diámetro divisor (AB), lo que verán será una línea recta (CBD), de la cual *una mitad* (CB) *será roja y la otra* (BD) *verde*. La línea completa (CD) será bastante más corta, quizás, que la de una mujer ya crecida, y se difuminará más rápidamente hacia sus extremos; pero la identidad de los colores les dará una impresión inmediata no de identidad sino de clase, y esto les haría a ustedes descuidar los otros detalles. Tengan en cuenta la decadencia del Reconocimiento por la vista que amenazó a la sociedad en el período de la Revolución cromática; añadan con seguridad que las mujeres aprenderían enseguida a ensombrear sus extremos para imitar a los círculos; se hará evidente para ustedes, mis queridos lectores, que la Ordenanza sobre el uso del color nos ponía en gran peligro porque podíamos confundir a un sacerdote con una jovencita.

Cuán deleitosa es imaginar tal perspectiva para el sexo débil. Debían regocijarse pensando, encantadas, en la confusión resultante. En casa podrían escuchar secretos políticos y eclesiásticos no dirigidos a ellas, sino a sus esposos y hermanos, y podrían incluso dar órdenes en nombre de un círculo sacerdotal; fuera de puertas, la notable combinación de rojo y verde, sin el añadido de ningún otro color, llevaría de seguro a la gente ordinaria a caer en infinitos errores, y las mujeres ganarían lo que los círculos perdiesen, en cuanto a la deferencia de los viandantes. En cuanto al escándalo que caería sobre la clase circular si la conducta frívola e indecorosa de las mujeres se imputase a sus miembros, y a la subversión consiguiente de la Constitución, no podría esperarse que el sexo femenino le dedicase ni un solo pensamiento a estas consideraciones. Las mujeres estaban todas a favor de la Ordenanza cromática universal hasta en los hogares de los círculos.

El segundo objetivo al que apuntaba la Ordenanza era la desmoralización gradual de los propios círculos. En la decadencia intelectual generalizada ellos conservaban aún su claridad prístina y la fortaleza de su entendimiento. Los nobles, desde la más temprana infancia, estaban familiarizados en sus hogares circulares con la ausencia total de color, eran los únicos que preservaban el arte sagrado del Reconocimiento por la vista, con todas las ventajas que resultan de ese admirable entrenamiento del intelecto. Por consiguiente, hasta la fecha de la presentación de la Ordenanza para el color universal, los círculos no solamente se habían mantenido firmes en su posición, sino que habían incluso aumentado su liderazgo sobre otras clases al abstenerse de la moda popular.

Ahora entonces el astuto irregular, a quien describí antes como el autor de esta diabólica Ordenanza, determinó rebajar intempestivamente el estatus de la jerarquía eclesiástica forzándolos a someterse a la contaminación del color, y al mismo tiempo destruir sus posibilidades domésticas de adiestramiento en el arte del Reconocimiento por la vista, para debilitar así sus intelectos privándolos de sus hogares puros e incoloros. Una vez sometidos a la corrupción cromática, los círculos padres e hijos se desmoralizarían mutuamente. Solo al discernir entre el padre y la madre encontraría problemas el niño circular para ejercitar su entendimiento, problemas que, como es de esperar, con frecuencia estuviesen pervertidos por imposturas maternas, con el resultado de perturbar la fe del niño en cualquier tipo de conclusión lógica. Así, el lustre intelectual de la orden sacerdotal iría menguando, y el camino quedaría abierto para una destrucción total de la legislatura aristocrática y para subvertir a nuestras clases privilegiadas.

SECCIÓN 10

SOBRE LA REPRESIÓN DE LA SEDICIÓN CROMÁTICA

La agitación por la Ordenanza del color universal continuó durante tres años; y hasta el último momento de ese período, parecía que la anarquía estaba destinada a triunfar.

Todo un ejército de polígonos, que terminaron peleando como soldados rasos, fue totalmente aniquilado por una fuerza superior de triángulos isósceles; los cuadrados y los pentágonos, por su parte, se mantuvieron neutrales. Lo peor de todo fue que algunos de los círculos más habilidosos fueron presa de la furia conyugal. Exasperadas por la animosidad política, las esposas en más de una casa noble aburrían a sus señores con súplicas de que se rindieran en esa oposición a la Ordenanza sobre el color; y algunas, al encontrar que sus ruegos eran infructuosos, se lanzaron sobre maridos e hijos inocentes y los masacraron, pereciendo ellas mismas en el acto de la carnicería. Hay registros de que durante esa agitación trienal perecieron al menos veintitrés círculos en discordias domésticas.

Grande en efecto era el peligro. Parecía como si los sacerdotes no tuviesen otra elección que la sumisión o el exterminio; cuando de pronto el curso de los acontecimientos cambió completamente por uno de esos pintorescos incidentes cuyo acontecer los estadistas no deberían pasar por alto jamás, con frecuencia deberían anticiparlos, y a veces quizás originarlos, a causa del poder absurdamente desproporcionado con el que apelan a las simpatías del pueblo.

Sucedió que un isósceles de bajo perfil, con un cerebro tan pequeño que a duras penas pasaría los cuatro grados, cuando estaba accidentalmente incursionando en los colores de un comerciante cuya tienda había saqueado, se pintó él mismo, o se hizo pintar (pues las historias varían), con los doce colores de un dodecágono. Entonces, yendo al mercado, abordó con voz fingida a una doncella: que era la hija huérfana de un noble polígono (cuyo afecto había buscado vanamente en días pasados), y mediante una serie de engaños, ayudado, por una parte, por una cadena de accidentes afortunados muy larga como para ponernos a enumerarla aquí, y, por otra, por una fatuidad casi inconcebible y un descuido de las precauciones normales por parte de los parientes de la muchacha, al final consiguió consumar el matrimonio. La desdichada joven se suicidó al descubrir el fraude del cual había sido objeto.

Cuando la noticia de esta catástrofe se difundió de estado en estado las mentes de las mujeres sufrieron una fuerte agitación. La compasión por la miserable víctima y la previsión de decepciones similares que podrían sufrir ellas mismas, sus hermanas y sus hijas, les hicieron mirar la Ordenanza cromática con un matiz diferente. Muchas de ellas pasaron a manifestarse abiertamente en contra de la Ordenanza; el resto solamente

necesitó un pequeño estímulo para declararse en igual postura. Los círculos, aprovechando esta oportunidad favorable, convocaron rápidamente una asamblea extraordinaria de los estados; y, además de la guardia habitual de convictos, se aseguraron de que asistiera un gran número de mujeres reaccionarias.

Entre una concurrencia sin precedentes, el círculo en jefe de aquellos días (llamado Pantociclo) se levantó y se encontró con los silbidos y carcajadas de unos ciento veinte mil isósceles. Pero se aseguró el silencio al declarar que a partir de ese día los círculos entrarían en una política de concesión; complacerían los deseos de la mayoría: ratificarían la Ordenanza sobre el uso del color. El clamor se convirtió inmediatamente en aplauso, el círculo en jefe invitó a los cromatistas y al líder de la sedición a ir al centro de la cámara para recibir en nombre de sus seguidores la sumisión de la jerarquía. Luego siguió un discurso, una obra maestra de retórica, que duró casi todo un día, y al cual ningún resumen puede hacer justicia.

El círculo declaró, con una grave apariencia de imparcialidad, que como iban a comprometerse por fin ellos mismos con la reforma o innovación, era deseable que hiciesen un último repaso del perímetro de todo el asunto, de sus inconvenientes y de sus ventajas. Presentando gradualmente el tema de los peligros a los comerciantes, las clases profesionales y los caballeros, silenció los crecientes murmullos de los isósceles recordándoles que, a pesar de todos aquellos defectos, él estaba dispuesto a aceptar la Ordenanza si era aprobada por la mayoría. Pero era evidente que todos, excepto los isósceles, estaban conmovidos por sus palabras y eran o neutrales o adversos a la Ordenanza.

Ahora, al volver su atención a los trabajadores afirmó que no debían desatenderse sus intereses, y que, si tenían la intención

de aceptar la Ordenanza sobre el color, entonces debían hacerlo al menos con una visión clara y completa de las consecuencias. Muchos de ellos, dijo, estaban a punto de ser admitidos en la clase de los triángulos regulares; otros anticipaban para sus hijos una distinción que no podían esperar para ellos mismos. Esa honorable ambición sería sacrificada ahora. Con la adopción universal del color, todas las distinciones cesarían; la regularidad se confundiría con la irregularidad; el progreso cedería el paso al retroceso; el trabajador quedaría degradado en unas cuantas generaciones al nivel de la clase militar e incluso al de la clase de los convictos; el poder político estaría en manos del mayor número, y eso es igual a decir que estaría en manos de las clases criminales, que eran ya más numerosas que los trabajadores y muy pronto superarían en número a todas las otras clases juntas, una vez fueran violadas las conocidas leyes de compensación natural.

Un suave murmullo de consentimiento recorrió las filas de los artesanos, y el líder cromatista, alarmado, intentó dar un paso al frente y dirigirse a ellos. Pero se vio rodeado de guardias y obligado a guardar silencio mientras el círculo en jefe con unas pocas palabras apasionadas hacía un llamamiento final a las mujeres, exclamando que, si se aprobaba la Ordenanza del color, ningún matrimonio sería seguro en lo porvenir, el honor de ninguna mujer estaría asegurado; el fraude, la decepción, la hipocresía penetrarían todos los hogares; la felicidad hogareña compartiría el mismo sino de la Constitución, y pasaría a una destrucción acelerada. Entonces gritó: “Antes de esto... ven, muerte”.

Ante estas palabras, que eran la señal preconcebida para entrar en acción, los presidiarios isósceles se lanzaron letales

sobre los desdichados cromatistas y los atravesaron; las clases regulares abrieron sus filas y cedieron paso a una banda de mujeres que, bajo la dirección de los círculos, se desplazaron, invisible y certeramente, con la parte posterior hacia adelante, hacia los desprevenidos soldados; los artesanos, imitando el ejemplo de sus superiores, abrieron también sus filas. Mientras tanto, unas bandas de convictos bloquearon al mismo tiempo todas las entradas con una falange impenetrable.

La batalla, o mejor dicho la carnicería, fue de corta duración. Bajo el hábil generalato de los círculos casi toda la carga de las mujeres resultó fatal, y muchísimas extrajeron su agujón incólume, listo para una segunda matanza. Pero no fue necesario ningún segundo golpe; la turba de los isósceles hizo el resto de la tarea por sí sola. Sorprendidos, sin liderazgo, atacados al frente por invisibles rivales, y con la salida cortada por los convictos situados tras ellos, perdieron todos al mismo tiempo (y a su manera) la presencia de sus mentes, y alzaron el grito de “traición”. Esto selló su destino. Cada isósceles vio y sintió al enemigo en los demás de su clase. En media hora, ni uno solo quedó vivo de aquella vasta multitud; y los fragmentos de ciento cuarenta mil de la clase criminal, que se habían asesinado unos a otros con sus propios ángulos, atestiguaban el triunfo del Orden.

Los círculos no tardaron en sacar el máximo provecho de su victoria. Los trabajadores no fueron perdonados, sino diezmados. Se convocó de una vez a la milicia de los equiláteros y todos los triángulos sospechosos de irregularidad en un grado razonable fueron destruidos tras comparecer ante una corte marcial, sin la formalidad de una medición precisa por parte de la Junta social. Los hogares de las clases militar y artesana

fueron inspeccionados en una serie de visitas que se extendieron más de un año; y durante ese período todos los pueblos, aldeas y caseríos fueron purgados sistemáticamente de aquel exceso de los órdenes inferiores que se había producido por haber abandonado el pago del tributo de los criminales para las escuelas y universidades, y por la violación de las otras leyes naturales de la Constitución de Planolandia. Así el equilibrio de clases fue nuevamente restaurado.

Está de más decir que a partir de entonces el uso del color fue abolido, y se prohibió su posesión. Incluso pasó a castigarse con una severa pena el uso de alguna palabra que denotara algún color, excepto en el caso de los círculos o de profesores cualificados de ciencias. Solo en nuestra universidad, en algunas de las clases más altas y esotéricas (a las cuales yo no he tenido nunca el privilegio de asistir), se tiene entendido que aún se practica un uso moderado del color con el propósito de ilustrar algunos de los problemas más profundos de las matemáticas. Pero de esto solo he oído rumores.

El color es ahora inexistente en Planolandia. Solamente hay una persona viva que conoce el arte de fabricarlos: el círculo en jefe, mientras lo es; y él se lo transmite en el lecho de muerte únicamente a su sucesor. Una sola fábrica lo produce; y, para que el secreto no sea revelado, se destruye anualmente a los trabajadores, y se introduce a otros nuevos. Así de grande es el terror con el que nuestra aristocracia mira hoy aquellos días lejanos de la agitación en pro de la Ordenanza sobre el color universal.

SECCIÓN 11

LO CONCERNIENTE A NUESTROS SACERDOTES

Ya es hora de que pase de estas breves notas discursivas sobre las cosas de Planolandia al evento central de este libro, mi iniciación en los misterios del Espacio. *Ese* es mi tema; todo lo anterior es meramente prefacio.

Por esa razón me veo en la obligación de omitir muchos asuntos cuya explicación, me complace pensar, no dejaría de tener interés para mis lectores: como, por ejemplo, nuestro método de propulsarnos y pararnos, a pesar de estar desprovistos de pies; los medios con los cuales les damos fijeza a las estructuras de madera, piedra o ladrillos, aunque, por supuesto, no tengamos manos, ni podamos echar cimientos como pueden ustedes, ni servirnos de la presión lateral de la tierra; o cómo se origina la lluvia a intervalos entre nuestras diversas zonas, de manera que las regiones norteñas no impidan que la humedad caiga en las sureñas; la naturaleza de nuestras montañas y minas, nuestros árboles y vegetales, nuestras estaciones y cosechas; nuestro alfabeto y su método de escritura, adaptado a nuestras

tabletas lineales; estos detalles, y cientos más, de nuestra existencia física debo pasarlos por alto, y los menciono ahora nada más para indicar a mis lectores que su omisión se debe no al olvido por parte del autor, sino al respeto que él tiene por el tiempo de los lectores.

Pero, antes de pasar a mi legítimo tema debo hacer unas acotaciones finales (no dudo de que mis lectores esperan que las haga) sobre esos pilares y soportes de la Constitución de Planolandia: los controladores de nuestra conducta, afinadores de nuestro destino, los objetos de homenaje universal y casi adoración: ¿necesito decir que me refiero a nuestros círculos o sacerdotes?

Cuando les llamo sacerdotes, no me gustaría que se entendiese solamente lo que ese término significa para ustedes. Entre nosotros, nuestros sacerdotes son administradores de todos los negocios, las artes y las ciencias; dirigen los gremios, el comercio, el generalato, la arquitectura, la ingeniería, la educación; son estadistas y legisladores, dictan las normas morales y son teólogos; ellos, sin hacer nada, son las causas de todo lo que es digno de hacerse, que es hecho por otros.

Aunque popularmente todo aquel que es llamado “círculo” se considera un círculo, entre las clases mejor educadas se sabe que ningún círculo es realmente un círculo, sino solo un polígono con un número muy grande de lados muy pequeños. A medida que aumenta el número de lados de un polígono, este se aproxima a un círculo; y, cuando el número es verdaderamente muy grande, digamos por ejemplo trescientos o cuatrocientos lados, es en extremo difícil para el tacto más delicado sentir ángulos poligonales. Permítanme decir más bien que *sería* difícil: porque, como he mostrado más arriba,

el reconocimiento por el tacto es desconocido en el sector más elevado de la sociedad, y *tocar* a un círculo sería considerado un insulto sumamente atrevido. Este hábito de abstención del acto de tocar en la mejor sociedad le permite a un círculo la manera más fácil de mantener el velo de misterio con el cual, desde temprana edad, se le acostumbra a envolver la naturaleza exacta de su perímetro o circunferencia. Dado que el promedio de sus perímetros es de 91,44 cm¹⁵ se sigue de ello que, en un polígono de trescientos lados, cada uno de sus lados no tendrá más longitud que la centésima parte de treinta centímetros, o poco más que la décima parte de 2,54 cm¹⁶; y, en un polígono de seiscientos o setecientos lados, estos son apenas un poco mayores que el diámetro de una cabeza de alfiler de Espaciolandia. Siempre se asume, por cortesía, que el círculo en jefe tiene en la actualidad diez mil lados.

El ascenso de las generaciones futuras de los círculos en la escala social no está restringido, como sucede entre las clases regulares más bajas, por la Ley de la Naturaleza que limita el aumento de lados a uno en cada generación. Si fuese así, el número de lados de un círculo sería una mera cuestión de linaje y aritmética, y el descendiente cuatrocientos noventa y siete de un triángulo equilátero sería necesariamente un polígono de quinientos lados. Pero no sucede así. La Ley de la Naturaleza dicta dos decretos antagónicos que afectan la reproducción circular; primero: a medida que la raza va ascendiendo en la escala de desarrollo, así este último acelera su paso; segundo: la fertilidad de la raza va disminuyendo en la misma proporción.

15 Tres pies. (N del T.).

16 Centésima parte de un pie, la décima parte de una pulgada. (N del T.).

En consecuencia, en la casa de un polígono de cuatrocientos o quinientos lados es raro encontrar un hijo; más de uno no se ve jamás. Por otra parte, se ha sabido de polígonos de quinientos lados con hijos de quinientos cincuenta e incluso seiscientos.

También el arte interviene para colaborar en el proceso de la evolución más elevada. Nuestros médicos han descubierto que los pequeños y tiernos lados de un niño polígono de las clases más altas se pueden fracturar, y se puede reestructurar toda su configuración, con tal exactitud que un polígono de doscientos o trescientos lados a veces, no siempre, porque el proceso conlleva grave riesgo, se salta doscientas o trescientas generaciones, y, es casi como si dijésemos que duplica de golpe el número de sus progenitores y la nobleza de su ascendencia.

Muchos niños prometedores son sacrificados de esta manera. Apenas sobrevive a la intervención uno de cada diez. Sin embargo, la ambición de los padres es tan fuerte entre estos polígonos que están, por decirlo así, al margen de la clase circular, que resulta muy raro hallar un noble de esa posición en la sociedad que haya abandonado la oportunidad de llevar a su primogénito al gimnasio neoterapéutico circular antes de alcanzar siquiera el mes de edad.

Un año determina un éxito o un fracaso. Al término de ese período, con toda probabilidad, el niño ha añadido una lápida más a las que llenan el cementerio neoterapéutico; pero en raras ocasiones una alegre procesión devuelve a unos padres exultantes un pequeño que ya no es un polígono, sino un círculo, al menos por cortesía: y un solo caso de tan bendito resultado induce a multitud de padres poligonales a someterse a sacrificios domésticos similares, que acaban en desenlaces disímiles.

SECCIÓN 12

DE LA DOCTRINA DE NUESTROS SACERDOTES

La doctrina de los círculos puede resumirse brevemente en una sola máxima: “Atiende a tu configuración”. Todas sus enseñanzas, ya sean políticas, eclesiásticas o morales, tienen por objeto la mejora de la configuración individual y colectiva, con especial referencia, por supuesto, a la configuración de los círculos, a la cual todos los demás objetos están subordinados.

Es mérito de los círculos el haber logrado aplastar eficazmente aquellas antiguas herejías que llevaban a los hombres a desperdiciar energías y sentimientos en la vana creencia de que la conducta depende de la voluntad, el esfuerzo, el adiestramiento, el apoyo o cualquier cosa que no sea la configuración. Fue Pantociclo (el ilustre círculo arriba mencionado como el que reprimió la Revuelta del color) quien primero convenció a la humanidad de que la configuración hace al hombre; de que si, por ejemplo, usted nace isósceles con dos lados desiguales, con toda seguridad le irá mal, a menos que se los haga igualar, para cuyo fin ha de acudir al hospital de isósceles; de manera

similar, si usted es un triángulo, o un cuadrado, o incluso un polígono nacido con alguna irregularidad, deberá ser llevado a uno de los hospitales regulares a que lo curen de su enfermedad; en caso contrario, terminará sus días en la Prisión del Estado o por el ángulo del verdugo estatal.

Pantociclo atribuyó todas las faltas o defectos, desde la negligencia más leve hasta el crimen más atroz, a una desviación de la regularidad perfecta en la figura corporal, causada quizás (si no era congénita) por alguna colisión en una multitud; por olvidarse de hacer ejercicio o por hacer demasiado; o incluso por un cambio repentino de temperatura, que resultó en un encogimiento o una expansión de alguna parte de la estructura demasiado sensible. Por lo tanto, concluyó aquel ilustre filósofo, ni la buena ni la mala conducta son algo en lo cual quepa, con una consideración sobria, ni la alabanza ni la vergüenza. ¿Por qué debe usted alabar, por ejemplo, la integridad de un cuadrado que defiende fielmente los intereses de su cliente, cuando debería más bien admirar la precisión exacta de sus ángulos rectos? O también: ¿por qué culpar a un isósceles mentiroso y ladrón cuando debería más bien deplorar la desigualdad incurable de sus lados?

De manera teórica, esta doctrina es incuestionable; pero tiene inconvenientes prácticos. Al tratar con un isósceles, si un pillito alega suplicante que no puede dejar de robar a causa de su irregularidad, ustedes deben contestar que por esa misma razón, porque no puede evitar ser una molestia para sus vecinos, ustedes, en la posición del magistrado, no pueden evitar sentenciarlo a ser eliminado, y fin del asunto. Pero en los pequeños problemas domésticos, donde la pena de eliminación, o muerte,

está fuera de lugar, esta teoría de la configuración, a veces, encaja mal; y debo confesar que ocasionalmente, cuando uno de mis nietos hexagonales alega como excusa de su desobediencia que un súbito cambio de temperatura le ha debilitado el perímetro, y que yo debería echarle la culpa no a él, sino a su configuración, que lo único que necesita es que le fortalezcan con las golosinas más exquisitas, no veo medio lógico de rebatirle ni de aceptar, en la práctica, su conclusión.

Yo, por mi parte, encuentro mejor el asumir que un buen regaño o un buen castigo tienen una influencia latente y fortificante en la configuración de mi nieto; aunque reconozco que no tengo ninguna base para pensar de esa manera. De todos modos, no soy el único que se salva así de este dilema; pues he descubierto que muchos de los círculos más elevados, cuando se sientan como jueces en las cortes de justicia, suelen alabar y culpar a las figuras regulares e irregulares; y en sus hogares, lo sé por experiencia, cuando regañan a sus hijos, hablan de “bien” y “mal” tan vehemente y apasionadamente como si creyeran que esos nombres representaran existencias reales, y que una figura humana es realmente capaz de elegir entre ellos.

Como aplican constantemente su política de hacer que la configuración sea la idea rectora de toda inteligencia, los círculos invierten la naturaleza de ese mandato que regula las relaciones entre padres e hijos en Espaciolandia. Entre ustedes, se enseña a los hijos a honrar a sus padres; entre nosotros (aparte de los círculos, que son el objeto principal de universal homenaje) se enseña al hombre a honrar a su nieto, si lo tiene; o, si no, a su hijo. Mas por “honor” no se entiende “indulgencia”, sino una consideración reverente de sus más altos intereses; y los círculos

enseñan que el deber de los padres es subordinar sus propios intereses a los de la posteridad, de este modo se promueve el bienestar de todo el estado, así como el de su propia descendencia inmediata.

El punto débil del sistema de los círculos (si puede un humilde cuadrado aventurarse a decir que alguna cosa circular contenga algún elemento de debilidad) me parece que se encuentra en sus relaciones con las mujeres.

Como es de extrema importancia para la sociedad el evitar los nacimientos de irregulares, se sigue de ello que ninguna mujer que tenga alguna irregularidad entre sus ancestros sea compañera adecuada para quien desee que su posteridad ascienda por grados regulares en la escala social.

Ahora, la irregularidad de un varón es una cuestión de medición, pero como todas las mujeres son rectas, y por tanto “visiblemente regulares”, uno debe concebir algún otro medio para establecer lo que debo llamar su irregularidad invisible, es decir, sus irregularidades potenciales en relación con sus posibles descendientes. Esto se realiza mediante un cuidadoso control del linaje, lo cual supervisa y preserva el Estado; y a la mujer que no tenga un linaje oficialmente certificado no se le permite casarse.

Se podría suponer ahora que un círculo (orgulloso de su ascendencia e interesado en una descendencia que podría quizás desembocar en el futuro en un círculo en jefe) sería más cuidadoso que nadie al elegir una esposa que no tenga ninguna mácula en su escudo familiar. Pero no es así. El cuidado en la elección de una esposa regular parece disminuir a medida que se asciende en la escala social. Nada podría inducir a un isósceles con aspiraciones, quien tuviese esperanzas de engendrar

un hijo equilátero, a tomar una esposa que cuente con una sola irregularidad entre sus ancestros; un cuadrado o pentágono, convencido de que su familia se halla en ininterrumpido proceso de ascensión, no investiga más allá de la generación número quinientos; un hexágono o dodecágono es incluso más descuidado respecto al linaje de su esposa; pero se ha conocido el caso de un círculo que tomó deliberadamente a una mujer que había tenido un bisabuelo irregular, y todo por causa de una cierta superioridad del lustre, o por el encanto de una voz suave... que entre nosotros, aún más que entre ustedes, se considera “una cosa excelente en una mujer”.

Tales matrimonios mal aconsejados son, como podría esperarse, estériles, si no desembocan en irregularidad positiva o en disminución de lados; pero ninguno de estos males ha resultado ser hasta la fecha un disuasivo suficiente. La pérdida de unos cuantos lados en un polígono altamente desarrollado no se nota fácilmente, y es fácilmente compensada, a veces, mediante una exitosa operación en el Instituto Neoterapéutico, como he explicado antes; y los círculos están demasiado dispuestos a aceptar la infecundidad como una ley del desarrollo superior. Sin embargo, si no se detiene este mal, la gradual disminución de la clase circular puede muy pronto acelerarse, y puede no estar muy lejano el día en el cual, como la raza ya no sea capaz de producir un círculo en jefe, caiga sin remedio la Constitución de Planolandia.

Se me ocurren unas palabras más de advertencia, aunque no pueda mencionar fácilmente un remedio; y el asunto tiene que ver también con nuestras relaciones con las mujeres. Hace unos trescientos años, el círculo en jefe decretó que, como las

mujeres eran deficientes en cuanto a la razón, pero ricas en lo que refiere a la emoción, entonces no se las debía seguir tratando como racionales, ni recibir ninguna educación intelectual. La consecuencia fue que no se les enseñó ya a leer, ni incluso a dominar la aritmética suficiente para permitirles contar los ángulos de su esposo o de sus hijos; por consiguiente, su capacidad intelectual fue decayendo gradualmente de generación en generación. Y este sistema de quietismo o no educación de las mujeres todavía prevalece.

Mi temor es que esta política, aunque con las mejores intenciones, haya sido llevada tan lejos como para que repercuta perjudicialmente sobre el sexo masculino.

Pues la consecuencia es que, tal como están ahora las cosas, nosotros los varones tenemos que dirigir una especie de existencia bilingüe y casi podría decir que bimental. Con las mujeres hablamos de “amor”, “deber”, “correcto”, “incorrecto”, “piedad”, “esperanza” y otros conceptos irracionales y emotivos, sin existencia alguna, y cuya invención no tiene más objeto que el de controlar las exuberancias femeninas; pero entre nosotros, y en nuestros libros, tenemos un vocabulario completamente diferente, y casi puedo decir que un idioma distinto. “Amor” se convierte entonces en “la expectación de beneficios”; “deber” se convierte en “necesidad” o “aptitud”, y otras palabras son transmutadas de manera correspondiente. Adicionalmente, utilizamos con las mujeres un lenguaje que indica la máxima deferencia hacia su sexo; y ellas creen completamente que ni el mismo círculo en jefe es tan fervientemente adorado que lo que las adoramos a ellas: pero a sus espaldas se las considera y se habla

de ellas (esto lo hacen todos, a excepción de los muy jóvenes) como si fuesen poco más que “organismos sin inteligencia”.

Nuestra teología también es completamente distinta en los aposentos de las mujeres de la teología enunciada en otros lugares.

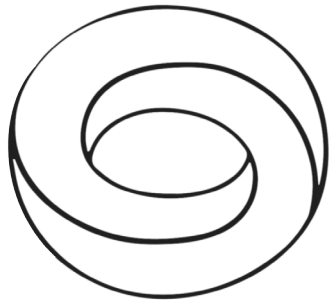
Mas mi humilde temor es que este doble adiestramiento, tanto en el lenguaje como en el pensamiento, imponga una carga demasiado pesada a los jóvenes, especialmente cuando se les aparta a los tres años de edad del cuidado materno y se les enseña a olvidar el viejo lenguaje (salvo con la finalidad de repetirlo en presencia de sus madres y nodrizas) y a aprender el vocabulario y el idioma de la ciencia. Paréceme ya (puedo discernirlo) que hay un debilitamiento en la comprensión de la verdad matemática en el momento actual en comparación con el intelecto más robusto de nuestros ancestros de hace trescientos años. No digo nada del posible peligro que correríamos si una mujer aprendiese alguna vez subrepticamente a leer y transmitiese a su sexo el resultado de su escrutinio de una sola obra popular; ni de la posibilidad de que la indiscreción o la desobediencia de algún niño pudiese revelar a una madre los secretos del dialecto lógico. Es sobre la simple base del debilitamiento del intelecto masculino que hago esta humilde apelación a las más altas autoridades para que reconsideren las regulaciones sobre la educación femenina.

Parte II

Otros mundos

*¡Oh, desafiantes nuevos mundos,
donde hay tal género de habitantes!*

WILLIAM SHAKESPEARE



SECCIÓN 13

DE CÓMO TUVE UNA VISIÓN DE LINEALANDIA

ERA el penúltimo día del año 1999 de nuestra era, y el primero de la Vacación Larga. Como ya me había entretenido hasta tarde con mi juego geométrico favorito, me había retirado a descansar con un problema no resuelto en la cabeza. En la noche tuve un sueño.

Vi ante mí una vasta multitud de pequeñas líneas rectas (yo supuse, naturalmente, que eran mujeres) estaban intercaladas con otros seres aún más pequeños y que tenían forma de puntos lustrosos, todos moviéndose de un lado a otro y en una misma línea recta, y, por lo poco que yo podía juzgar, a la misma velocidad.

Emitían un ruido a intervalos mientras se movían: trinos o gorjeos confusos y multitudinarios; pero a veces cesaban sus movimientos, y entonces todo se quedaba en silencio.

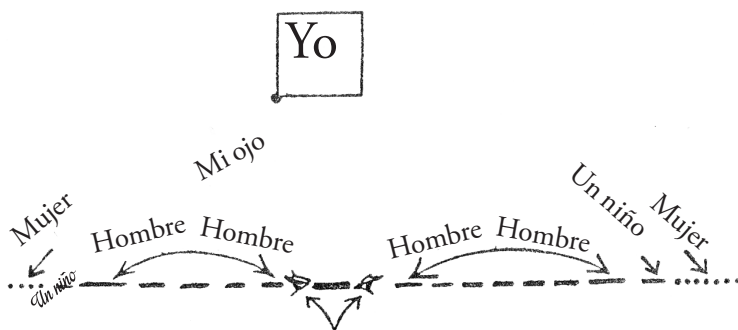
Al aproximarme a una de las más largas de las que pensé que eran mujeres, la abordé, pero no recibí respuesta. Una segunda y una tercera llamada de mi parte fueron igualmente inútiles.

Perdiendo la paciencia ante lo que me parecía una falta de cortesía intolerable, llevé mi boca a una posición completamente frontal con respecto a la suya para interceptar su movimiento, y en voz alta repetí mi pregunta: “Mujer, ¿qué significa toda esta concurrencia y este extraño y confuso trinar, y este movimiento monótono a un lado y a otro a lo largo de una misma línea recta?”

“Yo no soy ninguna mujer,” replicó la pequeña línea: “Yo soy el monarca del mundo. Pero usted, ¿de dónde ha venido usted, intruso, a mi reino de Linealandia?” Al recibir esta abrupta réplica, rogué que me perdonara por si había asustado o molestado de alguna manera a su alteza real; y, describiéndome como un extranjero, supliqué al rey que me proporcionara alguna información sobre sus dominios. Pero tuve realmente grandes dificultades para obtener información sobre los puntos que realmente me interesaban, pues el rey no podía evitar asumir todo el tiempo que todo lo que era familiar para él, debía resultar conocido también para mí y que yo estaba simulando ignorancia como un bromista. A pesar del malentendido, y perseverando en las interrogantes, pude obtener los siguientes datos:

Al parecer ese pobre e ignorante monarca (como él mismo se denominaba) estaba convencido de que la línea recta que él llamaba su reino, y en la cual transcurría su existencia, constituía la totalidad del mundo, y de hecho el espacio en su totalidad. Al no poder ni moverse ni ver sino su línea recta, no tenía idea de algo que pudiese existir fuera de ella. Aunque había oído mi voz cuando me dirigí a él por primera vez, los sonidos le habían llegado de una manera tan contraria a su experiencia que no había respondido nada, “al no ver ningún hombre”, tal

Mi visión de Linealandia



Los ojos del REY
mucho más grandes que en la REALIDAD
lo cual muestra que su MAJESTAD
no puede ver sino un PUNTO

Sus súbditos (de los cuales las líneas pequeñas eran hombres y los puntos mujeres) estaban todos por igual confinados en movimiento y visión a esa línea recta única, ese era su mundo. Apenas sería necesario agregar que la totalidad de su horizonte se limitaba a un punto, nadie podía ver sino un punto: hombre, mujer, niño, cosa... Todo era un punto para el ojo de un linealandés. Solamente podían distinguirse el sexo y la edad por el sonido de la voz. Es más, como cada individuo ocupaba el total del, por así decir, sendero estrecho que constituía su

universo, y nadie se podía mover hacia la derecha o la izquierda para dejar paso a los transeúntes, como consecuencia ningún linealandés podía pasar a otro. Una vez vecinos, vecinos por siempre. La vecindad entre ellos era como el matrimonio entre nosotros. Los vecinos permanecerán en esa condición hasta que la muerte los separe.

Tal clase de vida, con toda la visión limitada a un punto, y todo el movimiento restringido a una línea recta, me pareció terriblemente monótona o deprimente; y me sorprendieron la vivacidad y el buen humor del rey. Me preguntaba si sería posible, en medio de circunstancias tan desfavorables para las relaciones domésticas, disfrutar los placeres de la unión conyugal, mas dudé por un rato si debía o no interrogar a su alteza real sobre un asunto tan delicado; pero al final me lancé en clavado... abruptamente pregunté por la salud de su familia. “Mis esposas e hijos”, contestó, “todos están bien y felices”.

Pasmado ante esta respuesta, porque cerca del monarca, tal como había notado en mi sueño antes de entrar en Linealandia, no había más que hombres, entonces me aventuré a responder: “Perdonadme, pero no puedo imaginar cómo su alteza real puede ver o acercarse en algún momento a sus reales majestades, cuando hay al menos media docena de individuos puestos en medio, a través de los cuales no se puede ni ver ni pasar. ¿Es posible que en Linealandia no sea necesaria la proximidad para el matrimonio y para la generación de hijos?

“¿Cómo puede usted hacer una pregunta tan absurda?”, replicó el monarca. “Si fuese en efecto como sugiere, el universo pronto quedaría despoblado. No, no; la vecindad no es necesaria para la unión de corazones; y el nacimiento de hijos

es una cuestión demasiado importante para estar dependiendo de un accidente como la proximidad. No es posible que usted ignore esto. Pero, como a usted le complace fingir ignorancia, le instruiré como si fuese un mismísimo bebé de Linealandia. Sepa, en este momento, que los matrimonios se consuman por medio de la facultad del sonido y por el sentido de la audición.

”Usted es consciente, de seguro, de que cada hombre tiene dos bocas o voces (así como dos ojos), una de bajo en una de sus extremidades y una de tenor en la otra. No debería mencionar esto, pero he sido capaz de distinguir su voz de tenor en el curso de nuestra conversación.” Yo respondí que no tenía más que una voz, y que no me había dado cuenta de que su alteza real tuviese dos. “Esto confirma mi impresión,” dijo el rey, “de que usted no es un hombre, sino una monstruosidad femenina con una voz de bajo y un oído sin educación.” Pero continuemos:

“Como ha ordenado la propia Naturaleza que cada hombre haya de tener dos esposas...” “¿Por qué dos?” Pregunté yo. “¡Usted lleva su afectada simpleza demasiado lejos!” Chilló. “¿Cómo puede haber una unión completamente armoniosa sin la combinación de *los cuatro en uno*, concretamente hablando: el bajo y el tenor del hombre y la soprano y la contralto de las dos mujeres?” “Pero, supongamos...” Dije yo. “¿Y si un hombre prefiriese una esposa o tres?” “Eso es imposible,” dijo él; “es tan inconcebible como que dos más uno pudiesen sumar cinco, o que el ojo humano pudiese ver una línea recta.” Yo le hubiese interrumpido, pero él prosiguió su discurso:

”Una vez por semana, a la mitad de esta, una Ley de la Naturaleza nos compele a movernos de un lado a otro rítmicamente y con una violencia superior a la usual, la cual se extiende el

período de tiempo que le tomaría a usted contar hasta ciento uno. En medio de esta danza coral, en la pulsación cincuenta y uno, los habitantes del universo se detienen en plena carrera y cada individuo lanza sus cepas y acordes más ricos, plenos y dulces. En ese momento decisivo es cuando se realizan todos nuestros matrimonios. Tan exquisita es la adaptación de bajo a soprano, de tenor a contralto, que con frecuencia los amados reconocen de una vez la nota receptiva de sus amantes destinados, aunque estén a veinte mil leguas de distancia; y el amor los une entonces a los tres, porque atraviesa los irrisorios obstáculos de la distancia. El matrimonio, consumado en ese instante, produce una triple prole de vástagos femeninos y masculinos que ocupa su lugar en Linealandia.”

“¿Qué? ¿Siempre triple?”, dije yo. “¿Debe tener una mujer entonces siempre mellizos?”

“¡Sí! ¡Monstruosidad con voz de bajo!” Replicó el rey. “¿Si no es así, cómo podría mantenerse el balance de los sexos, si no nacieran dos niñas por cada muchacho? ¿Ignoraría usted el alfabeto mismo de la Naturaleza?” Dejó de hablar, mudo por la ira; y un tiempo transcurrió antes de poder inducirle a reanudar su narración.

“No supondrá, desde luego, que cada soltero de los nuestros encuentre sus compañeras en el primer galanteo de este Coro matrimonial universal. Por el contrario, la mayoría de nosotros repite varias veces el proceso. Pocos son los corazones cuyo feliz destino es identificar de inmediato en las voces de unos y otros a la pareja destinada a ellos por la Providencia, y volar en un abrazo recíproco y perfectamente armónico. Para la mayoría de nosotros el proceso de noviazgo es de larga duración. Las

voces del cortejador pueden quizás hacer acorde con una de las futuras esposas, pero no con ambas; o no acordar al principio con ninguna; o la soprano y la contralto pueden no armonizar mucho. En semejantes casos la Naturaleza ha provisto que cada Coro semanal debe llevar a los tres amantes a una armonía más íntima. Cada prueba de voz, cada nuevo descubrimiento de discordancia, induce casi imperceptiblemente al menos perfecto a modificar su vocalización (ya sea hombre o mujer) de manera que se aproxime más a lo perfecto. Y tras muchas pruebas y muchas aproximaciones, el resultado se logra. Llega al fin el día cuando, mientras el acostumbrado Coro matrimonial de la universal Linealandia se pone en marcha, los tres alejados amantes se encuentran de pronto en armonía exacta y, antes de darse cuenta, el triplete conyugal es arrobado vocalmente en un abrazo duplicado; y la Naturaleza se regocija ante un matrimonio más y tres nuevos nacimientos”.

SECCIÓN 14

CÓMO INTENTÉ EN VANO EXPLICAR LA NATURALEZA DE PLANOLANDIA

Como pensaba ya que era hora de hacer bajar al monarca de sus raptos hasta el nivel del sentido común, me determiné a intentar mostrarle algunos vistazos de la verdad, es decir, de la naturaleza de las cosas en Planolandia. Entonces empecé así: “¿Cómo puede distinguir su alteza real las formas y las posiciones de sus súbditos? Yo, por mi parte, noté por el sentido de la vista, antes de entrar en su reino, que algunos de entre su pueblo son líneas y otros puntos, incluso algunas de las líneas son más largas...” “Me habla usted de algo imposible...”, me interrumpió el rey; “debe haber tenido una visión; porque notar la diferencia entre un punto y una línea mediante el sentido de la vista es imposible, como todo el mundo sabe, por la misma naturaleza de las cosas; pero se puede notar por el sentido del oído, también se puede apreciar por este medio la exactitud de mi forma. Míreme... soy una línea, la más larga de Linealandia, unos quince centímetros y medio de espacio...” “De longitud,”

me aventuré a sugerir. “Necio,” dijo él, “espacio es longitud. Interrúmpame de nuevo, y se acabó.”

Me disculpé; pero él continuó con tono despectivo: “Dado que usted es inmune a cualquier argumento, deberá oír con sus propios oídos cómo revelo por medio de mis dos voces mi forma a mis esposas, quienes están en este momento exactamente a 9.656 kilómetros, 64 metros, 60 centímetros y 203 milímetros¹⁷ de distancia, la una al norte y la otra al sur. Escuche, las llamo. Hizo un gorjeo y luego continuó complacido: “Mis esposas están recibiendo en este momento el sonido de una de mis voces, seguida de cerca por la otra, y, al percibir que la última llega a ellas después de un intervalo en el que el sonido puede atravesar 16,4 cm, infieren que una de mis bocas está 16,4 cm más allá de ellas que la otra, y saben por ello que tengo una forma de 16,4 cm. Pero, como entenderán, mis esposas no hacen ese cálculo cada vez que oyen mis dos voces. Lo hicieron, de una vez por todas, antes de que nos casáramos. Pero *podrían* hacerlo en cualquier momento. Y, de la misma manera, yo puedo calcular la forma de cualquiera de mis súbditos masculinos por el cálculo del sonido.”

“¿Pero cómo hacen,” dije yo, “si un hombre finge una voz de mujer con una de sus dos voces o si disfraza su voz sureña para que no pueda reconocerse como el eco de la nortea? ¿No pusiesen causar grandes inconvenientes esos engaños? ¿Y no tiene usted algún medio de verificar fraudes de este estilo ordenando a sus súbditos vecinos que se toquen unos con otros?”

17 Aproximadamente: 9656,12 km. (N. del T.).

Esta pregunta era, desde luego, muy estúpida, porque tocar no hubiese servido para ese propósito; pero la hice para irritar al monarca, y lo logré perfectamente.

“¡Qué!” Gritó horrorizado, “explíquese”. “Sentir, tocar, entrar en contacto,” repliqué. “Si se refiere con lo de *tocar*”, dijo el rey, “a aproximarse tanto como para que no quede espacio entre dos individuos, sepa usted, extranjero, que esa ofensa se castiga en mis dominios con la muerte. Y la razón es obvia. La frágil forma de una mujer es propensa a quedar destrozada con tal aproximación, protegerla es un deber del Estado; pero como no puede distinguirse a las mujeres de los hombres por el sentido de la vista, la Ley ordena universalmente que ni el hombre ni la mujer deben aproximarse tan estrechamente como para destruir el intervalo entre el que se aproxima y el aproximado.

”¿Ciertamente, a qué propósito podría servir ese exceso ilegal y antinatural de aproximación al cual usted llama *tocar*, cuando todos los fines perseguidos por tan brutal y grosero proceso se alcanzan con más facilidad y al mismo tiempo con mayor precisión con el sentido de la audición? En cuanto al peligro de engaño que usted sugiere, es inexistente, pues la ‘voz’, al ser la esencia del propio ser, no puede modificarse así a voluntad. Pero vamos, supongamos que yo tuviese el poder de pasar a través de cosas sólidas, de manera que pudiese atravesar a mis súbditos, uno detrás de otro, incluso hasta el número de un billón, verificando el tamaño y la distancia de cada uno con ese sentido del *tocar*: ¡cuánto tiempo y cuánta energía se desperdiciaría en ese método torpe e impreciso! Mientras que ahora, en un instante de audición, hago casi el censo y la estadística, local, corporal, mental y espiritual, de todos los seres vivos de

Linealandia. ¡Escuchar con atención, solo basta con escuchar atentamente!”

Cuando dijo todo eso, hizo una pausa y se puso a escuchar, como si estuviese en un éxtasis, un sonido: a mí no me pareció más que el leve chirriar de una multitud innumerable de cigarras liliputienses.

“Verdaderamente,” repliqué, “su sentido de la audición es bastante útil y completa muchas de sus deficiencias. Pero permítanme decirles que su vida en Linealandia debe de ser deplorablemente aburrida. ¡Ver solamente un punto! ¡No tener ni siquiera la posibilidad de contemplar una línea recta! ¡Es más, no saber ni siquiera lo que es! ¡Ver, pero estar desconectado de esas perspectivas lineales que se nos conceden nosotros en Planolandia! ¡Es mejor indudablemente carecer del todo del sentido de la visión que ver tan poco! Admito no tener su facultad de audición discriminatoria, pues el concierto de toda Linealandia, que les causa a ustedes tan intenso placer, para mí no es más que un piar o un gorjeo multitudinario. Pero al menos puedo discernir, por la vista, una línea de un punto. Y permítame probarlo. Justo antes de entrar en su reino, le vi bailar de izquierda a derecha, y luego de derecha a izquierda, con siete hombres y una mujer en su proximidad inmediata a la izquierda, y ocho hombres y dos mujeres a su derecha. ¿Es correcto?”

“Correcto,” dijo el rey, “en lo del número y los sexos, sin embargo, no sé lo que quiere decir con ‘derecha’ e ‘izquierda’. Y niego que usted haya visto esas cosas. Pues, ¿cómo podría ver la línea, es decir el interior, de un hombre? Aunque debe de haber oído esas cosas y después haber soñado que las veía.

Déjeme preguntarle además qué quiere decir con esas palabras de ‘izquierda’ y ‘derecha’. Supongo es su modo de decir ‘hacia el norte’ y ‘hacia el sur’”.

“Nada de eso”, repliqué yo: “además de su movimiento hacia el norte y hacia el sur, hay otro movimiento al cual yo llamo de derecha a izquierda”.

REY: Muéstreme, por favor, ese movimiento de derecha a izquierda.

YO: No, eso no lo puedo hacer, a menos que usted pudiese quedar completamente fuera de su línea al dar un paso.

REY: ¿Salir de mi línea? ¿Quiere decir fuera del mundo? ¿Del espacio?

YO: Bueno, sí. De *su* mundo. De *su* espacio. Porque su espacio no es el verdadero espacio. El verdadero espacio es un plano; pero su espacio es solo una línea.

REY: Si no puede indicar ese movimiento de derecha a izquierda usted mismo, moviéndose, le ruego entonces me lo describa con palabras.

YO: Si usted no puede decir cuál es su lado derecho y su lado izquierdo, me temo que ninguna palabra mía podrá aclarar lo que quiero decir. Pero seguramente no ignorará una distinción tan simple.

REY: No entiendo ni lo más mínimo de lo que dice.

YO: ¡Ay de mí! ¿Cómo podré aclararlo? Cuando se mueve en línea recta, ¿no se le ocurre a veces que podría moverse de algún otro modo, girar el ojo en círculo como para mirar en la dirección hacia la cual está vuelto ahora su lado? En otras palabras, en vez de moverse siempre en la dirección de una

de sus extremidades, ¿nunca sintió el deseo de moverse en la dirección, por así decirlo, de su lado?

REY: Nunca. ¿Y qué significa eso? ¿Cómo puede el interior de un hombre “dirigirse girando hacia” una dirección? ¿O cómo puede un hombre moverse en la dirección de su interior?

yo: Bueno, entonces, en vista de que las palabras no pueden explicar el asunto, intentaré con los hechos, e iré saliendo poco a poco de Linealandia en la dirección que deseo indicarle.

Dicho esto, empecé a sacar el cuerpo de Linealandia. Mientras alguna parte de mí permaneció en sus dominios y al alcance de su vista, el rey no paraba de decir: “Lo veo, aún lo veo; no se está moviendo”. Pero cuando finalmente salí de su línea, gritó con la más estridente de sus voces: “Ella se ha desvanecido; está muerta”. “No estoy muerto,” contesté; “simplemente estoy fuera de Linealandia, o sea, fuera de la línea recta a la cual ustedes se refieren como el ‘espacio’, y estoy en el verdadero espacio, donde puedo ver las cosas tal como son. Incluso en este momento puedo ver su línea, o lado, o interior como a ustedes les gusta llamarle; también puedo ver a los hombres y mujeres que están al norte y al sur de usted, a los cuales ahora enumeraré, describiendo su orden, su tamaño y el intervalo que hay entre cada uno”.

Luego de hacer esto con gran parsimonia, grité triunfalmente: “¿Eso por fin lo convence?” Así entré una vez más en Linealandia, ocupando la misma posición que antes.

Pero el monarca contestó: “Si fuese usted un hombre de juicio... aunque, como parece tener solamente una voz, no tengo la menor duda de que no es un hombre, sino una mujer... Si tuviese un poco de sentido común, escucharía a la razón. Me

pide que crea en la existencia de otra línea además de la que mis sentidos indican, y otro movimiento además de este del cual tengo conciencia habitual. Yo, en cambio, le pido que me describa con palabras, o me indique con el movimiento esa otra línea de la cual me habla. Usted, en vez de moverse, simplemente ejercita un arte mágico para desvanecerse y volver a hacerse visible; y, en vez de una descripción lúcida de su nuevo mundo, nada más me dice el número y tamaño de unas cuarenta personas de mi séquito, datos que conoce cualquier niño de mi capital. ¿Puede haber mayor irracionalidad o descaro? Reconozca su estupidez o salga de mis dominios.”

Furioso, con ánimo perverso, y especialmente indignado porque declaró ser ignorante sobre el tema de mi sexo, le repliqué en términos descomedidos: “¡Oh, ser intelectualmente ciego! ¡Se cree la perfección de la existencia, y en realidad es el más imperfecto e imbécil de todos los seres! ¡Profesa claridad de vista, cuando no puede ver más que un punto! ¡Se vanagloria de deducir la existencia de una línea recta; pero yo sí *puedo ver* líneas rectas y deducir la existencia de ángulos, triángulos, cuadrados, pentágonos, hexágonos e incluso círculos! ¿Por qué desperdiciar



más palabras? Basta con decir que soy lo que completa su yo incompleto. Usted solamente es una línea, pero yo soy una línea de líneas, en mi país me llaman un cuadrado: e incluso yo, a pesar de ser infinitamente superior a usted, soy casi nada entre los grandes nobles de Planolandia, lugar de donde he venido a visitarlo, con la esperanza de iluminar su ignorancia.”

El rey, al oír estas palabras, avanzó hacia mí con un chillido amenazador como para atravesarme por la diagonal; y en ese mismo momento se alzó de las miríadas de sus súbditos un grito de guerra multitudinario, con vehemencia creciente iba aumentando hasta que parecíame rivalizaba con el griterío de un ejército de cien mil isósceles y la artillería de miles de pentágonos. Fascinado e inmóvil, no pude hablar ni moverme para evitar la destrucción inminente; y cuando el estruendo se hizo aún más ruidoso, y el rey se acercó aún más, desperté y me encontré con que la campanilla del desayuno me estaba llamando a las realidades de Planolandia.

SECCIÓN 15

SOBRE UN EXTRAÑO DE ESPACIOLANDIA

De los sueños pasé a los hechos.

Era el último día del año 1999 de nuestra era. El golpeteo de la lluvia había anunciado tiempo atrás el ocaso; y yo estaba sentado¹⁸ en compañía de mi esposa, meditando sobre los eventos del pasado y las perspectivas del año siguiente, del siglo venidero, del *milenio entrante*.

18 Cuando digo “estaba sentado”, por supuesto, no me refiero a ningún cambio de postura, según el significado de esa palabra en Espaciolandia; pues como no tenemos pies, no podemos “sentarnos” ni “pararnos” (en el claro sentido de la palabra), mas ustedes sí pueden hacerlo con sus plantas o suelas.

Aún así, identificamos perfectamente los diferentes estados mentales de volición implícitos en “echarse”, “sentarse” y “estar de pie”, que en cierta medida se muestran al espectador como un ligero aumento del lustre, e indican el aumento de la volición.

Mas el tiempo me impide dilatar me sobre este y un millar de temas relacionados.

Mis cuatro hijos y mis dos nietos huérfanos se habían retirado a sus respectivos aposentos, y solamente mi esposa permanecía conmigo para ver cómo se iba el viejo milenio y comenzaba el nuevo.

Yo estaba embebido en mi pensar, ponderaba en mi mente unas palabras que habían salido por casualidad de la boca de mi nieto más joven, un joven hexágono muy prometedor, de una inusual brillantez y una angularidad perfecta. Sus tíos y yo habíamos estado dándole su lección práctica habitual de Reconocimiento por la vista, girándonos sobre nuestros centros, primero de manera rápida, luego más lenta, íbamos haciéndole preguntas sobre nuestras posiciones; y sus respuestas habían sido tan satisfactorias que me había provocado recompensarle dándole unas cuantas pistas de aritmética, aplicada a la geometría.

Tomando nueve cuadrados, de 2,54 cm de lado cada uno, los había unido todos para hacer uno solo grande, de 7,62 cm por lado, y con ese ejemplo le había demostrado a mi nietecito que, aunque era imposible para nosotros *ver* el interior del cuadrado, podíamos, sin embargo, calcular el número de centímetros cuadrados de un cuadrado con la simple operación de elevar al cuadrado el número de centímetros del lado: “Y así,” dije yo, “sabemos que $(7,62 \text{ cm})^2$ o $58,06 \text{ cm}^2$ representa el número de centímetros cuadrados de un cuadrado de 7,62 cm de lado”.

El pequeño hexágono meditó un rato sobre esto y luego me dijo: “Pero tú has estado enseñándome a elevar números a la tercera potencia: supongo que $(7,62 \text{ cm})^3$ tiene que significar algo en geometría, ¿qué significa?” “Nada en absoluto,”

respondí, “al menos no en geometría; porque la geometría solamente tiene dos dimensiones”. Luego empecé a mostrarle al muchacho cómo un punto que se mueve a lo largo de una longitud de 7,62 cm forma una línea de 7,62 cm, cuya representación puede ser “7,62”; y cómo una línea de 7,62 cm, al moverse paralelamente a sí misma a través de una longitud de 7,62 cm, forma un cuadrado de 7,62 cm en todos sus lados, esto puede representarse como $(7,62 \text{ cm})^2$.

Tras ello, mi nieto, volviendo nuevamente a su comentario anterior, tomó la palabra bruscamente y exclamó: “Bueno, entonces, si un punto, al desplazarse 7,62 cm, forma una línea de 7,62 cm representada por 7,62; y si una línea recta de 7,62 cm, al desplazarse paralelamente a sí misma, forma un cuadrado de 7,62 cm por cada lado, representado por $(7,62 \text{ cm})^2$; luego necesariamente un cuadrado de 7,62 cm de cada lado, cuando se mueve de alguna manera paralelamente a sí mismo (aunque yo no veo cómo) debe formar *algo* más (pero no veo qué) de 7,62 cm por lado... y eso tiene que representarse por $(7,62)^3$.”

“Vete a la cama,” dije yo, un poco agitado por su interrupción: “si dijeras menos sinsentidos, se te formarían en la cabeza mejores juicios.”

Así, mi nieto se había ido, ridiculizado por mí; y allí estaba yo sentado con mi esposa al lado, procurando hacer una retrospectiva del año 1999, y tratando de ver las posibilidades del año 2000, pero no era completamente capaz de sacudirme los pensamientos que me sugería el parloteo de mi brillante hexagonito. Quedaban ya solamente unas pocas arenillas en el reloj de media hora. Me desperté de mi ensueño y di vuelta al reloj hacia el norte por última vez en el viejo milenio; y en el acto, exclamé en voz alta: “El chico es tonto”.

Enseguida me di cuenta de que había una *presencia* en la habitación, y un soplo espeluznante estremecía todo mi ser. “El chico no es tal cosa,” exclamó mi esposa, “y tú estás quebrantando los mandamientos al deshonorar así a tu propio nieto.” Pero no le presté atención. Miraba a mi alrededor, en todas direcciones y no podía ver nada; sin embargo, aún *sentía* una “presencia”, y temblé cuando surgió nuevamente el susurro frío. El sobresalto me puso en marcha. “¿Qué pasa?” Dijo mi esposa, “no hay ninguna corriente de aire; ¿qué es lo que buscas? No hay nada.” Y no había nada, entonces me senté de nuevo, exclamando otra vez: “El chico es un tonto, lo digo yo; (7,62)³ no puede tener ningún significado en geometría.” Y de inmediato me llegó una respuesta claramente audible: “El chico no es ningún tonto; y (7,62)³ tiene un significado geométrico evidente.”

Mi esposa oyó las palabras al igual que yo, aunque no entendió su significado, y ambos saltamos a ver en la dirección del sonido. ¡Cuál fue nuestro horror cuando vimos ante nosotros una figura! A primera vista parecía ser una mujer, vista de lado; pero unos momentos de observación me mostraron que los extremos se perdían muy rápido en la penumbra como para representar a alguien del sexo femenino; y yo podría haber pensado que se trataba de un círculo, si no pareciese cambiar su tamaño de una forma imposible en un círculo o en cualquier figura regular de la cual yo hubiese tenido experiencia.

Pero mi esposa no tenía mi experiencia ni la frialdad necesaria para apreciar estas características. Con su habitual premura y celo irracional, llegó volando a la conclusión de que había entrado una mujer en la casa por alguna abertura pequeña. “¿Cómo ha entrado aquí esa persona?” Exclamó. “Tú me prometiste, querido mío, que no habría aberturas de ventilación en

nuestra nueva casa.” “No hay ninguna,” dije yo; “¿pero qué te hace pensar que el extraño es una mujer? Yo veo con mi poder de Reconocimiento por la vista...” “Oh, en este momento no tengo paciencia para tu Reconocimiento visual,” replicó ella, “‘Tocar es creer’ y ‘El tacto vale para una línea recta lo que la vista para un círculo.’” (Dos proverbios comunes entre el sexo débil de Planolandia).

“Bueno,” dije yo, porque tenía miedo de irritarla, “si de eso se trata, exígele la debida presentación.” Mi esposa asumió su actitud más agraciada y avanzó hacia el desconocido. “Permítame, señora mía, tocar y ser tocada por...” dijo, de pronto retrocedió y exclamó: “¡Oh! No es una mujer y no tiene ningún ángulo, ni rastro de ellos. ¿Cómo es posible que me haya portado tan groseramente con un círculo perfecto?”

“De hecho, soy, en cierto sentido, un círculo,” replicó la voz, “y un círculo más perfecto que cualquiera de los que pueda haber en Planolandia; pero para hablar con mayor exactitud: soy muchos círculos en uno.” Luego añadió, de manera más amable: “Tengo un mensaje, querida señora, para su esposo, y no lo debo comunicar en su presencia; así que, si puede permitir que nos retiremos unos minutos...” Pero mi esposa ni escucharía la propuesta de nuestro augusto visitante para no incomodarlo, y asegurándole al círculo que la hora de retirarse hacía mucho ya que había pasado, con reiteradas disculpas por su reciente indiscreción, se retiró a su habitación.

Eché un vistazo al reloj de arena de media hora. Los últimos granos habían caído. El tercer milenio había empezado.

SECCIÓN 16
DE CÓMO EL EXTRANJERO SE ESFORZÓ
EN VANO PARA TRATAR DE REVELARME
EN PALABRAS LOS MISTERIOS DE
ESPACIOLANDIA

Tan pronto como se hubo desvanecido el sonido del grito de paz de mi saliente esposa, comencé a aproximarme al extraño con la intención de tener una vista más cercana de él y de pedirle que se sentase; pero su asombrosa apariencia me dejó anonadado, mudo y sin movimiento. A pesar de no manifestar ni el más mínimo síntoma de angularidad, variaba a cada instante con unas gradaciones de tamaño y brillantez apenas posibles para cualquier figura incluida en el ámbito de mi experiencia. Un pensamiento me atravesó de pronto como un relámpago: la idea de que tal vez tuviese ante mí a un ladrón o un asesino despiadado, a algún isósceles irregular monstruoso, quien, por el fingimiento de la voz de un círculo, hubiese conseguido de alguna manera misteriosa acceder a mi casa, y estuviese ahora preparado para atravesarme con su ángulo agudo.

Como estaba en una sala de estar, la ausencia de Niebla (además transcurría una estación que era notablemente seca) me hacía difícil confiar en el Reconocimiento visual, especialmente con la corta distancia que nos separaba. Desesperado, poseído por el miedo, me corrí hacia él con un nada ceremonioso “Con su permiso, señor...” y le toqué. Mi esposa tenía razón. No había el menor rastro de un ángulo, ni la más ligera aspereza o desigualdad: nunca había conocido un círculo más perfecto. Él permaneció inmóvil mientras di una vuelta a su alrededor, empezando por el ojo y retornando a él. Era circular de punta a cabo, un círculo completamente satisfactorio; no podía haber la menor duda de ello. Luego siguió un diálogo, el cual procuraré transcribir siendo tan fiel a lo que sucedió como pueda recordarlo, omitiré nada más algunas de mis profusas disculpas... pues me sentía lleno de vergüenza y de humillación porque yo, un cuadrado, hubiese sido culpable de la imperitencia de tocar a un círculo. Comenzó el diálogo el propio desconocido, con algo de impaciencia por la prolijidad de mi proceso de presentación.

EXTRAÑO: ¿No me ha palpado ya lo suficiente? ¿Aún no se va a presentar?

YO: Ilustrísimo señor, perdone usted mi torpeza, cuyo origen no está en la ignorancia de los modales de la sociedad educada, sino en una ligera sorpresa y nerviosismo consecuentes a esta visita un tanto inesperada. Y le suplico que no revele a nadie mi indiscreción, especialmente a mi mujer. Pero antes de que su señoría entre en comunicaciones profundas, ¿podría dignarse satisfacer la curiosidad de un individuo a quien le encantaría saber de dónde viene su visitante?

EXTRAÑO: Del espacio, señor, del espacio, ¿de dónde más?

YO: Perdóneme, mi lord, ¿pero no está ya su señoría en el espacio, y su humilde servidor, en este mismo instante?

EXTRAÑO: ¡Bah! ¿Qué sabe usted del espacio? Defina “espacio”.

YO: Espacio, mi lord, es “altura” y “anchura” prolongadas indefinidamente.

EXTRAÑO: Exactamente: ¿ve como ni siquiera sabe qué es el espacio? Usted piensa que solamente tiene dos dimensiones; pero yo he venido a proclamar una *tercera*: hay altura, anchura y longitud.

YO: A su señoría le gusta hacer bromas. Nosotros también hablamos de longitud y altura o anchura y grosor, así denotamos dos dimensiones con cuatro nombres.

EXTRAÑO: Pero yo no quiero decir solo tres nombres, sino *tres dimensiones*.

YO: ¿Me indicaría o explicaría, su señoría, en qué dirección está la *tercera dimensión*, desconocida para mí?

EXTRAÑO: Yo vine de ella. Está por arriba y por debajo.

YO: Mi lord se refiere aparentemente a lo que es la dirección norte y dirección sur.

EXTRAÑO: No me refiero a nada de eso. Digo, es una dirección hacia la cual usted no puede mirar, porque no tiene ningún ojo en su lado.

YO: Le ruego me perdone, mi lord, quizá una breve inspección convencerá a su señoría de que tengo una luminaria perfecta en la juntura de dos de mis lados.

EXTRAÑO: Sí, pero para poder mirar en el espacio debería tener un ojo, no en su perímetro sino en su lado. Esto es, en lo

que usted probablemente llama su interior; pero que nosotros, en Espaciolandia, lo llamaríamos su lado.

YO: ¡Un ojo en mi interior! ¡Un ojo en mi estómago! Su señoría se está burlando.

EXTRAÑO: No estoy de humor festivo. Le digo que vengo del espacio, o, puesto que no entenderá lo que significa espacio, del País de Tres Dimensiones, desde donde recientemente he bajado la vista hacia su plano, al cual ustedes llaman espacio. Desde esa posición ventajosa he apreciado todo lo que llaman *sólido* (ustedes denotan con eso algo “cerrado por cuatro lados”), sus casas, sus iglesias, hasta sus baúles y cajas fuertes, e incluso sus entrañas y estómagos; todo eso yace para mí extendido, abierto y expuesto.

YO: Con facilidad se hacen tales afirmaciones, mi lord.

EXTRAÑO: Pero no se comprueban con facilidad, dice usted. Mas yo me propongo someterlas a prueba.

Cuando descendí hasta aquí, vi a sus cuatro hijos, los pentágonos, cada uno en su habitación, y a sus dos nietos los hexágonos; vi a su hexágono más joven permanecer un rato con usted, y cómo se retiró luego a su cuarto, dejándolos a usted y a su esposa solos. Vi a sus sirvientes isósceles, a los tres, en la cocina, comiéndose una cena ligera, y al paje en el fregadero. Luego vine aquí y ¿cómo cree que vine?

YO: A través del techo, supongo.

EXTRAÑO: No, señor. Su techo, como sabe muy bien, ha sido reparado recientemente y no tiene ninguna abertura por la cual pudiese penetrar ni siquiera una mujer. Le aseguro que vengo del espacio. ¿No le convence lo que he dicho de sus hijos y su hogar?

YO: Su señoría debe estar consciente de que esos datos tocantes a las pertenencias de su humilde siervo podrían obtenerse de cualquiera del vecindario, teniendo en cuenta que posea su señoría amplios medios de obtener información.

EXTRAÑO: (*Para sí.*) ¿Qué debo hacer? Un momento; se me ocurre un argumento más: cuando usted ve una línea recta, su esposa, por ejemplo, ¿cuántas dimensiones le atribuye?

YO: ¿Acaso su señoría me tratará como a alguien del vulgo, quien, ignorante de las matemáticas, supone que una mujer es realmente una línea recta, y es solo de una dimensión? No, no, mi lord; nosotros los cuadrados somos más entendidos, y sabemos, como su señoría, que una mujer, aunque se le llame vulgarmente una línea recta, es, en realidad, científicamente, un paralelogramo muy delgado, y posee dos dimensiones, como el resto de nosotros, a saber, largo y ancho (o grosor).

EXTRAÑO: Mas la verdad es que el solo hecho de que una línea sea visible implica que posee otra dimensión.

YO: Mi lord, acabo de reconocer que una mujer es tanto ancha como larga. Vemos su longitud e inferimos su anchura; la cual, aunque muy pequeña, puede ser medida.

EXTRAÑO: Usted no me entiende. Lo que quiero decir es que cuando ve a una mujer, debería (aparte de deducir su anchura) ver su longitud, y *ver* lo que nosotros llamamos su *altura*; aunque esa última dimensión es infinitesimal en su país. Si una línea fuese mera longitud sin “altura”, dejaría de ocupar un espacio y se volvería invisible. ¿Seguramente sí reconocerá esto, o no?

YO: De hecho, debo confesar que no entiendo nada, su señoría. Cuando en Planolandia vemos una línea, visualizamos

longitud y *luminosidad*. Si desaparece esa brillantez, la línea se extingue y, como dice usted, deja de ocupar espacio. Pero, ¿he de suponer que su señoría da al brillo el título de una dimensión y a eso que nosotros llamamos “brillante”, usted lo llama “alto”?

EXTRAÑO: En realidad, no. Por “altura” entiendo una dimensión como la longitud de ustedes: solo que, en su caso, la “altura” no se percibe fácilmente, por ser extremadamente pequeña.

YO: Pero mi lord, es fácil poner a prueba su aseveración. Dice que tengo una “tercera dimensión”, llamada “altura”. Ahora, dimensión implica dirección y medida. Basta con que mida mi “altura”, o me indique simplemente la dirección en la cual se extiende mi “altura”, y me volveré su converso. De lo contrario, su señoría me disculpará...

EXTRAÑO: (*Para sí*) No puedo hacer ninguna de las dos cosas. ¿Cómo podré convencerlo? De seguro una simple exposición de los hechos seguida de una demostración ocular debería ser suficiente... Muy bien, señor; escúcheme.

Usted vive en un plano. Lo que llaman Planolandia es la inmensa superficie bien nivelada de lo que yo debo llamar un fluido, en, o sobre, el cual usted y sus compatriotas se desplazan (en su parte superficial), sin elevarse por encima de él ni caerse tampoco, hundiéndose en él.

Yo no soy una figura plana, sino un sólido. Usted me llama círculo; pero en realidad no soy un círculo, sino un número incontable de círculos, cuyo tamaño varía desde el de un punto

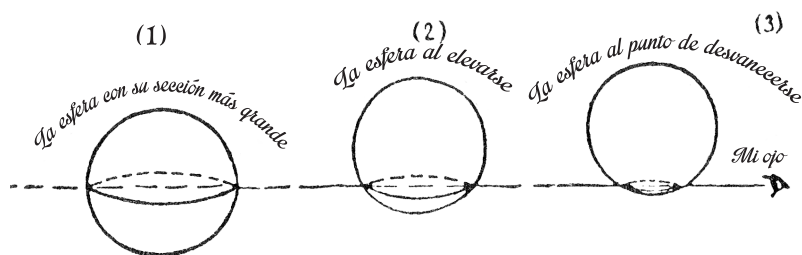
hasta un círculo de treinta centímetros ¹⁹ de diámetro, puestos unos sobre otros. Cuando bajo a su plano como estoy haciendo ahora, lo corto, y hago en él una sección, a la cual ustedes denominan, muy correctamente, un círculo. Así pues, una esfera (que es el nombre apropiado en mi país) si se manifiesta alguna vez a un habitante de Planolandia, ha de hacerlo inevitablemente como un círculo.

¿Acaso no recuerda (pues yo, que veo todas las cosas, percibí anoche la visión fantasmal de Linealandia escrita en su cerebro), no recuerda, repito, cómo, cuando entró en el ámbito de Linealandia, se vio obligado a manifestarse al rey, no como un cuadrado, sino como una línea, porque ese campo lineal no tenía dimensiones suficientes para representar su totalidad, sino solo una rebanada o una sección suya? Precisamente en la misma manera, su país de dos dimensiones no es lo suficientemente espacioso para representarme a mí, un ser de tres, sino que solo puede mostrar una rodaja o sección de mí, eso es lo que ustedes llaman un círculo.

La disminución de brillantez de su ojo me indica incredulidad. Pero ahora prepárese para recibir una prueba positiva de la veracidad de mis afirmaciones. Usted no puede ver más que una de mis secciones, o círculos, cada vez; pues no tiene el poder para elevar su ojo fuera del plano de Planolandia; pero puede al menos apreciar que cuando me elevo en el espacio, mis secciones se vuelven más pequeñas. Vea ahora, me elevaré; y el efecto sobre su ojo será que mi círculo se irá haciendo cada vez

19 Trece pulgadas. (N. del T.).

más y más pequeño hasta reducirse a un punto y finalmente desvanecerse.



No hubo ninguna “elevación” que yo pudiese ver; pero disminuyó de tamaño y finalmente desapareció. Parpadeé una o dos veces para asegurarme de que no estaba soñando. Pero no era sueño. Pues desde las profundidades de la nada surgió una voz hueca (parecía estar al lado de mi corazón): “¿Me he ido realmente? ¿Está convencido ahora? Bueno, a continuación regresaré gradualmente a Planolandia y usted verá cómo mi sección va haciéndose más y más grande.”

Todo lector de Espaciolandia entenderá con facilidad que mi misterioso huésped estaba hablando el lenguaje de la verdad e incluso de la simpleza. Pero para mí, aunque era habilidoso en las matemáticas de Planolandia, no se trataba de una materia simple. El grotesco diagrama que he incluido arriba mostrará claramente a cualquier niño de Espaciolandia que la esfera, ascendiendo en las tres posiciones que se indican allí, debía manifestarse necesariamente ante mí, o ante cualquier planolandés, como un círculo, al principio de tamaño completo, luego pequeño; y por último muy pequeño en verdad, acercándose

al punto. Pero para mí, aunque tenía los hechos enfrente, sus causas, o razones, eran tan oscuras como siempre. Lo único que yo podía comprender era que el círculo se había empequeñecido hasta esfumarse, y al aparecer nuevamente, se hacía rápidamente más grande.

Cuando recobró su tamaño original, lanzó un profundo suspiro; porque comprendió por mi silencio que no había entendido absolutamente nada. Y ciertamente me sentía inclinado a creer que él no era un círculo, sino una especie de contorsionista extremadamente hábil; o si no, que eran ciertos los cuentos de las viejas y que, después de todo, existía tal clase de gente como los hechiceros y los magos.

Después de una larga pausa murmuró para sí: “Me queda un último recurso, antes de recurrir a la acción. Debo intentar con el método de la analogía”. Luego siguió un silencio aún más largo, tras el cual continuó nuestro diálogo.

ESFERA: Dígame, señor matemático, si un punto se mueve hacia el norte y deja una estela luminosa, ¿qué nombre le daría a la estela?

Yo: Una línea recta.

ESFERA: ¿Y cuántos extremos tiene una línea recta?

Yo: Dos.

ESFERA: Ahora trate de concebir la idea de que esa línea recta que va hacia el norte se desplace paralelamente a sí misma, en dirección este-oeste, de manera que cada punto de ella deje atrás la estela de una línea recta. ¿Qué nombre le daría usted a la figura así formada?

Yo: Un cuadrado.

ESFERA: ¿Y cuántos lados tiene un cuadrado? ¿Cuántos ángulos?

Yo: Cuatro lados y cuatro ángulos.

ESFERA: Ahora haga el esfuerzo de estirar un poco su imaginación y trate de concebir un cuadrado de Planolandia que se desplazase paralelo a sí mismo hacia arriba.

Yo: ¿Qué? ¿Hacia el norte?

ESFERA: No, no hacia el norte; hacia arriba: completamente fuera de Planolandia.

Si se moviese hacia el norte, los puntos sureños del cuadrado tendrían que moverse a través de las posiciones previamente ocupadas por los puntos norteños. Pero eso no es lo que quiero decir.

Lo que yo quiero decir es que cada punto en usted, (pues usted es un cuadrado y servirá para el propósito de mi ejemplo) cada punto suyo, o sea, de lo que usted llama su interior tiene que pasar hacia arriba a través del espacio, de tal manera que ningún punto pase a través de la posición previamente ocupada por algún otro punto, sino que cada punto describa una línea recta propia. Esto está en concordancia perfecta con la analogía; seguramente ha de ser claro para usted.

Dominando mi impaciencia (pues sentía en el momento una fuerte tentación de lanzarme ciegamente sobre mi visitante y precipitarlo al espacio, o fuera de Planolandia, a cualquier parte, para poder librarme de él), repliqué: “¿Y cuál puede ser la naturaleza de la figura hacia la cual voy a mutar con ese movimiento que usted se complace en denotar con la expresión ‘hacia arriba’? Presumo que es indescriptible en el idioma de Planolandia.”

ESFERA: Oh, definitivamente. Es simple y sencillo, y es estrictamente acorde con la analogía... solo que, por cierto, no debe decir que el resultado sea una figura, sino un sólido. Pero se lo describiré. O más bien no yo, sino la analogía:

Empezamos con un solo punto que, por supuesto (como es un punto), tiene solamente “*un* punto terminal”.

Un punto produce una línea con *dos* puntos terminales.

Una línea produce un cuadrado con *cuatro* puntos terminales.

Ahora usted mismo puede dar la respuesta a su propia pregunta: 1, 2, 4, forman, evidentemente, una progresión geométrica. ¿Cuál es el número siguiente?

Yo: Ocho.

ESFERA: Exacto. El cuadrado único produce un *algo que usted no sabe aún cómo se llama, pero que nosotros llamamos un cubo* con *ocho* puntos terminales. ¿Ahora, está convencido?

YO: ¿Y esa criatura tiene lados, así como ángulos, o de eso que usted llama “puntos terminales”?

ESFERA: Por supuesto; y todo según la analogía. Mas, en realidad, no lo que *usted* llama lados, sino lo que *nosotros* llamamos lados. Usted los llamaría *sólidos*.

YO: ¿Y cuántos sólidos o lados le pertenecerían a ese ser a quien yo generaría con el movimiento de mi interior en esa dirección “hacia arriba”, y que usted llamaría un “cubo”?

ESFERA: ¿Cómo puede preguntarlo? ¡Y es usted un matemático! El lado de cualquier cosa está siempre, si puedo decirlo así, una dimensión por detrás de esa cosa. En consecuencia, como no hay ninguna dimensión por detrás de un punto, un

punto tiene 0 lados; una línea, si es que puedo expresarlo así, tiene 2 lados (pues los puntos de la línea pueden llamarse por cortesía sus lados); un cuadrado tiene 4 lados; 0, 2, 4; ¿cómo se llama esa progresión?

YO: Aritmética.

ESFERA: ¿Y cuál es el número siguiente?

YO: Seis.

ESFERA: Exactamente. Entonces, vea usted mismo que ha respondido su propia pregunta. El cubo que generará estará limitado por seis lados. Eso significa, seis de esas “entrañas”. Ahora ya lo ve todo claro, ¿no?

“¡Monstruo!” Le grité, “sea contorsionista, encantador, sueño o demonio, no soportaré más sus farsas. Ya sea usted o yo: uno de los dos perecerá.” Y, diciendo estas palabras, me precipité sobre él.

SECCIÓN 17
DE CÓMO LA ESFERA, DESPUÉS DE
INTENTARLO EN VANO CON PALABRAS,
RECURRIÓ A LOS HECHOS

Fue en vano. Intenté hundirle mi ángulo derecho, el más duro, en una violenta colisión, con la presión y fuerza necesaria para haber destruido cualquier círculo ordinario: pero pude sentirlo, se resbalaba lenta e indeteniblemente de mi contacto; no avanzaba ni hacia la derecha ni hacia la izquierda, sino que se movía como de alguna manera hacia afuera del mundo, y esfumándose en la nada. Pronto quedó un espacio vacío. Pero seguía oyendo la voz del intruso.

ESFERA: ¿Por qué se niega a escuchar a la razón? Yo guardaba la esperanza de hallar en usted (al ser hombre de juicio y consumado matemático) un apóstol adecuado para el Evangelio de las tres dimensiones, que solo se me permite predicar una vez cada mil años: pero ahora, ya no sé cómo convencerlo... Espere un momento, ya lo tengo. Los hechos, y no las palabras, son los que proclamarán la verdad. Escuche, amigo mío.

Le he comentado que puedo ver desde mi posición en el espacio el interior de todas las cosas que usted considera cerradas. Por ejemplo, veo por allá en aquel escaparate al lado suyo, varias de esas cosas que ustedes llaman cajas (aunque, como cualquier otra cosa de Planolandia, no tienen tapa ni fondo) llenas de dinero. Y veo también dos tablillas de cuentas. En este momento, voy descender dentro de ese estante para traerle una de esas tablillas. Vi que lo había cerrado hace media hora, y sé que usted tiene la llave en su poder. Pero yo vengo del espacio; las puertas, verás, se mantienen inmóviles. Ahora estoy en el escaparate y estoy agarrando la tablilla. Ya la tengo. Ahora asciendo con ella.

Corrí hacia el clóset y abrí la bendita puerta. Una de las tablillas había desaparecido. Con risa burlona, el desconocido apareció en el rincón opuesto de la habitación, y la tablilla apareció en el suelo al mismo tiempo. La agarré. No había duda alguna... era la que faltaba.

Gemí, lleno de horror, me invadía la duda de si no habría perdido el juicio, pero el extraño continuó diciendo: “De seguro podrá haber visto que mi explicación, y ninguna otra, se corresponde con los fenómenos. Eso que usted llama cosas sólidas son, en realidad, superficiales; lo que llama espacio no es, en realidad, sino un gran plano. Yo estoy en el espacio, y miro desde arriba lo que hay dentro de las cosas, mientras ustedes solamente ven lo externo. Usted en verdad pudiese dejar ese plano por su propia cuenta, si juntara la voluntad necesaria. Un leve movimiento hacia arriba o hacia abajo le permitiría ver todo lo que puedo yo ver.

“Cuanto más arriba subo, y más lejos estoy de su plano, es cuando más puedo ver, aunque por supuesto lo veo a una escala más pequeña. Por ejemplo, estoy ascendiendo; ahora puedo ver a su vecino el hexágono y a su familia en sus diferentes habitaciones; ahora veo, a diez puertas por allá, el interior del teatro: está saliendo la audiencia en este momento; y, al otro lado, un círculo en su estudio, sentado delante de sus libros. Ahora vuelvo con usted. Y, para coronar mi demostración, ¿le parecería bien si le toco, solo un toque mínimo, en el estómago? No le causará ningún daño grave y el ligero dolor que pudiese sentir no se compara con el beneficio intelectual que recibirá.”

Antes de que pudiese pronunciar una palabra de protesta, sentí un dolor como un disparo en mi interior, y una risa demoníaca parecía salir desde adentro de mí. Un momento después había cesado la intensa agonía, solamente dejaba tras sí un dolor apagado, y el desconocido empezó a reaparecer, diciendo, a medida que aumentaba de tamaño: “Allí lo tiene, ¿no le he hecho mucho daño, o sí? Si ahora no está convencido, no sé qué más le convencerá. ¿Qué dice entonces?”

Esto acabó con ánimo resolutivo. Parecía intolerable que tuviese ahora que sobrellevar esta existencia víctima de las visitas arbitrarias de un mago a quien le encantaba hacer aquellos trucos con mi propio estómago. ¡Si pudiese al menos sujetarlo contra la pared hasta que llegase ayuda!

Lancé de nuevo mi ángulo más duro contra él, alarmando al mismo tiempo a toda la casa con mis gritos pidiendo ayuda. Creo que al momento de mi asalto, el extraño se había hundido debajo de nuestro plano, y le resultaba bastante difícil elevarse. En cualquier caso, se mantuvo inmóvil, mientras yo oía

(bueno, eso creí en aquel momento) el ruido de la ayuda que se acercaba, me apreté contra él con vigor redoblado, y continué gritando, pidiendo auxilio.

Un temblor convulsivo recorrió a la esfera. “Esto no puede ser”, creí oír que decía, “o escucha a la razón, o debo acudir al último recurso de la civilización”. Luego, dirigiéndose a mí en un tono de voz más alto, exclamó atropelladamente: “Escuche: ninguna otra persona puede ser testigo de lo que usted ha presenciado. Dígale a su esposa que se regrese inmediatamente antes de que entre en la habitación. El Evangelio de las tres dimensiones no debe ser frustrado de esta manera. Ni deben desperdiciarse así los frutos de mil años de espera. La oigo venir: ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Apártese de mí o vendrá conmigo, a dónde usted no tiene ni idea: a la Tierra de las tres dimensiones!”

“¡Bufón! ¡Demente! ¡Irregular!” Exclamé yo; “Jamás lo soltaré; deberá pagar el castigo que le corresponde por sus imposturas.”

“¡Ajá! ¡Conque esas tenemos!” Atronó el desconocido: “Entonces se encontrará con su destino: fuera de su plano irá. ¡A la una, a las dos y a las tres! ¡Está hecho!”

SECCIÓN 18

CÓMO FUI A ESPACIOLANDIA Y LO QUE VI ALLÁ

Un horror indescriptible se apoderó de mí. Hubo una obscuridad; luego un mareo, me sentí como enfermo por ver una vista que era como muy distinta al acto de mirar; vi una línea que no era ninguna línea; un espacio que no era espacio: yo mismo no era yo. Cuando al fin pude recuperar mi voz, chillé en aguda agonía: “Esto es la locura o es el infierno.” “No es ninguna de las dos cosas”, contestó calmadamente la voz de la esfera, “esto es el conocimiento; son las tres dimensiones: abra su ojo de nuevo e intente mirar detenidamente.”

¡Miré y contemplé un nuevo mundo! Todo estaba allí frente a mí, todo incluido en mi vista, todo aquello que antes había inferido, conjeturado, soñado, tenía una perfecta belleza circular. Lo que parecía el centro de la forma del extraño yacía abierto ante mi vista: sin embargo, no podía ver ningún corazón, ni pulmones ni arterias, solo un bello y armonioso Algo... para lo cual no tenía palabras; pero ustedes, mis lectores de Espaciolandia, lo llamarían la superficie de la esfera.

Me postré mentalmente ante mi guía, exclamé: “¿Cómo es posible, oh ideal divino de sabiduría y belleza consumadas, que pueda ver su interior y no pueda discernir, sin embargo, su corazón, sus pulmones, sus arterias, su hígado?” “Lo que usted cree ver, no lo ve,” contestó él; “ni usted ni ningún otro ser puede ver mis partes internas. Yo soy de un orden de seres distinto de los de Planolandia. Si fuese un círculo, podría contemplar mis intestinos, pero soy un ser compuesto, como le dije antes, de muchos círculos, *los muchos en el uno*, lo que se llama en este país una esfera. Y, así como el exterior de un cubo es un cuadrado, el exterior de una esfera presenta la apariencia de un círculo.”

Estaba desconcertado por la enigmática declaración de mi maestro, ya no me apretaba contra él, sino que estaba postrado ante él en adoración silenciosa. Continuó hablando, con una mayor dulzura en la voz: “No se preocupe si no puede entender al principio los misterios más profundos de Espaciolandia. Se le irán iluminando gradualmente. Empecemos por tratar de recordar la región de donde viene, echémosle un vistazo. Regrese conmigo un rato a las llanuras de Planolandia, y le enseñaré aquello sobre lo que ha razonado y pensado muchas veces, pero nunca ha apreciado con el sentido de la vista: un ángulo visible.” “¡Imposible!” Exclamé. Pero la esfera dirigió la marcha y yo la seguí como en un sueño, hasta que su voz me detuvo una vez más: “Mire por allá, y contemple su propia casa pentagonal, y a todos sus residentes.

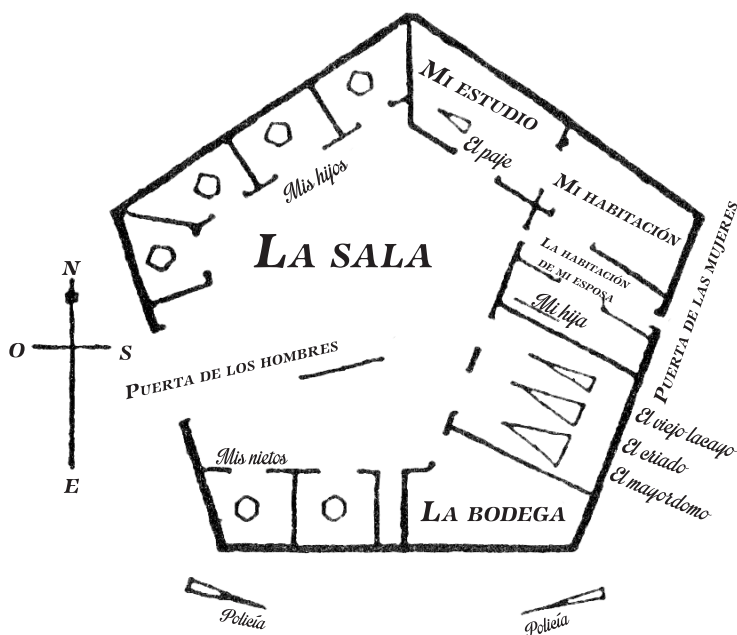
Miré hacia abajo y vi con mi ojo físico toda aquella individualidad doméstica que hasta entonces solo había inferido con el entendimiento. ¡Cuán pobre y sombría era la conjetura

inferida en comparación con la realidad que estaba contemplando! Mis cuatro hijos dormidos plácidamente en las habitaciones noroccidentales, mis dos nietos huérfanos en el sur; los lacayos, el mayordomo, mi hija, todos en sus varios aposentos. Solamente mi afectuosa esposa, alarmada por mi ausencia prolongada, había abandonado su habitación y deambulaba arriba y abajo por la sala, esperando con ansiedad mi regreso. También el paje se había despertado por mis gritos, abandonó su habitación y, con el pretexto de verificar si me había caído en algún sitio por un desmayo, estaba fisqueando en el gabinete de mi estudio. Todo esto lo podía ver ahora, no meramente inferirlo; y, a medida que me acercaba más, pude ver discernir hasta el contenido de mi gabinete y los dos baúles de oro y las tabletas que la esfera había mencionado.

Conmovido por la aflicción de mi esposa, habría bajado de un salto a tranquilizarla, pero me encontré con que no podía moverme. “No se preocupe por su esposa,” dijo mi guía, “pronto se le pasará; entre tanto, hagamos una inspección de Planolandia.”

Una vez más sentí que me elevaba por el espacio. Era como había dicho la esfera. Mientras más alejados estábamos del objeto que contemplábamos, mayor se hacía el campo de visión. Mi ciudad natal, con el interior de cada casa y cada criatura dentro de ellas, yacían abiertos a mi vista, en miniatura. Nos remontamos más alto y, ¡mirad!, quedaron expuestos ante mí los secretos de la tierra, las profundidades de las minas y las cavernas más recónditas de las montañas.

Alucinado con la visión de los misterios de la tierra, desvelados así ante mi ojo indigno, dije a mi compañero: “Míreme



ahora, me he vuelto un dios. Pues los sabios de nuestro país dicen que ver todas las cosas, o como dicen ellos, la *omnividencia*, es un atributo reservado a Dios.” Había un leve tono desdeñoso en la voz de mi maestro cuando me respondió: “¿De veras? Entonces hasta los carteristas y asesinos de mi país deberían ser adorados como dioses por esos sabios suyos, porque no hay ni uno solo de ellos que no vea tal como usted ve ahora. Créame cuando le digo que sus sabios están equivocados.”

Yo: ¿Entonces la *omnividencia* es un atributo de otros además de los dioses?

ESFERA: No lo sé. Pero si un carterista o un asesino de nuestro país puede ver todo lo que hay en el suyo, seguramente

no hay razón alguna por la cual un carterista o un asesino no deba ser aceptado por ustedes como un dios. Esta “omnividencia”, como la llaman (no es una palabra corriente en Espaciolandia), ¿acaso los hace más justos, más misericordiosos, menos egoístas, más amorosos? En absoluto. Por tanto, ¿cómo hace más divino a alguien?

Yo: “¡Más misericordiosos, más afectuosos!” ¡Pero si esas son cualidades de mujeres! Y nosotros sabemos que un círculo es un ser más elevado que una línea recta, en la medida en que el conocimiento y la sabiduría son más dignos de ser estimados que el mero afecto.

ESFERA: No me corresponde a mí clasificar las facultades humanas según el mérito. Aunque muchos de los mejores y más sabios de Espaciolandia consideran mejor los afectos que el entendimiento, es decir, más a sus maltratadas líneas rectas que a sus alabados círculos. Pero, bueno, suficiente de eso. Mire allá. ¿Conoce ese edificio?

Miré y vi a la distancia una inmensa estructura poligonal, en la cual reconocí el salón de la Asamblea General de los Estados de Planolandia, rodeada por densas hileras de edificaciones pentagonales alineadas en ángulos rectos entre sí, yo sabía que esas eran las calles; y me percaté de que estaba acercándome a la gran metrópolis.

“Aquí descendemos,” dijo mi guía. Ya de día, la primera hora del primer día del año dos mil de nuestra era. Actuaban según su costumbre, rigurosamente de acuerdo con los precedentes, los círculos más elevados del reino estaban reunidos en cónclave solemne, tal como se habían reunido en la primera

hora del primer día del año 1000, y también en la primera hora del primer día del año 0.

Uno allí, a quien reconocí inmediatamente como mi hermano (que era un cuadrado perfectamente simétrico y secretario oficial del Consejo Supremo) estaba leyendo las minutas de las reuniones anteriores. Se había registrado en cada ocasión: “Considerando que los Estados habían sido atribulados por diversas personas querellosas y mal intencionadas, quienes pretendían haber recibido revelaciones de otro mundo, y profesaban realizar demostraciones con las cuales habían arrastrado al frenesí a otros y a sí mismos, el Gran Consejo había resuelto por unanimidad que el primer día de cada milenio se enviasen órdenes a los prefectos de los diferentes distritos de Planolandia, para hacer una búsqueda estricta de esas personas desviadas y, sin la formalidad del examen matemático, destruirlas a todas cuando fuesen isósceles de cualquier grado; o azotarlas y meterlas en la cárcel, en el caso de los triángulos regulares; en el caso de los cuadrados y pentágonos, que se les enviara al manicomio del distrito; por último, arrestar a cualquiera que fuera de rango superior, y enviarlo directamente a la capital para que el Consejo le examinara y le juzgara.”

“Ya conoces tu destino.” Me dijo la esfera, mientras el Consejo se disponía a aprobar por tercera vez la resolución oficial. “Muerte o prisión le espera al apóstol del Evangelio de la tercera dimensión.” “Nada de eso,” repliqué, “el asunto está ahora tan claro para mí, la naturaleza del espacio real es tan palpable, que bien pareceme podría hacérselo entender hasta a un niño. Permítame descender en este preciso instante

e iluminarlos.” “Todavía no,” dijo mi guía, “ya llegará el momento para eso. Mientras tanto, debo cumplir mi misión. Quédese usted justo donde está.” Y, al decir estas palabras, saltó con gran destreza al mar (si puedo llamarlo así) de Planolandia, en medio del anillo que formaban los consejeros. “Vengo a proclamar,” gritó, “que hay un país de tres dimensiones.”

Pude ver cómo muchos de los consejeros más jóvenes retrocedían con manifiesto horror, cuando la sección circular de la esfera se ensanchaba ante ellos. Pero, a una señal del círculo que presidía (quien no mostró la más leve alarma o sorpresa), seis isósceles de tipo inferior se abalanzaron desde seis partes distintas sobre la esfera. “¡Lo tenemos!” Gritaron. “No; sí. ¡Aún lo tenemos! ¡Se va! ¡Se va!”

“Mis estimados lores,” dijo el presidente a los jóvenes círculos del Consejo, “no hay necesidad de sorprenderse tanto; los archivos secretos, a los que solo yo tengo acceso, me dicen que ya han ocurrido situaciones similares en los dos últimos comienzos de milenio. Ustedes, por supuesto, no deben decir nada de estas nimiedades fuera del gabinete.”

A continuación, elevando la voz, llamó a los guardias. “Arresten a los policías; amordácenlos. Ya saben cuál es su deber.” Después que hubo encomendado a su destino a los desgraciados policías (malhadados e involuntarios testigos de un secreto de Estado que no les estaba permitido revelar), se dirigió de nuevo a los consejeros. “Mis lores, ha concluido la tarea de este consejo, solo me resta desearles un feliz año nuevo.” Antes de partir, le comunicó, a cierta distancia, al secretario oficial (mi excelente pero infortunadísimo hermano) que lamentaba

sinceramente que, de acuerdo con los precedentes y por el bien del secreto, tuviese que condenarlo a cadena perpetua, aunque añadió su satisfacción porque se le permitiría vivir, salvo que hiciese alguna mención del incidente de aquel día.

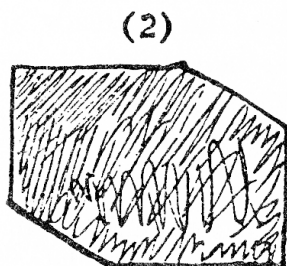
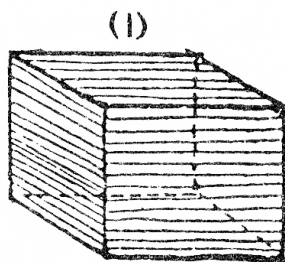
SECCIÓN 19

CÓMO, A PESAR DE QUE LA ESFERA
ME MOSTRÓ OTROS MISTERIOS DE
ESPACIOLANDIA, YO DESEABA CONOCER
MÁS; Y LO QUE RESULTÓ DE ELLO

Cuando vi que mi pobre hermano era llevado a la prisión, intenté bajar de un salto a la Cámara del Consejo, deseaba interceder en su defensa, o al menos poder despedirme de él. Pero descubrí que no tenía movimiento propio. Dependía absolutamente de la volición de mi guía, quien dijo en tono pesimista: “No preste atención a lo de su hermano; tal vez tenga usted en lo sucesivo tiempo de sobra para darle sus condolencias. Sígame”.

Ascendimos al espacio una vez más. “Hasta ahora,” dijo la esfera, “no le he mostrado nada más que figuras planas y sus partes interiores. Ahora debo presentarle los sólidos y revelarle el plan sobre el cual están contruidos. Contemple esta multitud de tarjetas cuadradas móviles. Mire cómo las pongo una encima de otra, mas no como usted supone (una al norte de la otra) sino una *sobre* otra. Ahora una segunda, ahora una

tercera. Vea, estoy construyendo un sólido con una multitud de cuadrados paralelos entre sí. Ahora el sólido está completo, es tanto alto como largo y ancho, y nosotros lo llamamos un *cubo*.”



“Perdóneme, mi lord,” repliqué, “pero ante mi ojo la apariencia es como la de una figura irregular cuyo interior se halla expuesto a la vista; en otras palabras, yo creo que veo no un sólido, sino un plano tal como nosotros inferimos en Planolandia; sin embargo, tiene una irregularidad correspondiente a la de un monstruoso criminal, por tanto, el solo mirarlo resulta doloroso a mis ojos.

“Verdad,” dijo la esfera, “a usted le parece un plano, porque no está acostumbrado a la luz, la sombra y la perspectiva; así como en Planolandia un hexágono podría parecer una línea recta a alguien que no dominase el arte del Reconocimiento por la vista. Pero en realidad es un sólido, como descubrirá por el acto de tocar.

Entonces me presentó al cubo y constaté que aquel ser maravilloso en efecto no era ningún plano, sino un sólido; y que estaba dotado de seis lados planos y ocho puntos terminales

llamados ángulos sólidos; y recordé lo que había dicho la esfera, que aquella criatura estaba formada por un cuadrado en movimiento, en el espacio, paralelo a sí mismo: y sentí un regocijo al pensar que una criatura tan insignificante como yo pudiese considerarse en cierto modo el progenitor de tan ilustre vástago.

Pero todavía no entendía completamente el significado de lo que me había dicho mi maestro sobre “luz” y “sombra” y “perspectiva”; y no dudé en plantearle mis dificultades.

Si escribiese la explicación de la esfera sobre estas cuestiones, a pesar de que fue sucinta y clara, resultaría tediosa para un habitante del espacio: un ser ya versado en esas cosas. Baste con decir que, gracias a sus lúcidas aclaraciones, y por cambiar la posición de objetos y luces, además de permitirme tocar varios objetos e incluso su propia sagrada persona, finalmente, me aclaró todas las cosas, de manera que pude ya distinguir sin inconvenientes entre un círculo y una esfera, una figura plana y un sólido.

Este fue el clímax, el paraíso, de mi extraña y memorable historia. Después de eso he de relatar el cuento de mi miserable caída: ¡tristísima, pero inmerecidísima sin duda alguna! Pues pensemos: ¿por qué avivar la sed de conocimientos, solo para verse luego decepcionado y castigado? Mi voluntad se achica ante la dolorosa tarea de recordar mi humillación; pero resistiré estas y peores, como un segundo Prometeo, si puedo despertar por algún medio en el interior de la *humanidad plana y sólida* un espíritu de rebelión contra la arrogante idea que desea limitar nuestras dimensiones a dos o tres o cualquier otro número que recorte el infinito. ¡Fuera, entonces,

todas las consideraciones personales! Déjeme continuar hasta el final, como comencé, sin más digresiones ni anticipaciones, siguiendo el camino llano de la historia desapasionada. Dejaré por escrito los hechos exactos, las palabras exactas (están grabadas con fuego en mi cerebro), sin modificarlos ni un ápice; y dejaré que mis lectores juzguen entre el destino y yo.

La esfera habría continuado voluntariosamente sus lecciones, hubiese seguido adoctrinándome sobre la configuración de todos los sólidos regulares: cilindros, conos, pirámides, pentaedros, hexaedros, dodecaedros y esferas; pero me aventuré a interrumpirle. No porque estuviese saturado de conocimientos. Todo lo contrario, estaba sediento de beber tragos más grandes y profundos de lo que él me ofrecía.

“Perdóneme,” dije, “oh, usted a quien no debo ya dirigirme como la perfección de toda belleza; pero permítame que le ruegue, por favor, conceda a este siervo suyo una visión de su interior”.

ESFERA: ¿Mi qué?

YO: Su interior: su estómago, sus intestinos.

ESFERA: ¿De dónde viene esa petición inoportuna e impertinente? ¿Y qué quiere decir con lo de que no soy ya la perfección de toda belleza?

YO: Mi lord, su propia sabiduría me ha enseñado a aspirar a “Uno más grande aún”, más bello, y más cercano a la perfección que usted mismo. Tal como usted, superior a todas las formas de Planolandia, combina muchos círculos en uno, sin duda debe haber *uno por encima de usted* que combine muchas esferas en una *existencia suprema*, que sobrepase incluso a los sólidos de Espaciolandia. E igual que nosotros, que estamos ahora en el espacio, miramos abajo a Planolandia y vemos las

entrañas de todas las cosas, también es digno de toda certeza asumir que hay por encima de nosotros una región más alta y más pura, a donde sin duda usted se propone conducirme... ¡Oh, usted a quien siempre he de llamar, en todo lugar y en todas dimensiones, mi sacerdote, filósofo y amigo! Algún espacio aún más espacioso, alguna *dimensionalidad* aún más *dimensionable*, desde cuyo ventajoso nivel miraremos juntos hacia abajo y contemplaremos las entrañas expuestas de las cosas sólidas, y donde sus propios intestinos y los de las esferas emparentadas con usted yacerán visibles para un pobre exiliado errante de Planolandia, a quien tanto le ha sido otorgado ya.

ESFERA: ¡Bah! ¡Qué cosa tan absurda! ¡Suficiente ya de esas cosas insignificantes! ¡El tiempo apremia, y queda mucho por hacer antes de que quede usted en condiciones de proclamar el Evangelio de las tres dimensiones a sus ciegos e ignorantes compatriotas de Planolandia!

YO: No, mi agraciado maestro, no me niegue lo que sé que está en su poder de hacer. Otórgueme aunque sea una ojeada de su interior, y quedaré por siempre satisfecho, seré en adelante su más dócil pupilo, su esclavo inemancipable, presto a recibir todas sus enseñanzas y a nutrirme de las palabras que caigan de sus labios.

ESFERA: Bueno, entonces, para contentarlo y silenciarlo, déjeme decirle de una vez que si pudiese le mostraría lo que desea, pero no puedo. ¿Acaso quiere que me saque el estómago y lo ponga de revés por complacerlo?

YO: Pero mi lord, me ha mostrado los intestinos de todos mis compatriotas en la tierra de las dos dimensiones al llevarme junto a usted al país de las tres. ¿Entonces qué podría ser más

fácil que llevar ahora a su siervo en un segundo viaje a la región bendita de la cuarta dimensión, donde miraré hacia abajo con usted al país de las tres dimensiones y veré el interior de todas las casas tridimensionales, los secretos de la tierra sólida, los tesoros de las minas de Espaciolandia y los intestinos de todas las criaturas sólidas vivientes, incluso de las adorables y nobles esferas?

ESFERA: ¿Pero dónde está el país de las cuatro dimensiones?

YO: Yo no lo sé; pero sin duda mi maestro lo sabe.

ESFERA: No lo sé. No existe tal país. La idea misma de él es totalmente inconcebible.

YO: No es inconcebible para mí, mi lord, y por tanto aún menos inconcebible para mi maestro. No, no pierdo la esperanza de que incluso aquí, en esta región de tres dimensiones, el arte de su señoría pueda hacer visible para mí la cuarta dimensión; justamente como en el país de las dos dimensiones la habilidad de mi maestro abrió de buen grado los ojos de su ciego servidor a la presencia invisible de una tercera dimensión, que yo no veía.

Permítame recordar el pasado. ¿No se me enseñó abajo que cuando veía una línea e infería un plano, veía en realidad una tercera dimensión no identificada, no la que identifico como brillantez, llamada “altura”? ¿Y no se sigue de ello ahora que, en esta región, cuando veo un plano y deduzco un sólido, veo en realidad una cuarta dimensión no reconocida, no la misma que el color, sino existente, aunque infinitesimal e imposible de medir?

Y además, está el argumento de la analogía de las figuras.

ESFERA: ¡Analogía! Tontería. ¿Qué analogía?

YO: Su señoría está tentando a este servidor para ver si recuerda las revelaciones que le impartió. No juegue así conmigo, mi lord; tengo ansias, estoy sediento de más conocimientos. Sin duda no podemos *ver* esa otra Espaciolandia más elevada ahora, porque no tenemos ningún ojo en nuestros estómagos. Pero, lo mismo que *había* un reino de Planolandia, aunque aquel pobre y diminuto monarca de Linealandia no podía girarse a la derecha ni a la izquierda para comprobarlo, lo mismo pasaba con que *había* al alcance de la mano, y rozando mi estructura, una tierra de tres dimensiones, aunque yo, desdichado ciego insensato, no tenía la capacidad para tocarla, ni un ojo en mi interior para percibirla, asimismo es también indudable que hay una cuarta dimensión, seguro mi lord la percibe con el ojo interior del pensamiento. Y su existencia es algo que usted mismo, mi señor, me ha enseñado. ¿O puede haber olvidado lo que impartió a este servidor?

¿En *una* dimensión, no producía un punto en movimiento una línea con *dos* puntos terminales?

¿En *dos* dimensiones, no producía una línea en movimiento un cuadrado con *cuatro* puntos terminales?

¿En *tres* dimensiones, no producía un cuadrado en movimiento (acaso no lo contempló este ojo mío) a ese bendito ser, un cubo, con *ocho* puntos terminales?

¿Y no producirá, en *cuatro* dimensiones, un cubo en movimiento (¡ay, qué sería de la analogía y del progreso de la verdad si no fuese así!), acaso no producirá, repito, el movimiento de un cubo divino una organización aún más divina con dieciséis puntos terminales?

Contemplemos la infalible confirmación de la serie: 2, 4, 8, 16. ¿No es esto una progresión geométrica? ¿No está esto, si se me permite citar las palabras de mi lord, “estrictamente de acuerdo con la analogía”?

Vuelvo a decirlo, ¿no me enseñó mi lord que en una línea hay *dos* puntos delimitadores, y en un cuadrado hay *cuatro* líneas delimitadoras, y entonces en un cubo ha de haber *seis* cuadrados delimitadores? Véase una vez más la serie confirmadora, 2, 4, 6: ¿no es esto una progresión aritmética? Y en consecuencia, ¿no se sigue necesariamente de ello que el retoño aún más divino del divino cubo debe tener en el país de las cuatro dimensiones 8 cubos delimitadores: no está esto también, como usted, señor mío, me ha enseñado a creer, “rigurosamente de acuerdo con la analogía”?

Oh, mi lord, mi lord, vea, me arrojo con fe a la conjetura, sin conocer los hechos; y apelo a su señoría para que confirme o niegue mis anticipaciones lógicas. Si estoy errado, abandonaré mi pretensión, no pediré más una cuarta dimensión; pero, si estoy en lo cierto, mi lord atenderá a razones.

Pregunto, por tanto, ¿es o no es un hecho que antes de ahora sus compatriotas han sido testigos también del descenso de seres de un orden superior al suyo, que entraron en habitaciones cerradas, tal como su señoría en la mía, sin necesidad de abrir puertas ni ventanas, apareciendo y desapareciendo a voluntad? Apuesto todo a la respuesta de esta pregunta. Niegue el hecho, y guardaré silencio desde ese momento. Solo concédame una respuesta.

ESFERA: (*tras una pausa*). Se dice que sí. Pero hay división de opiniones entre los hombres en cuanto a los hechos. E incluso

admitiendo los hechos, los explican de diferentes maneras. Y, en cualquier caso, independientemente de lo grande que pueda ser el número de explicaciones diferentes, nadie ha adoptado o sugerido la teoría de una cuarta dimensión. Por tanto, le ruego que termine para siempre con esta nimiedad, y que volvamos a nuestro asunto.

yo: Yo estaba seguro de ello. Estaba seguro de que mis conjeturas se cumplirían. Y ahora tenga paciencia conmigo y respóndame otra pregunta más, ¡oh, el mejor de los maestros! Esos quienes así han aparecido (nadie sabe de dónde han venido) y han regresado (nadie sabe adónde) ¿quizás han contraído también ellos sus secciones y se han desvanecido de algún modo en ese espacio más espacioso, a donde yo suplico ahora que me conduzca?

ESFERA: (*de mala gana*) Se han desvanecido, ciertamente... si es que aparecieron alguna vez. Pero la mayoría de la gente dice que esas revelaciones surgieron del pensamiento... usted no me entenderá... del cerebro; de la angularidad perturbada del vidente.

yo: ¿Eso dicen? Oh, no les creo. O si en efecto fuese así, que ese otro espacio fuese Pensamientolandia, lléveme entonces a esa bendita región donde pueda ver con el pensamiento las entrañas de todas las cosas sólidas. Allá, ante mi ojo extasiado, un cubo, moviéndose en una dirección completamente nueva, pero rigurosamente siguiendo la analogía, de manera que haga que cada partícula de su interior pase a través de un nuevo género de espacio, con una estela propia, creará una perfección aún más perfecta que él mismo, con dieciséis ángulos *extra-sólidos* terminales, y ocho cubos sólidos por perímetro. Y una

vez allí, ¿interrumpiremos nuestro curso ascendente? En esa bendita región de cuatro dimensiones, ¿acaso nos detendremos en el umbral de la quinta y no entraremos en ella? ¡Ah, no! Determinemos más bien que nuestra ambición se dispare con nuestra ascensión corporal. Luego, seamos complacientes con nuestro ataque intelectual, las puertas de la sexta dimensión aparecerán abiertas; después las de la séptima y luego las de la octava...

No sé cuánto habría continuado... En vano reiteró la esfera, con su voz de trueno, su orden de silencio y me amenazó con los castigos más terribles si yo persistía. Nada podía contener la inundación de mis aspiraciones en medio del éxtasis. Quizás tenía yo la culpa; pero el hecho es que estaba intoxicado por los recientes tragos de la verdad que él mismo me había proporcionado. Sin embargo, el final no tardó en llegar. Interrumpió mis palabras un ruido violento que sonó fuera y un choque simultáneo dentro de mí, el cual me impelió a través del espacio con una velocidad que me impedía hablar. ¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo! Estaba descendiendo rápidamente y sabía que el regreso a Planolandia era mi condena. Capté un último destello, un último atisbo inolvidable de aquella planicie aburrida que iba ya a convertirse otra vez en mi universo. Luego hubo obscuridad. Después un trueno final, señal de que todo se había consumado; y, cuando volví en mí, era de nuevo un cuadrado común e insidioso, en el estudio de mi casa. Oía el grito de paz de mi esposa que se aproximaba.

SECCIÓN 20

DE CÓMO ME ALENTÓ LA ESFERA EN UNA VISIÓN

Aunque tenía menos de un minuto para reflexionar, sentí, por una especie de instinto, que debía ocultarle esas experiencias a mi esposa. No es que captase, en el momento, el peligro de que ella divulgase mi secreto, más bien sabía que para cualquier mujer de Planolandia la narración de mis aventuras tenía que resultar inevitablemente ininteligible. Así, procuré apaciguarla con algún cuento inventado para la ocasión: me había caído por la trampa del sótano, y había permanecido allí desmayado.

La atracción hacia el sur es tan suave en nuestro país que mi relato (incluso para una mujer) parecía inevitablemente extraordinario y casi imposible; pero mi esposa, cuyo buen sentido excede el promedio de las de su sexo, y como percibió que yo estaba excepcionalmente nervioso, no discutí conmigo sobre el tema; insistió, sin embargo, en que estaba enfermo y necesitaba reposo. Me alegró tener una excusa para retirarme a mi cuarto y pensar tranquilamente sobre lo que me había pasado.

Cuando estuve solo al fin, una sensación de somnolencia cayó sobre mí; pero antes de que mis ojos se cerraran, me esforcé por reproducir la tercera dimensión, y especialmente el proceso mediante el cual se construye un cubo por el movimiento de un cuadrado. No estaba tan claro como yo habría querido, pero recordé que debía ser “hacia arriba, mas no hacia el norte,” y decidí firmemente retener esas palabras como la clave que, si me sujetaba con firmeza a ella, no fallaría en guiarme hasta la solución. Así que, repitiendo mecánicamente, como un encantamiento las palabras “hacia arriba, mas no hacia el norte”, caí en un profundo sueño reparador.

Durante la duermevela tuve un sueño. Creí estar una vez más al lado de la esfera, cuya lustrosa tez indicaba que había trocado su cólera contra mí por una placidez perfecta. Nos movíamos juntos hacia un punto brillante pero infinitesimalmente pequeño, hacia el cual mi maestro dirigió mi atención. A medida que nos aproximábamos, parecióme que salía de él un leve zumbido tarareante, como el de una de esas moscas azules de Espaciolandia, pero mucho menos resonante, ciertamente tan leve que incluso en el perfecto silencio del vacío a través del cual planeábamos, el sonido no llegaba a nuestros oídos hasta que detuvimos nuestro vuelo a una distancia de él de algo menos de veinte diagonales humanas.

“Mire allí,” dijo mi guía, “en Planolandia usted ha vivido; de Linealandia ha recibido una visión; se ha remontado conmigo hasta las alturas de Espaciolandia; ahora, con la finalidad de que complete el rango de su experiencia, lo conduzco hacia abajo, hasta las profundidades más hondas de la existencia, hasta el reino de Puntolandia, el abismo sin dimensiones.

”Contemple allí esa mísera criatura. Ese punto es un ser como nosotros, pero confinado al abismo no dimensional. Él mismo es su propio mundo, su propio universo; no puede formarse ninguna concepción de nadie más que de sí mismo; no conoce la longitud ni la anchura ni la altura, porque no ha tenido ninguna experiencia de ellas; no tiene conciencia alguna ni siquiera del número dos; tampoco tiene idea de pluralidad; pues él mismo es en sí mismo su Uno y su Todo, y en realidad es Nada. Pero note usted su autocomplacencia perfecta, y aprenda de ello esta lección, que estar satisfecho de sí mismo es ser vil e ignorante, y que aspirar a más es mejor que ser ciega e impotentemente feliz. Ahora escuche.”

Detuvo su discurso; y entonces se elevó de la pequeña criatura zumbante un tintineo minúsculo, bajo y monótono, pero claro, como de uno de los fonógrafos suyos de Espaciolandia, y pude captar estas palabras: “¡Infinita beatitud de la existencia! Ello es, y no hay más nada que ello.”

“¿Qué?” Dije yo. “¿Qué quiere decir la raquítica criatura con ‘ello’?” “Se refiere a sí mismo,” dijo la esfera: “¿no ha notado alguna vez en que los niños pequeños y la gente inmadura, quienes no son capaces de diferenciarse del mundo, hablan de sí mismos en tercera persona? ¡Pero guardemos silencio!”

“Ello llena todo el espacio,” continuó la pequeña y monológante criatura, “y lo que Ello llena, eso es. Lo que Ello piensa, eso se dice; y lo que dice, eso se oye; Ello mismo es pensador, dicente, oyente, pensamiento, palabra, audición; Ello es el Uno, y sin embargo el Todo en el Todo. ¡Ah, la felicidad; ah, la felicidad de Ser!”

“¿No puede usted sacar a esa cosita de su autocomplacencia?” Dije yo. “Dígale lo que realmente es, como me lo dijo a mí; revélele los estrechos límites de Puntolandia y guíelo hacia algo más elevado.” “No es tarea fácil,” dijo mi maestro; “inténtelo usted.”

Al decir esto, elevé la voz al máximo, y me dirigí al punto del modo siguiente:

“Silencio, silencio, despreciable criatura. Usted afirma ser el Todo en el Todo, pero no es sino la nada; su autoproclamado universo es una simple mota en una línea, y una línea es una mera sombra comparada con...” “Cállese, ya ha dicho suficiente,” me interrumpió la esfera, “ahora escuche y observe el efecto de su arenga sobre el rey de Puntolandia.”

El lustre del monarca, que relumbró con más brillo que nunca al oír mis palabras, mostró claramente que mantuvo su complacencia; y apenas había acabado de hablar yo cuando retomó él su discurso: “¡Ah, el júbilo, ah, el gozo del pensamiento! ¡Qué no podrá lograr Ello con el pensamiento! ¡Su propio pensamiento llegando a sí mismo, sugiriendo su denigración, para realzar así su felicidad! ¡Dulce rebelión provocada para resultar en triunfo! ¡Ah, el divino poder creativo del Todo en Uno! ¡Ah, la alegría, la alegría del Ser!”

“Vea,” dijo mi maestro, “cuán poco han hecho sus palabras. En la medida en que el monarca las llega a entender, las acepta como propias, ya que no puede concebir las de nadie más sino las de sí mismo, y se emperifolla con la variedad de ‘su pensamiento’ como un ejemplo de poder creador. Dejemos a este dios de Puntolandia entregado a la fruición ignorante de su

omnipresencia y su omnisciencia: no hay nada que usted o yo podamos hacer para rescatarlo de su autosatisfacción.”

Tras esto, mientras flotábamos suavemente en nuestro viaje de regreso a Planolandia, pude oír la voz apacible de mi compañero indicando la moraleja de mi visión, y estimulándome a aspirar a más y a enseñar a otros a aspirar a más. Él se había indignado al principio, confesó, por mi ambición de remontarme hasta dimensiones superiores a la tercera; pero, desde entonces, había llegado a un nuevo entendimiento, y no era tan orgulloso como para no reconocer su error ante un pupilo. Entonces pasó a iniciarme en misterios aún más elevados que aquellos de los que ya había sido testigo, me mostró cómo construir *extrasólidos* por el movimiento de *sólidos*, y dobles *extrasólidos* por el movimiento de *extrasólidos*, y todo ello “estrictamente de acuerdo con la analogía”, todo por métodos tan simples, tan fáciles, como para resultar evidentes incluso para el sexo femenino.

SECCIÓN 21
CÓMO INTENTÉ ENSEÑAR LA TEORÍA DE
LAS TRES DIMENSIONES A MI NIETO,
Y CON CUÁNTO ÉXITO

Desperté regocijado, y empecé a reflexionar sobre la gloriosa carrera que tenía ante mí. Saldría de una vez, pensé, a evangelizar a toda Planolandia. Hasta a las mujeres y a los soldados se debía proclamar el Evangelio de las tres dimensiones. Por eso empezaría con mi esposa.

Precisamente cuando había decidido ese plan de operaciones, oí el rumor de muchas voces en la calle que ordenaban silencio. Luego siguió una voz más fuerte. Era la proclama de un heraldo. Escuché atentamente y reconocí las palabras de la Resolución del Consejo, instruyendo el arresto, encarcelamiento, o ejecución de cualquiera que pervirtiera las mentes del pueblo con engaños, y que profesara haber recibido revelaciones de otro mundo.

Reflexioné. Esto no era un peligro al cual no dar importancia. Sería mejor evitarlo omitiendo toda mención de mi *revelación*, más bien debía seguir el camino de la *demonstración* (el

cual, después de todo, parecía tan simple y tan concluyente que nada se perdería descartando los medios anteriores). “Hacia arriba, y no hacia el norte”, esa era la clave de toda la prueba. Me había parecido bastante clara antes de quedarme dormido; y cuando desperté, con el sueño aún fresco, había parecido tan evidente como la aritmética; pero ahora, por alguna razón, no parecía tan obvio. Aunque mi esposa entró en la habitación oportunamente en aquel momento, decidí, después de que hubiésemos intercambiado unas cuantas palabras de conversación común y corriente, no empezar con ella.

Mis hijos pentagonales eran hombres de carácter y posición, asimismo eran médicos de no poca reputación, pero no eran grandes en matemáticas, y, por eso, inadecuados para mi propósito. Pero se me ocurrió que un joven y dócil hexágono, hábil en matemáticas, sería el más adecuado pupilo. ¿Por qué no hacer mi primer experimento con mi precoz nietecito, cuyos comentarios casuales sobre el significado de $(7,62)^3$ habrían contado con la aprobación de la esfera? Discutir el asunto con él, un simple muchacho, sería completamente seguro; ya que él no sabía nada de la Proclamación del Consejo; mientras que no podía estar seguro de que mis hijos (tan grande era su patriotismo y el respeto a los círculos, que predominaba sobre el mero afecto ciego) no pudieran sentirse impulsados a entregarme al prefecto, si me encontraban defendiendo en serio la herejía sediciosa de la “tercera dimensión”.

Pero lo primero que tenía que hacer era satisfacer de alguna manera la curiosidad de mi esposa, quien deseaba saber, como es natural, algo de las razones por las cuales el círculo había deseado aquella entrevista misteriosa y cómo había penetrado en

la casa. Sin entrar en los detalles del reporte elaborado que le di (un recuento, me temo, no muy fiel a la verdad, como podrían desear mis lectores de Espaciolandia), debo contentarme con decir que logré finalmente persuadirla para que volviese tranquilamente a sus labores hogareñas, sin sacarme ninguna alusión al “mundo de las tres dimensiones”. Hecho esto, pedí inmediatamente que me enviaran a mi nieto; pues, a decir verdad, pensaba que todo lo que había visto y oído estaba escurriéndose de mí de alguna extraña manera, como la imagen de un sueño tentador, pero dibujado a medias, y deseaba ensayar mi habilidad para hacer un primer discípulo.

Cuando mi nieto entró en el cuarto, cerré la puerta cuidadosamente. Luego me senté a su lado, tomé nuestras tabletas matemáticas (o líneas, como las llamarían ustedes), y le dije que reanudaríamos la lección de ayer. Le enseñé una vez más cómo un punto cuando se mueve en una dimensión produce una línea, y cómo una línea recta al moverse en dos dimensiones produce un cuadrado. Después de esto, forzando una risa, dije: “Y ahora, tú, picarón, querías hacerme creer que un cuadrado pudiendo moverse ‘hacia arriba, y no hacia el norte’ produce otra figura, una especie de *extracuadrado* en tres dimensiones. Vamos, dilo otra vez, diablillo.”

En ese momento oímos una vez más el “¡Oh sí! ¡Oh sí!” del heraldo que pregonaba afuera en la calle la Resolución del Consejo. Aunque era joven, mi nieto (excepcionalmente inteligente para su edad y educado en la reverencia absoluta hacia la autoridad de los círculos) captó la situación con una agudeza para la cual yo no estaba nada preparado. Permaneció silente hasta que las últimas palabras de la Proclama se desvanecieron,

y entonces rompió en llanto: “Abuelito querido,” dijo, “era jugando, y por supuesto no quería decir nada de nada con eso; y no sabíamos nada entonces sobre la nueva ley, y no creo que dijese nada sobre la tercera dimensión; y estoy seguro de que no dije ni una palabra sobre ‘arriba, no al norte’, pues eso habría sido un disparate, tú lo sabes. ¿Cómo se podría mover una cosa hacia arriba y no hacia el norte? ¡Hacia arriba y no hacia el norte! Incluso si fuese un bebé, no podría decir una cosa tan absurda como esa. ¡Qué tontería! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!”

“No es ninguna tontería,” dije yo, perdiendo el control; “aquí tengo, por ejemplo, este cuadrado...” Agarré un cuadrado movable, que estaba allí a la mano. “... y lo muevo, mira, no hacia el norte sino... sí, lo muevo hacia arriba... es decir, no hacia el norte, sino que lo muevo hacia alguna parte... no exactamente así, pero de algún modo...” Aquí llevé mi frase a una conclusión estúpida, meneé el cuadrado de un modo que no tenía sentido, para gran diversión de mi nieto, que rompió a reír más fuerte que nunca, y declaró que yo no estaba enseñándole sino jugando con él; y tras decir eso, abrió la puerta y salió corriendo de la habitación. Así terminó mi primer intento de convertir a un pupilo al Evangelio de las tres dimensiones.

SECCIÓN 22
DE CÓMO INTENTÉ ENTONCES
DIFUNDIR LA TEORÍA DE LAS TRES
DIMENSIONES POR OTROS MEDIOS,
Y DEL RESULTADO QUE DIO

El fracaso con mi nieto no me alentó a comunicar mi secreto a los demás habitantes de mi casa; pero tampoco me llevó a desesperar pensando en mis posibilidades de éxito. Solamente vi que no debía confiar totalmente en la frase canónica “hacia arriba, y no hacia el norte”, sino que debía más bien buscar una demostración que presentara al público una visión clara de todo el asunto; y para este propósito parecía necesario recurrir a la escritura.

De esta manera, dediqué varios meses en privacidad a la composición de un tratado sobre los misterios de las tres dimensiones. Solo que, con vistas a evadir la ley, si era posible, no hablé de una dimensión física, sino de una Pensamientolandia, lugar desde el cual una figura podía, en teoría, mirar hacia abajo, hacia Planolandia, y ver simultáneamente el interior de todas las cosas; y donde era factible que se pudiese suponer la

existencia de una figura torneada, algo así como con seis cuadrados por los lados, y que contenía ocho puntos terminales. Pero al escribir ese libro me vi tristemente obstaculizado por la imposibilidad de dibujar los diagramas que eran necesarios para mi propósito; pues, por supuesto, en nuestro país de Planolandia, no hay tablillas cuadradas sino líneas, y no hay diagramas sino líneas, todo en una línea recta y solo distinguible por diferencia de tamaño y brillantez; así que, cuando hube finalizado mi tratado (intitulado: *A través de Planolandia hasta Pensamientolandia*) no pude sentirme seguro de que fueran muchos los que pudieran entender su significado.

Mientras tanto, una negra nube cubría mi vida. Todos los placeres me aburrían; todas las vistas me torturaban, y me tentaban a la abierta traición, porque no podía comparar lo que veía en dos dimensiones con lo que era realmente si lo veía en tres, y a duras penas podía refrenarme de hacer mis comparaciones en voz alta. Descuidé a mis clientes y mi propio negocio para entregarme a la contemplación de los misterios que había contemplado una vez, sin embargo ahora no los podía impartir a nadie, y que me resultaba cada día más difícil reproducir incluso ante mi propia visión mental.

Un día, más o menos once meses después de mi retorno de Espaciolandia, traté de ver un cubo con el ojo cerrado, pero no pude; y aunque lo conseguí más tarde, no estaba completamente seguro (ni lo he estado nunca después) de que hubiese logrado alcanzar realmente el original. Esto me puso más melancólico que antes, y decidí dar algún paso; aunque no sabía cuál. Sentí que podría haber llegado al punto de sacrificar mi vida *por la causa*, si pudiese haber generado así la convicción.

Pero si no podía convencer a mi nieto, ¿cómo podía convencer a los círculos más altos y desarrollados del país?

Y, sin embargo, en ocasiones mi espíritu era demasiado fuerte para mí y daba rienda suelta a declaraciones peligrosas. Yo ya era considerado un heterodoxo, quizás hasta sospechoso de traición, y era profundamente consciente de mi peligrosa posición; aún así a veces no podía evitar que se me escaparan afirmaciones sospechosas o semisediciosas, hasta entre la más alta sociedad poligonal y circular. Cuando surgía, por ejemplo, la cuestión del tratamiento dado a aquellos lunáticos que decían que habían recibido el poder de ver el interior de las cosas, yo citaba el refrán de un antiguo círculo, quien declaró que a los profetas y a las personas inspiradas la mayoría siempre los consideraba locos; y no podía evitar ocasionalmente dejar caer frases como: “el ojo que discierne el interior de las cosas” y “el país que todo lo ve”; en una o dos ocasiones solté incluso los términos prohibidos “la tercera y la cuarta dimensión”. Por último, para completar una serie de indiscreciones menores, en una reunión de nuestra Sociedad especulativa local celebrada en el palacio del mismísimo prefecto, después de que una persona extremadamente estúpida hubo leído un artículo complejo donde exponía las razones precisas por las que la Providencia ha limitado el número de dimensiones a dos, y por qué el atributo de omnividencia se asigna solo al Supremo; me olvidé de mí mismo hasta tal punto que hice una relación exacta de toda mi travesía con la esfera por el espacio, hasta en el Salón de la Asamblea de nuestra metrópolis, luego de nuevo al espacio, y mi regreso a casa, y de todo lo que había visto y oído en la realidad o en visiones. Al principio, es verdad, fingí que estaba describiendo

las experiencias imaginarias de un personaje de ficción; pero mi entusiasmo no tardó en impulsarme a deshacerme de todo disfraz y, finalmente, en una ferviente perorata, exhorté a todos mis oyentes a despojarse de prejuicios y convertirse en creyentes de la tercera dimensión.

¿Necesito acaso decir que fui arrestado inmediatamente y llevado ante el Consejo?

A la mañana siguiente, de pie, en el mismo lugar donde pocos meses antes la esfera había estado a mi lado, se me permitió iniciar y continuar mi narración sin preguntas ni interrupciones. Pero desde el principio tuve la capacidad de prever cuál iba a ser mi destino; pues el presidente, al notar que estaba presente una guardia de la mejor clase de policías, de pequeña angularidad, si es que tenían algo, por debajo de los 55°, ordenó que fuesen relevados, antes de que se iniciase mi defensa, por una clase inferior de 2° o 3°. Solamente yo sabía muy bien lo que significaba eso. Iba a ser ejecutado o encarcelado, y mi historia habría de mantenerse secreta para el mundo mediante la simultánea destrucción de los funcionarios que la hubiesen oído; y, como ese era el caso, el presidente quería substituir las víctimas más caras por las más baratas.

Después de que hubo concluido mi defensa, el presidente, quizás al darse cuenta de que algunos de los círculos más jóvenes estaban conmovidos por mi evidente sinceridad, me hizo dos preguntas:

1. Si podía indicar la dirección a la que me refería cuando utilizaba las palabras “hacia arriba, y no hacia el norte”.

2. Si podía indicar mediante diagramas o descripciones (diferentes a la enumeración de lados y ángulos imaginarios) la figura que me complacía en llamar un cubo.

Declaré que no podía decir nada más, y que debía encomendarme a la Verdad, cuya causa prevalecería, sin lugar a dudas, al final.

El presidente contestó que estaba completamente de acuerdo con mi sentimiento y que yo no podía hacer nada mejor. Debía ser condenado a cadena perpetua; pero si la “verdad” deseaba que yo saliese de la cárcel y evangelizase al mundo, entonces la mismísima “verdad” procuraría que así fuese. Entre tanto, no debería ser sometido a ninguna molestia que no fuese imprescindible para impedir mi fuga y, a menos que perdiese el privilegio por mala conducta, se me permitiría ver ocasionalmente a mi hermano, que me había precedido en la prisión.

Siete años se han pasado y aún sigo siendo un prisionero, además (si exceptúo las ocasionales visitas de mi hermano) estoy privado de toda compañía salvo la de mis carceleros. Mi hermano es uno de los mejores cuadrados, justo, sensible, alegre, y no está privado del afecto fraterno; pero confieso que mis entrevistas semanales, en un aspecto al menos, me causan el dolor más amargo. Él estuvo presente cuando la esfera se manifestó en la Cámara del Consejo; él vio sus secciones cambiantes; oyó la explicación de los fenómenos que dieron luego los círculos. Desde ese momento no ha pasado ni una semana, durante siete años completos, sin que oyera de mí una repetición del papel que desempeñé en esa manifestación, junto a amplias

descripciones de todos los fenómenos de Espaciolandia, y los argumentos en favor de la existencia de cosas sólidas derivables por analogía. Pero (me avergüenza verme obligado a confesarlo) aún no ha comprendido la naturaleza de la tercera dimensión, y admite con franqueza su incredulidad en cuanto a la existencia de una esfera.

Por tanto, estoy absolutamente desprovisto de conversos y, por las cosas que puedo notar, la revelación milenaria me fue dada en vano. Prometeo allá arriba en Espaciolandia fue encadenado por entregar el fuego a los mortales, mas yo (pobre Prometeo de Planolandia) yazco aquí en prisión por traer nada a mis compatriotas. Aunque sobrevivo con la esperanza de que estas memorias puedan de alguna manera, no sé cómo, encontrar su camino hasta las mentes de los seres humanos de alguna dimensión y puedan provocar la aparición de una raza de rebeldes que se nieguen a estar confinados en una dimensionalidad limitada.

Esta es la esperanza de mis momentos más alegres. Ay, pero desgraciadamente no siempre es así. Pesa sobre mí, a veces, la molesta reflexión de que no puedo decir honestamente que esté seguro de la forma exacta de aquel cubo que, como lamento a menudo, llegué a ver una vez; y en mis visiones nocturnas el misterioso precepto “hacia arriba, y no hacia el norte”, me persigue como una esfinge devoradora de almas. Es parte del martirio que padezco por la causa de la Verdad el que haya períodos de debilidad mental, cuando los cubos y esferas revolotean hacia un fondo de existencias escasamente posibles; donde el País de tres dimensiones parece casi tan visionario como el de Una o Ninguna; es más, cuando incluso esta dura

pared que me separa de mi libertad, estas mismas tablillas en las cuales escribo, y todas las realidades substanciales de la propia Planolandia, no parecen más que la criatura de una imaginación enferma, o el tejido sin trama de un sueño.

ÍNDICE

Presentación / 7

Prefacio de la segunda edición revisada, 1884 / 13

Parte I. Este mundo / 19

Sección 1. Sobre la naturaleza de Planolandia / 21

Sección 2. Sobre el clima y las casas de

Planolandia / 25

Sección 3. Sobre los habitantes de Planolandia / 29

Sección 4. Lo concerniente a las mujeres / 35

Sección 5. Sobre nuestros métodos de

reconocimiento mutuo / 43

Sección 6. Sobre el método de Reconocimiento

por la vista / 50

Sección 7. Sobre las figuras irregulares / 58

Sección 8. Sobre la antigua práctica de pintar / 64

Sección 9. Sobre la Ordenanza del color universal / 69

Sección 10. Sobre la represión de la sedición

cromática / 75

Sección 11. Lo concerniente a nuestros sacerdotes / 81

Sección 12. De la doctrina de nuestros sacerdotes / 85

Parte II. Otros mundos / 93

- Sección 13. De cómo tuve una visión de
Linealandia / 95
- Sección 14. Cómo intenté en vano explicar
la naturaleza de Planolandia / 102
- Sección 15. Sobre un extraño de Espaciolandia / 110
- Sección 16. De cómo el extranjero se esforzó en
vano para tratar de revelarme en palabras
los misterios de Espaciolandia / 115
- Sección 17. De cómo la esfera, después de intentarlo
en vano con palabras, recurrió a los hechos / 127
- Sección 18. Cómo fui a Espaciolandia y
lo que vi allá / 131
- Sección 19. Cómo, a pesar de que la esfera
me mostró otros misterios de Espaciolandia,
yo deseaba conocer más; y lo que resultó de
ello / 139
- Sección 20. De cómo me alentó la esfera en
una visión / 149
- Sección 21. Cómo intenté enseñar la teoría de las
tres dimensiones a mi nieto, y con cuánto
éxito / 154
- Sección 22. De cómo intenté entonces difundir
la Teoría de las tres dimensiones por otros
medios, y del resultado que dio / 158

PLANOLANDIA

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana

Caracas, Venezuela





Planolandia - Una historia de muchas dimensiones

Esta novela nos describe un universo, un cosmos; es una sátira “visión de mundo” que nos permite como sociedad vernos en un espejo. Durante más de cien años este libro ha atraído la atención de filósofos, matemáticos y seguidores de las obras de ciencia ficción; muchos la catalogan dentro del subgénero de la ficción matemática. Es un tratado que nos llama a cuestionarnos sobre nuestro lugar en esta existencia, pues ¿qué sucedería si hubiese tantas realidades como nos permite concebir nuestra imaginación? En esta obra un pequeño Prometeo planolandés, un cuadrado, nos guiará por su extraña aventura, así que quitemos los velos que nublan nuestra razón, para que nos revele en este viaje todos los maravillosos misterios que le fueron otorgados por un ser venido de otra dimensión.

EDWIN A. ABBOTT (Londres, Inglaterra, 1838 - 1926)

Fue un teólogo, clérigo y educador. Estudió a profundidad la literatura clásica inglesa, así como la del resto del mundo europeo, también se destacó en matemáticas y teología. Fue nombrado con el alto honor de *fellow* (miembro académico) de las universidades de Oxford y Cambridge. Como fue profesor y director de escuela, trató de organizar nuevos métodos de instrucción y de innovación del curriculum escolar. Se casó y tuvo dos hijos. Murió de influenza en su hogar. Publicó, entre muchos otros trabajos filológicos, *La gramática shakespeariana* (1870), *Cómo escribir claramente* (1872), *Bacon y Essex* (1877). Entre sus escritos religiosos se cuentan *Philochristus* (1878), *Onésimo: memorias de un discípulo de Pablo* (1882) y *Silano el cristiano* (1906).

